

ANA E. GUEVARA

En los ojos  
de youki

Amores en las highlands 2

Selecta



En los ojos de Youki  
Bilología Amores en las Highlands 2

*Ana E. Guevara*

*Selecta*

## Prólogo

El móvil comenzó a sonar con una impertinente insistencia sacando a Ferguson del agradable sueño en el que estaba sumido. No lo recordaba todo, solo algo con palmeras, agua cristalina y arena blanca. Movi6 su metro ochenta de humanidad tratando de alcanzar ese objeto del demonio que habfa perturbado su descanso. Vio el nombre de William en la pantalla y se despert6 de golpe.

—¿Qué pasa? —Tras conocerse desde hacfa m6s de veinte a6os, podfan pasar de los saludos formales e ir directamente a lo importante de la conversaci6n.

—¿D6nde est6s?

—En mi casa, son las siete de la ma6ana, ¿D6nde quieres que est6?

—Dentro de una hora nos vemos en mi piso. Es... Es importante, Fer.

Algo en el tono perentorio de su amigo le dijo que no bromeaba, que realmente lo necesitaba, y sali6 de la cama rumbo al cuarto de ba6o para darse una ducha que lo despejara completamente.

Vio sus ojos azules reflejados en el espejo del ba6o y pens6 en que algo debfa haber ido terriblemente mal para que William lo llamara a esas horas y con ese deje de p6nico en su voz. Decidi6 darse prisa, no querfa que su amigo estuviera solo m6s tiempo del necesario.

## Capítulo 1

Ferguson vivía en una granja rehabilitada a las afueras de Edimburgo, nunca sintió el mismo aprecio que William por la capital de Escocia, él prefería la tranquilidad del campo. Le hubiera gustado vivir aún más al norte, cerca de las Highlands, pero por su trabajo tenía que ir a Edimburgo a menudo y no quería sacrificar calidad de vida metiéndose trayectos innecesarios en el coche.

Cuando llegó a la ciudad esta apenas se estaba despertando, las calles adoquinadas y los edificios de piedra recubrían todo el centro histórico, pintando las calles del mismo gris que lucía el cielo. Aparcó su todoterreno y se dirigió a paso vivo al piso que William tenía en una calle paralela a la Royal Mile. Desde fuera aparentaba ser otro de esos edificios históricos que salpicaban la capital cada pocos metros, pero el interior había sido renovado unos años antes por uno de los mejores despachos de arquitectos de toda Escocia.

Saludó al portero del edificio con una inclinación de cabeza, estaba acostumbrado a verlo, y este le devolvió el saludo de forma cortés. Subió los peldaños hasta el piso de su amigo de dos en dos utilizando la escalera en vez del ascensor y llegó hasta la puerta con vigor redomado. Llamó al timbre y cuando se abrió la puerta, William lo estrechó entre sus brazos. Eso no era una buena señal. Eso era todo menos una buena señal.

Siguió a Will al interior del apartamento, un *loft* con amplios ventanales que daban a la calle y que comenzaban a mostrar los típicos patrones de las gotas de lluvia resbalando por el cristal. Iba a ser uno de esos clásicos días escoceses en los que el tiempo podía cambiar varias veces en el transcurso de veinticuatro horas.

William se sentó en el sofá de cuero y Ferguson pudo observarlo con tranquilidad. Su metro noventa de estatura parecía haber empequeñecido y su pelo rojizo lucía ahora más apagado. Profundas ojeras circundaban sus ojos y una barba descuidada ornaba su mandíbula. Solo sus ojos verdes guardaban un ápice de la fuerza que él estaba acostumbrado a ver.

—¿Qué ha pasado?

Iba a hablar, pero el timbre de la puerta sonó sobresaltando a Ferguson. Edward apareció detrás de William y estaba tan sorprendido de ver a Ferguson como este de verlo a él. Edward

era el hermano pequeño de William, y, aunque tenía los mismos ojos verdes que su hermano, su pelo rubio trigueño hacía que fuera fácil distinguirlos. A pesar de que eran apenas las ocho de la mañana de un sábado, ya iba vestido como si fuera a asistir a algún evento: pantalón verde musgo y chaqueta con un bordado de flores, muy del estilo de las que Juan Avellaneda suele diseñar.

—Ferguson —dijo en tono seco a modo de saludo.

—Edward —respondió el aludido.

William se sentó en una esquina del sofá dejando el butacón libre para que su hermano lo ocupara. Se quedaron en silencio y viendo que Will tenía problemas para romperlo, fue Edward quien decidió tomar las riendas de la conversación.

—Hermano, a pesar de que no me disgusta tu compañía, supongo que nos has hecho venir por algo más que por el placer de reencontrarnos los tres juntos. ¿Me equivocó?

—No, no te equivocas. ¡Mierda! —dijo de repente poniéndose en pie de un salto. —No os he ofrecido nada de beber, mamá me mataría por tal afrenta al protocolo. ¿Queréis algo?

Edward y Ferguson intercambiaron una rápida mirada. Actuar de forma errática no era propio de William que, por lo general, tenía siempre todo bajo control.

—Yo tomaré un café —dijo Ferguson.

—Yo otro, con sacarina y unas gotas de leche de almendra.

—Pues yo me voy a servir un whisky doble —les dijo William desde la cocina.

Su piso era como un *loft* neoyorkino afincado en medio de Edimburgo. Una mesa de billar, una enorme cocina abierta al salón y una pared cubierta del suelo al techo con estanterías en las que obras literarias de todos los géneros y todas las épocas compartían hogar.

Ferguson se levantó y franqueó los pocos pasos que separaban los dos ambientes hasta llegar a la cocina de estilo industrial en la que su mejor amigo se estaba peleando con la cafetera con manos temblorosas. Cuando sintió la presencia de Ferguson, dejó de intentar cargar de café la máquina y se echó en brazos de su amigo para ponerse a llorar como un bebé.

—Menos mal que has sido tú el primero en llegar a él, me hubiera muerto aquí mismo si decide mostrarme tanto afecto de una sola vez —musitó Edward, lo que le valió una avinagrada mirada por parte del moreno.

—Está bien, deja que yo me ocupe de la cafetera, olvídate de tomarte un whisky ahora que no son ni las ocho de la mañana y ve a sentarte en el sofá. Seguro que Edward te puede consolar durante dos minutos.

Este hizo un mohín, pero supuso que no tenía más opción que obedecer, a fin de cuentas, era su hermano el que estaba en ese estado catastrófico. Se sentó al lado de Will en el sofá y en un arranque de ternura fraternal muy impropio de él, le puso una manta sobre las rodillas y le pasó un brazo por los hombros. William dejó reposar su cabeza en el hombro de su hermano, apenas unos segundos, antes de que fuera demasiado incómodo para ambos, pero fue suficiente.

Su relación nunca había sido ejemplar, se basaba fundamentalmente en una tolerancia mutua a

la mayoría de las acciones del otro. Durante años Edward había sido el favorito de su madre, hasta que decidió salir del armario ante el estupor de toda su familia en una cena de Navidad. Su madre, una mujer afincada en las tradiciones y para quien el protocolo era una forma de vida y no una mera recopilación de reglas de buenos modales, lo vivió como una afrenta personal alejándose de su hijo predilecto. Eso hizo que los hermanos se acercaran, aunque nunca tuvieron una relación fraternal marcada por muestras de cariño o momentos de complicidad. Por esa razón, ese brazo sobre los hombros de William significaba tanto para ambos.

Ferguson llegó unos minutos después llevando tres tazas de café en una bandeja, azúcar, sacarina y leche. Además de unas galletas que encontró en un armario y las puso en un plato.

—¿No había leche de almendras?

—No, no había —cortó Ferguson la protesta que ya comenzaba a formarse en los labios del rubio. —Y ahora, ¿nos vas a contar qué está pasando?

—La he perdido —dijo con tono ausente—. La he perdido para siempre, ya... Ya no hay vuelta atrás.

—Supongo que hablas de Emma, pero ¿qué ha pasado exactamente?

—Fiona.

—¡Uf!

Fiona era una amiga de infancia de la familia, una mujer bellísima, rubísima y de piernas interminables. Una mujer de buena familia que la madre de William aprobaba y con la que llevaba años tratando de emparejarlo. Ella había mostrado su interés por el pelirrojo en varias ocasiones y en su determinación por conseguir lo que quería, era capaz de llevarse por delante a cualquiera que osara cruzarse en su camino. Y fue la pobre Emma la que se cruzó. Y de la forma más disparatada posible.

Unos meses antes habían ido los tres a España a cerrar unos negocios y decidieron festejar la buena marcha de las negociaciones pasando el fin de semana cazando en la sierra. Hasta ahí todo normal, si no fuera porque Ferguson se cayó dislocándose el hombro y la traumatóloga encargada de recolocárselo era Emma. Entre ella y William fue amor a primera vista, una historia de esas que solo se leen en los libros de Isabel Jenner o Sandra Bree, que discurría de forma impecable hasta que Fiona entró en acción.

Por una serie de catastróficas coincidencias Emma acabó pensando que Will estaba con ella para ganar una apuesta con sus antiguos compañeros del colegio y huyó despavorida de vuelta a España cuando estaban en medio de un fin de semana en las Highlands para festejar el cumpleaños de la madre de Edward y William. Él, dispuesto a luchar por su amor, había ido a España con la única intención de recuperarla, pero por lo visto, algo no había salido bien.

—¿Puedes ser más explícito? Un nombre propio no es suficiente para que nos hagamos una idea de lo que pudo pasar —dijo Edward.

—Quedé con Emma en los jardines del Palacio Real, quería darle una sorpresa, pues fue ahí nuestro primer beso. Pero entonces apareció Fiona, me dijo que había llevado la broma

demasiado lejos, que ya no tenía gracia y que debía parar. No entendí lo que quería decir, por lo visto ella pensaba que mis sentimientos por Emma eran alguna especie de estúpida apuesta o algo de ese tipo. Así que tuve que explicarle que no, que estaba enamorado, que no había otra mujer en mi vida y que pensaba reconquistar a Emma, aunque me fuera la vida en ello.

Tomó aire al tiempo que reunía fuerzas para continuar con la historia. Dio un sorbo a su taza de café y Ferguson apenas podía contener la impaciencia por conocer el resto de la historia.

—Entonces me besó. Y eso no sería tan malo en sí si no fuera porque Emma lo vio.

—¡Ay! —exclamó Ferguson.

—No te va a perdonar en la vida —añadió Edward llevándose otra mirada avinagrada por parte de Ferguson.

—Tienes razón, hermano. Ahora sí que la he perdido. He tratado de llamarla, de contactar con sus amigas, de acercarme a ella de alguna manera y lo único que he conseguido es que Diana me amenace con denunciarme a la policía por acoso.

—Chica lista —añadió Ed granjeándose otra mirada nada cordial—. ¿Qué? Es lo que yo hubiera hecho, por lo que he oído es la más capaz de todas las amigas de Emma.

—La he perdido...

William estaba casi al borde las lágrimas, y a Ferguson le dolía el corazón de ver a su amigo así. Habían pasado por mucho desde los tiempos del colegio y nunca lo había visto tan abatido por nada. Esa mujer de verdad le importaba.

—Veamos, creo que solo hay dos cosas que puedas hacer ahora, hermano —propuso Edward haciéndose cargo de la situación—. ¿Estás seguro al cien por cien de que no quieres intentarlo con Fiona?

La mirada de odio que se llevó por parte de su hermano fue respuesta suficiente para que esa posibilidad no volviera a plantearse nunca más.

—Está bien, pues dado que hemos descartado la opción más simple, tendremos que ir a por la más complicada: recuperar a la chica.

Ferguson y William se giraron al unísono, como las gemelas de *El resplandor*.

—¿No me has escuchado? La he perdido. La cagué en casa de nuestros padres por marcharme de cacería y dejarla sola con esas hienas que tiene mamá por amigas, pero es que cuando traté de recuperarla, la cagué aún más. Jamás me perdonará.

Edward se había echado hacia adelante y apoyando los codos en las rodillas juntó las manos como si estuviera tratando algo muy importante en una reunión de accionistas.

—Veamos, ahora mismo las cosas están calientes y lo mejor es dejar algo de tiempo para que se enfríen, pero después podremos volver a presentar nuestra oferta.

—¿Por qué tu plan para recuperar a Emma suena como si prepararas la adquisición de una empresa?

—Porque en el fondo es lo mismo, tenemos un gran objetivo que queremos conseguir y solo lo haremos dando los pasos correctos. Yo me encargaré de Diana, estoy deseando conocerla en

persona. Ferguson, tú te encargas de Youki.

—¿Por qué yo?

—Porque la chica es veterinaria y no seré yo quien ponga uno de mis zapatos de Ferragamo en un sitio donde hay estiércol. Eso te pega más a ti, y no trates de hacerte el ofendido que sabes tan bien como yo que no te supone ningún sacrificio.

Ferguson asintió en silencio, en el fondo tenía razón.

—¿Y qué debo hacer yo?

—¡Ay, hermano mío! Tu trabajo es el más difícil de todos: te va a tocar ser paciente.

Y dicho esto, el más joven de los McGregor se puso en pie y, despidiéndose de sus compañeros, se marchó.

—Con ese potencial ¿Cómo es posible que tu hermano no domine ya el mundo?

—Porque le gusta muchísimo salir de fiesta —bromeó William, que había recuperado un poco el color en sus mejillas.

Al menos ahora tenían un plan, uno disparatado que tenía pinta de fracasar antes de empezar, pero al menos era un plan. Algo a lo que aferrarse, una esperanza de que las cosas podían salir bien. Además, William contaba con el apoyo de su hermano y de su mejor amigo, que estaban dispuestos a embarcarse en esa aventura con él para no dejarlo solo y ayudarlo a recuperar el amor de su vida.



## Capítulo 2

Cuando Edward se marchó, Ferguson tuvo tiempo de quedarse un rato a solas con su amigo.

—¿Cómo sabía Fiona dónde ibas a estar?

—No tengo ni idea, esa es la menor de mis preocupaciones en este momento.

—¿Emma estaba muy cabreada?

Will le regaló una mirada que contenía toda la tristeza del mundo. Sus ojos, por lo general dos refulgentes esmeraldas, estaban ahora apagados, como si se vieran a través de un cristal sucio.

—Cómete una galleta, no te hará sentir mejor, pero al menos soportarás el golpe con el estómago lleno —dijo tendiéndole el plato a su amigo—. Háblame de esa tal Youki, ¿qué quieres exactamente que haga?

—Quiero que le digas que quiero a Emma más que a nada en este mundo.

—¿Ya está? ¿Ese es tu gran plan?

William lo miró confundido.

—¿No te parece suficiente?

—Hombre... Visto lo enfadada que está, no creo que tengamos ni para comenzar con eso. Además, soy yo el que se arriesga a llevarse un bolazo de estiércol en la cara, con lo que me gustaría que perfiláramos un poco más la estrategia. Cuéntame más sobre ella.

—No sé mucho, es china, creo. Sus padres la adoptaron cuando era una niña, conoció a Emma y a las otras chicas en el colegio y desde entonces se hicieron inseparables. Es veterinaria y por lo que sé, no me odia tanto como Diana.

—Por lo que sabes... Ahora mismo tu palabra vale poco.

—Lo sé, no te creas que no lo sé. Me gustaría tanto encontrar una forma de revertir esta situación, pero no puedo acercarme a Emma sin más.

Ferguson asintió en silencio.

—Sé que te pido mucho —dijo William poniéndole una de sus manazas en el hombro—, pero no quiero perder lo único que de verdad me ha importado.

—No te preocupes, te debo un enorme favor desde hace años, ya va siendo hora de saldar mis deudas.

—Tu deuda ha quedado saldada a lo largo de los años.

Ferguson sonrió a su amigo. Muchos años atrás tuvo la oportunidad de delatarlo y hacer que lo expulsaran del internado en el que estaba estudiando gracias a una beca. William, que por aquel entonces era un ricachón malcriado, decidió mentir para salvarlo y ese gesto unió a los dos hombres en una amistad que había sido indestructible a pesar del tiempo que había transcurrido.

\*\*\*

Volvía en su todoterreno a casa con la música a todo volumen. Un rayo de sol asomaba entre las nubes grises como algodón de azúcar de una fiesta siniestra. Había llovido varias veces y ahora parecía que escampaba. Metió su coche por un camino secundario que serpenteaba entre las colinas y llegó hasta una pequeña granja, poco más que un *cottage* de ochenta metros pero que para él era más que suficiente.

Una estructura de piedra con tejado de pizarra de una sola altura, con una chimenea que en estas fechas siempre estaba encendida para calentar la vivienda. Aunque sin duda lo que más le gustaba a Ferguson era, lo que él llamaba el invernadero. Una extensión de metal y cristal que había habilitado como estudio. Conectaba con el salón y daba luminosidad a la instancia principal de la casa, pues el sol entraba a raudales, cuando decidía hacer acto de presencia.

Se descalzó en la entrada y saludó a Coffe, su gata, que le lanzó una lacónica mirada tumbada sobre el sofá. Se dirigió a su escritorio situado en el invernadero y encendió el portátil.

—Veamos quién eres, Youki.

Sabiendo que era veterinaria en Madrid, y con un nombre tan poco común, no le costó trabajo encontrarla. En cuanto supo su apellido solo tuvo que buscarla en redes sociales.

—Facebook privado, una chica inteligente —musitó Ferguson mordisqueando un bolígrafo—. Veamos si tienes Instagram.

Sí, unos pocos segundos después descubrió una cuenta con unas fotos más que decentes de animales y paisajes. En algunas se veía con amigas, reconoció a Emma de inmediato, la belleza rubia supuso que era Diana, y la que quedaba solo podía ser Laura.

Ella aparecía en muy pocas imágenes, no era una adicta a hacerse *selfis* en cuartos de baños ni a mostrar fotos de su trasero en biquini. Por el contrario, había muchísimas fotos al aire libre, caballos, ovejas y vacas, así como multitud de perros ocupaban la mayor parte de las instantáneas. También había buenas fotos de paisajes y de puestas de sol. Pocos amaneceres, levantarse temprano no era su punto fuerte, dedujo Ferguson.

—Bueno, pues tendré que ir a convencerte de que Emma le dé una oportunidad a Will —dijo en voz alta, aunque el único ser vivo que andaba por ahí era Coffe, que no le prestó demasiada atención.

## Capítulo 3

—William va a deberme un favor realmente muy gordo —pensaba Ferguson mientras conducía el coche de alquiler por la sinuosa carretera.

Conducir no era un problema, hacerlo por el lado derecho y con el volante a la izquierda era algo a lo que no estaba acostumbrado un escocés habituado a circular por el lado contrario. Intentó poner algo de música, pero esa manía que tenían los españoles de escuchar reguetón a todas horas era más fuerte que él, acabó apagando al radio para concentrarse en el paisaje. Estaban a mediados de primavera y el camino por el que transitaba estaba plagado de arbustos en flor y árboles que habían recobrado su follaje tras los duros meses de invierno.

Según sus averiguaciones en Internet, esa era una de las granjas donde Youki trabajaba como veterinaria, rezó a esos dioses en los que no creía para que la muchacha no estuviera de vacaciones o que precisamente ese no fuera su día de descanso. Tras intercambiar unas cuantas palabras en un español más bien penoso con un operario, este desapareció en el interior de una nave con la promesa de que le diría a la joven que la estaba esperando en la puerta. O eso creyó entender.

Aspiró profundamente dejándose embargar por esa mezcla de aire libre y bosta de vaca. Un olor que le recordaba a su casa, a la granja de sus abuelos en las Tierras Altas y que siempre acababa relacionando con la felicidad. Tal vez fue porque estaba embargado de recuerdos placenteros o tal vez porque Cupido se divirtió lanzándole una flecha al trasero justo en ese momento, el caso es que cuando vio llegar a Youki se quedó sin palabras.

Una joven de algo menos de treinta años con el pelo negro y liso propio de sus orígenes asiáticos, unos ojos color negro llenos de dulzura y una sonrisa que hizo que se le parara el corazón en aquel mismo instante. Ella llevaba un mono de trabajo y unas botas de agua verdes hasta la rodilla. Para cualquier otro esa imagen no tendría nada de atractivo, pero para él, un hombre curtido en las Highlands escocesas, amante del campo y la naturaleza, Youki se le antojó como una de las hadas que pueblan las leyendas de su gente.

Las fotos que había visto de ella no le hacían justicia, era mucho más bonita en persona. Pero había algo más, una especie de fuerza interior que manaba de ella. Todas las mujeres que

desempeñan un trabajo manual la tienen, y en ella era particularmente visible.

Cubrió la distancia que lo separaba de él con pasos cortos y rápidos, y cuando se paró delante de Ferguson, le tendió una mano y le dedicó una sonrisa que hizo que se le erizara el pelo de la nuca.

—Soy Youki, Miguel me ha dicho que no hablas castellano demasiado bien —dijo en un perfecto inglés sin apenas acento.

Él se la quedó mirando embobado y necesitó un par de segundos extra para recomponerse. Carraspeó para aclararse la garganta y ganar algo de tiempo y finalmente le estrechó la mano y le devolvió la sonrisa. Un apretón fuerte, sin miedo, y una sonrisa franca. Si esto fuera una negociación empresarial, Youki no hubiera podido empezar con mejor pie.

—Necesito hablar contigo de un tema personal. ¿Te puedo invitar a un café después de tu trabajo?

—Primero dime quién eres y qué quieres de mí. Tienes que pensar que soy muy estúpida si piensas que me voy a meter en el coche del primer tío que viene a esta granja preguntando por mí.

Suponía que algo así podía pasar, y tenía pensado un guion con todas las posibles preguntas y respuestas, pero al estar frente a ella, decidió tomar el camino más directo, que era también el más peligroso: decirle la verdad.

—Soy Ferguson.

Youki dio un paso atrás instintivamente antes de que él pudiera terminar su frase.

—No quiero saber nada de ti, ni de William. Y Emma tampoco.

Desoyendo todos los protocolos de un buen británico, se acercó hacia ella y la cogió del brazo.

—Ha sido un malentendido, Fiona lo preparó todo para que Emma y William rompieran. Su objetivo ha sido siempre quedarse con él y esa cita frente al Palacio Real fue la oportunidad perfecta. William no siente nada por ella, ¡está completamente enamorado de Emma!

Algo en la actitud de ella cambió. Tal vez Youki sentía también la corriente eléctrica que pasaba de la mano del escocés a su brazo, o había visto la intensidad que reflejaban sus ojos mientras hablaba de su mejor amigo. El caso es que si en un principio había decidido que mandaría a paseo a William o a cualquiera de sus amigos si alguna vez se encontraba con ellos, ahora estaba empezando a cambiar de opinión. Pero recordó lo que le había prometido a Emma y decidió ser fuerte.

—No, no tenemos nada que decirnos, siento que hayas tenido que venir hasta aquí solo para eso.

—¡Youki! Ven, está empezando ya. —Una voz masculina salió del cobertizo situado detrás de ellos.

—Te tengo que dejar, una yegua se ha puesto de parto y tengo que asistirle. Lo siento, pero algunos tenemos que trabajar.

Había cierto retintín en la voz cuando se dio la vuelta sin despedirse si quiera y se dirigió hacia

el cobertizo con sus pasos cortos y rápidos.

—¿Puedo ir contigo?

Ella se giró sorprendida. Podría esperarse que insistiera, que suplicara o incluso que la amenazara, pero nunca jamás imaginó que le preguntara si podía acompañarla.

—¿Tú quieres venir a asistir a un parto equino? —preguntó incrédula mientras repasaba su vestimenta de arriba abajo.

Ferguson se sonrojó ligeramente. Llevaba unos pantalones vaqueros y unas botas de cuero, que a pesar de que parecían prendas normales, se notaba que eran bastantes caras. Completaba su indumentaria una camisa de cuadros con un jersey de lana en color crudo que debía costar lo mismo que el alquiler de un mes del apartamento de Youki, y una chaqueta de *tweed*.

—No te fíes de las apariencias, soy mucho más de lo que aparento —añadió con una sonrisa traviesa al tiempo que la seguía al interior de la cuadra.

El ambiente ahí dentro era cálido, con ese típico olor a heno y a caballo que tan buenos recuerdos le despertaba. Se quitó la chaqueta y el jersey y se quedó con la camisa que se arremangó por encima del codo.

Youki se acercó con un estetoscopio para auscultar a la yegua mientras él se puso al otro lado y le iba diciendo palabras suaves en gaélico mientras le acariciaba el morro y el cuello. Ella lo miró sorprendida, en un primer momento pensó que sería un tipo estirado, de esos que solo habían visto caballos en el hipódromo y ahora lo tenía pegado a una yegua sudorosa tranquilizándola.

—No es la primera vez que haces esto, ¿verdad?

Él sonrió y las rodillas de ella temblaron durante un instante.

—No, *miss* Youki. William está forrado, pero yo vengo de una familia muy humilde y desde pequeño me ha encantado ocuparme de la granja de mis abuelos. Estoy más acostumbrado a los partos de oveja, pero he visto alguna que otra yegua parir también.

Ella asintió en silencio. A partir de ese momento se movieron como si fueran un equipo de natación sincronizada. Él sabía perfectamente lo que había que hacer en cada momento y eso facilitó mucho la tarea de veterinaria de Youki. El suave arrullo de sus palabras pronunciadas en ese idioma ancestral servía tanto para tranquilizar a la yegua como a ella misma. Cuando el potro nació y comprobaron que estaba perfectamente, se fundieron en un abrazo reconociendo el trabajo bien hecho, aunque se soltaron rápidamente pues Youki sentía que estaba abrazando al enemigo.

Se quedaron un par de minutos en silencio viendo como el milagro de una nueva vida tomaba forma. El pequeño se acurrucó junto a la extenuada madre cubierto todavía de líquido amniótico y se quedó dormido mientras la yegua lo miraba embelesada.

Ferguson se bajó las mangas de la camisa y comenzó a ponerse su jersey mientras se dirigía a la puerta del establo. Lo había intentado y había fracasado, al menos haber ayudado a parir a la yegua había sido una experiencia formidable que le había ayudado a reencontrarse con sus

orígenes. Aspiró un poco más de ese aire que tardaría un tiempo en volver a tener cerca.

—A las siete en el café Mauricio, está en el pueblo de al lado, no tiene pérdida —dijo una voz femenina a su espalda.

Él no se giró, simplemente siguió caminando con una enorme sonrisa dibujada en el rostro. Es verdad lo que le había dicho William, las españolas tienen algo especial, una especie de magnetismo arrollador que te impide pensar en nada más que en ellas. «Al final le voy a acabar debiendo yo el favor a William», se dijo entre dientes. Ahora solo le quedaba aguantar hasta las siete, esas dos horas se le iban a hacer interminables

\*\*\*

Aprovechó el tiempo que tenía hasta las siete dando un paseo por las inmediaciones. Granjas ganaderas, campos de cultivo y bosques, una imagen que dista mucho de la que te viene a la mente cuando alguien dice Madrid. «Supongo que por eso William me eligió a mí para encargarme de este asunto, porque yo soy más un hombre de campo, y Edward es un hombre de ciudad», murmuró para sí.

Es difícil explicarlo con palabras, a pesar de que aquí el sol brillaba con más intensidad que en Escocia y sus habitantes tenían la fea costumbre de hablar todo el tiempo a voces, le gustaban las sensaciones que estaba teniendo en estos momentos. Estar al aire libre formaba parte de su naturaleza, se encontró pensando que este no sería tan mal lugar para vivir, además de que la cerveza era más barata que en Reino Unido.

Se montó de nuevo en el coche y se dirigió al café que le había indicado Youki. Tenía razón, no tenía pérdida. El pueblo constaba de un bar, una iglesia, una tienda en la que vendían desde pan recién hecho a tornillos de tractor, y unas cuantas casas desperdigadas por los alrededores. Se sentó en una mesa sintiendo la mirada desconcertada del dueño del bar y de algunos de los parroquianos que debían ser habituales.

Su pelo negro, pero sobre todo su tez blanca y sus ojos azules no pasaban desapercibidos entre el grupo de españoles. Pidió un café con leche y su acento le resultó completamente fuera de lugar, esperaba que Youki no lo dejara colgado y apareciera, porque si abandonarlo a su suerte en ese bar era algún tipo de broma, no tenía ninguna gracia. Cuando el reloj marcó las siete y diez y ella aún no había franqueado la puerta, comenzó a sentirse realmente mal. No solo por fallarle a William, sino por haber quedado como un tonto él mismo.

Estaba a punto de ponerse en pie y abandonar el café cuando Youki, sonriente pero cansada, entró. Le dedicó una rápida sonrisa y se dirigió al grupo que estaba jugando al mus en una mesa del fondo. Intercambió unas cuantas palabras con ellos, antes de dirigirse a la mesa del fondo en la que Ferguson le esperaba.

—Marcial, una coca cola y un pincho de ensaladilla, por favor.

Cuando el dueño le trajo lo que había pedido, Ferguson la miró con una mezcla de fascinación

y horror.

—¿Vas a tomarte eso ahora?

—Claro, acabo de salir de trabajar y me apetece un pincho antes de cenar.

El escocés negó en silencio, esa costumbre española de cenar tardísimo era otra de esas cosas a las que aún no se había acostumbrado. Él se pidió otro café con leche, pues se había terminado el primero esperando a Youki. La observó unos instantes, descubriendo matices que no había percibido la primera vez: la tez ligeramente bronceada a pesar de la estación de las personas acostumbradas a trabajar fuera, los ojos vivos y llenos de curiosidad, y los labios carnosos que ahora estaban fruncidos formando una línea fina.

—¿Y bien? ¿Qué haces aquí? Y lo más importante ¿qué hago yo aquí?

—¿Además de comerte esa ensalada de patata y mayonesa como si no hubiera mañana, quieres decir?

Ella le miró entrecerrando sus ojos rasgados.

—Lo siento —respondió él—. Me envía William, quiere recuperar a Emma.

—Ya he oído esa historia antes y no terminó muy bien, ¿sabes?

—Todo fue una trampa de Fiona.

—Esa historia también la conozco. ¿No se supone que los escoceses sois grandes contadores de historias? Porque parece que os estáis repitiendo todo el rato.

—¡Es verdad! Ella le tendió una trampa, Will dejó todo lo que estaba haciendo en Escocia para volver a Madrid y ver a Emma, momento que aprovechó Fiona para besarlo delante de ella y hacerle creer que estaban juntos.

—Un poco retorcido, ¿no crees?

—Eso es porque no conoces a Fiona, es la maldad vestida de Chanel.

El comentario la pilló de improviso y se le escapó la coca cola por la nariz.

—No parece que te caiga muy bien.

—Si pudiera, la mandarían a ella y a varios de sus amigos a las islas Shetland a que pasaran allí una temporada ayudando a los pescadores.

Su mirada se perdió en algún oscuro rincón de su mente y Youki decidió no insistir, sabía que algunos animales salvajes se volvían agresivos si se los acorralaba. Así que prefirió dejarlo estar, a pesar de que tenía multitud de preguntas.

—Está bien, lo pillo, Fiona es lo peor, pero Emma no está interesada en William. Ese momento en el jardín del Palacio Real era su momento de película romántica de sobremesa: se ven, se besan, él la coge en brazos y se van a su piso a montárselo como conejos. Pero William, o Fiona, o quienquiera que fuera, la fastidió y ya está, no hay vuelta atrás. Emma está a otra cosa ahora y casi ha olvidado a William por completo.

Eso era una mentira del tamaño de un elefante africano, y rezó interiormente por que Ferguson no descubriera que se estaba marcando un farol.

—No te creo. Los he visto juntos, he compartido tiempo con ellos y sé que lo que tenían no

puede desaparecer de la noche a la mañana.

—Pues lo ha hecho.

—No.

Ella cruzó los brazos delante del pecho. ¿Estaba hablando en serio? Ese desconocido se permitía hablarle de una de sus mejores amigas como si él la conociera mejor que ella. No se podía negar la determinación del escocés.

—Bueno, pues ya está. Lamento que hayas tenido que cruzar el canal de la Mancha y los Pirineos para llevarte este chasco, pero es lo que hay. Dale recuerdos a Mister *Asshole*, digo... a William.

Ferguson soltó una carcajada que pilló desprevenida a Youki.

—¿Lo llamáis así? Llamadlo al menos *glaiokit*<sup>[1]</sup>, que, si lo vais a insultar, que sea en gaélico.

—Mira, lo mismo te sigo el consejo, *glaiokit*.

La miró ceñudo y ella le respondió con una sonrisa torcida.

—Solo estaba practicando, por lo visto lo pronuncio bien. En fin, si no te vas a marchar tú, tendré que hacerlo yo, que aún me queda un trecho hasta casa y mañana madrugo.

Se puso en pie y Ferguson pudo admirar como alguien tan pequeño emanaba tanta fuerza. Se notaba que estaba acostumbrada a trabajar en la naturaleza, rodeada de animales, y en un ambiente que, sabía por experiencia, era marcadamente masculino.

Él se levantó también y le tendió la mano para despedirse. Ella la miró durante unos segundos antes de estrechársela.

—Mauricio, apúntamelo que te lo pago mañana —dijo dirigiéndose al hombre sentado a la mesa de los jugadores de mus que le respondió con una inclinación de cabeza—. Buen viaje.

—Gracias —musitó antes de verla desaparecer.

¿Gracias? ¿Eso era todo lo que se le había ocurrido? Le había fallado a William, pero más todavía, se había fallado a sí mismo, y todo por culpa de esa española con rasgos asiáticos que lo había pillado desprevenido. Aún le quedaban unos cuantos días antes de volver a Escocia y pensaba aprovecharlos al máximo. Youki no sabía que los escoceses eran los seres humanos más cabezotas del planeta, y él estaba dispuesto a enseñárselo.



## Capítulo 4

Salió del bar dejando atrás su cálido ambiente. Las noches de primavera en esa parte de Madrid eran bastante frías y tuvo que levantarse el cuello de la chaqueta para que el helado viento no le acariciara la nuca. El pueblo estaba casi desierto a esas horas en las que las farolas ya habían sido encendidas y la gente se retiraba a sus casas para comenzar a preparar la cena. Sus pasos resonaban por el empedrado de una calle lateral que había cogido para llegar hasta su coche.

Iba sumido en sus pensamientos cuando oyó la melodía de su móvil que se escapaba del bolsillo del pantalón. Sin mirar la pantalla, supo que se trataba de William, que querría saber si había habido avances. Soltó un suspiro, no le gustaba darle malas noticias a su amigo, y desgraciadamente, ahora mismo no tenía otras.

—Hola —dijo desanimado, aunque William pareció no notarlo.

—Dime, ¿la has visto? ¿Has podido hablar con ella? ¿Qué te ha dicho? ¿Está muy enfadada o solo un poco enfadada? ¿Hablará con Emma? Por favor, dime que me va a dar una oportunidad.

Hablaba tan deprisa que las palabras tropezaban las unas con las otras y costaba diferenciarlas, pues apenas hacía paradas para tomar aire.

—Emma está muy cabreada, no quiere hablar contigo. He tratado de explicárselo a Youki, que todo fue una encerrona, que tú viniste a España para volver a conquistar a Emma, pero no me cree. Piensa que es demasiado complicado.

—¿Le has explicado cómo es Fiona?

—Lo he intentado, y creo que ha notado que no soy precisamente su fan número uno, pero eso no la ha hecho cambiar de opinión. ¿Edward ha tenido más suerte?

—No demasiada, aunque tampoco sé si está realmente trabajando en este proyecto. Cuando le pregunto, me responde con evasivas. Ya sabes que hay pocas cosas que le importen más que él mismo, quiero creer que sí, que está de nuestro lado, pero con él es difícil saberlo.

Se quedaron en silencio. Ferguson caminaba ahora sin rumbo por las calles del pueblo disfrutando del amparo que le ofrecían la noche y la oscuridad. Notaba la tensión al otro lado del teléfono, le costaba entender la desesperación de William, pues él nunca se había enamorado de esa manera, pero eso no impedía que hiciera lo que fuera necesario para ayudarlo.

De repente sus ojos se fijaron en un cartel que había pegado con celo en el cristal de la panadería. Estaba junto a un anuncio que ofrecía nave industrial para celebraciones y el de un gato extraviado. Una sonrisa iluminó su semblante.

—Espera, creo que tengo una idea, pero te lo digo ya, es una locura, y voy a necesitar días de vacaciones.

—Por los días no te preocupes, yo me encargo de todo. ¿Cómo de grave es lo que tienes pensado? ¿Más o menos que cuando metimos una cabra en el despacho del director Forrester?

—Yo diría que igual.

Oyó como su amigo soltaba una risotada al otro lado de la línea telefónica. Al menos había recuperado un poco de su buen humor.

—Está bien, tenme al corriente, y si necesitas ayuda, no dudes en pedirla.

—Cuenta conmigo, Romeo —respondió Ferguson antes de colgar.

Se quedó unos segundos en silencio mirando el cartel. Sí, era una locura, era una condenada locura, pero tenía que intentarlo. William se lo merecía.

\*\*\*

Un par de días después apareció en una granja no muy lejos de la que visitó cuando se encontró con Youki por primera vez. Sabía que la mayor dificultad que encontraría sería el idioma, pues su español era muy básico, y la frase que mejor sabía decir era «una cerveza, por favor». Y no pensaba que con eso bastara.

Pero la suerte decidió sonreírle y la persona con la que se entrevistó hablaba un inglés algo rudimentario y con fuerte acento, pero que servía para que pudieran comunicarse. El capataz de la explotación le contó muy ufano que en sus años mozos fue camarero en varios chiringuitos playeros de Benidorm y que todo su inglés lo había aprendido ligando con extranjeras. Dicho lo cual soltó una buena carcajada que se transmitió a Ferguson. Lo primero que hizo fue repasar su vestimenta, le parecía que el escocés iba demasiado bien vestido para el tipo de trabajo que se requería, pero Ferguson le quitó importancia diciéndole que eso era lo de menos, que si le daba una oportunidad, no quedaría defraudado.

Juanjo, que así se llamaba el encargado, le enseñó los terrenos.

—Como puedes ver, es una explotación mixta, el ganado nos ayuda a mejorar el rendimiento del cultivo. Entre temporadas plantamos forraje que les dará de comer a los animales y que, además, ayuda a fertilizar el suelo, y utilizamos el estiércol como abono.

Ferguson asintió en silencio y el capataz siguió hablando.

—Tenemos fundamentalmente ovejas, para la lana y la leche, y cabras para la leche. Esta se la llevamos a una quesería que no queda lejos de aquí donde hacen el mejor queso de la región, y no lo digo porque la leche venga de mis animales.

Le guiñó un ojo y soltó otras de esas risotadas que a Ferguson le recordaban a su tierra. Algo

debían tener las gentes del campo que siempre conseguían que se sintiera a gusto entre ellas. Supongo que, porque a pesar de la barrera del idioma, se daban cuenta de que él era uno de ellos, y de que en esta libertad se sentía más a gusto que en una de las oficinas que la compañía tenía en la capital de Escocia.

—También tenemos algunos caballos, y por supuesto gallinas. El gallinero está allí, detrás de la construcción principal. No están en jaulas, por si te lo estás preguntando. Nos gusta tener gallinas felices y van correteando sueltas.

Otra ancha sonrisa.

—¿Alguna pregunta?

—Ninguna... Bueno, sí, ¿hay veterinario en la granja?

—Tenemos a una veterinaria que compartimos varios de los ganaderos de la zona. Aquí solo no hay faena para tenerla contratada todo el tiempo, y lo mismo pasa con las demás explotaciones. Así que trabaja para todos nosotros, es muy buena en lo suyo.

—¿Viene a menudo por aquí?

El capataz se rascó la cabeza pensativo.

—Dos o tres veces por semana.

—Gracias, pues creo que ya no tengo más preguntas.

—Acompáñame al edificio principal, que nosotros llamamos la casa, aunque nadie vive ahí y te explico cuáles son tus tareas para hoy y firmamos el contrato. Un mes de prueba, luego ya veremos. ¿Te parece bien?

—Sí —luego añadió en voz baja—. Espero que con un mes sea suficiente.

## Capítulo 5

Llevaba ya dos días en aquella granja ocupándose de algunas tareas que para otros serían impensables en alguien que en verdad era ingeniero. Había limpiado el gallinero y ayudado con el pastoreo de las cabras. Él estaba más acostumbrado a las ovejas y esos animales le parecieron más hostiles, seguramente porque tenían dentro una independencia latente de la que carecían las ovejas.

Estaba repartiendo grano a las gallinas cuando un todoterreno negro que había conocido tiempos mejores y llevaba los bajos manchados de barro apareció en el camino de entrada a la granja. Se estacionó delante de la puerta y de él salió Youki, vestida otra vez con un mono vaquero y unas botas de plástico hasta la rodilla.

Saludó al capataz y a los hombres que estaban junto a él y comenzó a dirigirse hasta el gallinero. Cuando le vio allí plantado con un cubo de cereales en la mano, se paró en seco y Ferguson le sonrió disfrutando de su cara de estupefacción. Sus ojos, por lo general rasgados, estaban tan abiertos que parecían dos bolas de billar en el medio de su hermoso rostro.

—¿Qué...? ¿Qué haces aquí?

—Trabajo aquí.

—¡Ja! Ahora en serio, ¿qué haces aquí?

—Ya te lo he dicho: trabajo aquí.

El escocés dio un paso adelante, le sacaba más de una cabeza a Youki, pero eso no impedía que se sintiera intimidado por la fuerza que emanaba de ella. Sus ojos chocaron como dos trenes en la misma vía. Los de él de un azul zafiro, los de ella negros como la brea.

—No sé a qué juegas, pero no deberías estar aquí.

—¿Tienes algo contra los extranjeros? ¿No serás una de esas racistas que quieren España solo para los españoles?

Notó como sus mejillas se coloreaban de rojo ante la provocación.

—¿Qué? ¡No! No soy precisamente la más indicada para ser racista. Lo que digo es que no deberías estar aquí porque no sabes nada de esto. —Abarcó con los brazos la inmensidad de la explotación.

—Te equivocas, ya te dije que crecí en una granja de ovejas, sé lo que hay que hacer, y aún mejor, me gusta.

—Si esto es algún tipo de treta para que cambie de opinión, te lo digo ya: no va a funcionar.

—No quiero nada de ti, Youki, quiero que Emma le dé otra oportunidad a William, y no volveré a Escocia hasta que lo haya conseguido.

—Pues espero que tengas el pasaporte en regla, porque te vas a quedar aquí mucho mucho tiempo.

—Lo sé, y por eso me he buscado un trabajo.

Ferguson le dedicó una sonrisa socarrona de dientes blanquísimos y ella se sintió turbada sin saber muy bien por qué. Decidió dejarlo atrás y dirigirse a inspeccionar las gallinas. Le gustaba echarles un vistazo de vez en cuando para evitar que tuvieran piojos u otro tipo de parásitos. Se alimentaban de grano y de los gusanos que conseguían escarbando en la tierra, y no se les daba antibióticos a menos que alguna estuviera enferma, por eso era importante vigilarlas para actuar rápido en caso de que fuera necesario.

Se dirigió hacia sus pacientes, pensaba estar un rato a solas con las gallinas, pues necesitaba algo tiempo en soledad. El breve encuentro con Ferguson la había dejado mareada y con cierta sensación de irrealidad: lo último que esperaba encontrarse ese día era a un escocés en su granja. No se podía negar que el tipo era tenaz, y que estaba muy bueno. Se maldijo en silencio por haberse permitido albergar ese pensamiento, Ferguson era amigo de William, y William era el enemigo, más le valía no olvidarlo.

El sonido de la tierra al ser aplastada por unas botas de montaña resonó detrás de ella. Soltó un bufido al encontrarse con los ojos azules de Ferguson.

—¿No tienes trabajo que hacer?

—Sí, precisamente estaba dándoles de comer a las gallinas antes de que me interrumpieras.

—¿Qué yo te he...? —Soltó otro bufido y se dio la vuelta, pero a pesar de eso pudo distinguir perfectamente el sonido de una risa amortiguada detrás de ella.

\*\*\*

Le costó concentrarse. No era la primera vez que trabajaba con otra gente a su alrededor, aunque esta era la primera vez que trabajaba con un escocés de metro ochenta cerca de ella. Además, ¿cuánto se tardaba en darle de comer a las gallinas? Si estos bichos eran prácticamente salvajes, se les dejaba el cubo y ellas ya se servían solas. Bufó de nuevo.

Notaba ese cosquilleo que sientes en el cuello cuando sabes que alguien te está mirando, pero cada vez que se giraba, él estaba ocupado en otra cosa. Pero lo sabía, sabía que la miraba. No tenía pruebas, pero tampoco dudas, su instinto no le había fallado nunca.

Terminó su tarea y salió del gallinero casi corriendo. Respiró aliviada cuando estuvo por fin a varios metros de la valla. Pero entonces escuchó la puerta abrirse y cerrarse un par de segundos

después y supo que él estaba fuera también. No lo pudo evitar, se giró para encararlo.

—¿Me estás siguiendo? —preguntó poniéndose de puntillas para resultar más intimidante.

—Te recuerdo que trabajo aquí.

—A otra con ese cuento...

—¿Por qué dices eso? ¿Te gustaría que te siguiera?

Otra vez esa sonrisa burlona, otra vez esas chispas saliendo de sus ojos azules.

—Mira, déjame en paz. Emma no quiere volver con William y yo no quiero que... Bueno, pues lo que sea que es esto, no lo quiero.

—¿No quieres que trabaje? ¿Piensas mantenerme con tu sueldo?

—No tergiverses mis palabras, que me has entendido de maravilla.

Se quedaron mirándose en silencio, él tenía la sonrisa prendida de sus labios y le daba un toque de galán de los años cuarenta, ella lo miraba enfurecida, pero también con curiosidad. No se podía negar que tenía coraje, y que no se daba rápidamente por vencido. El pecho de Youki subía y bajaba por el esfuerzo. Se dio la vuelta en dirección al rebaño de ovejas y esta vez Ferguson no la siguió.

Se dirigió hacia las cuadras. El olor a bosta de caballo y a heno caliente no le sorprendió, al contrario, le dio la bienvenida como si fueran viejos conocidos que se habían separado durante largo tiempo. Limpió los establos e incluso se permitió cepillar a algunos de los caballos.

La granja poseía varios caballos andaluces, un par de árabes y una yegua purasangre de crines negras que era preciosa. Todavía no se había acercado a ella pues cuando lo intentaba se ponía nerviosa y coceaba. Sabía por experiencia que no había que forzar los encuentros con los animales, ellos vendrían cuando se sintieran seguros. Pasaría cada día un rato para que se acostumbrara a su olor, trabajaba en los establos cantando, para animarse durante la tarea, pero también para que los animales se fueran habituando al sonido de su voz.

Cuando salió de los establos el todoterreno había desaparecido, y Youki con él, pero no le importaba, sabía que estaba en el buen camino. Solo había que ser paciente.

## Capítulo 6

Cuando se planteó presentarse al puesto de trabajo que vio en el anuncio, no tenía muy claro que lo fueran a coger, pero tras un par de días se había dado cuenta de que su jefe estaba contento con él. Así que decidió abandonar el hotel en el que se alojaba en la capital y buscarse un alojamiento más cerca del trabajo. Había encontrado una habitación en una casa rural gracias a las buenas referencias que Juanjo había proporcionado.

La dueña del establecimiento no las tenía todas consigo cuando supo que iba a alquilarle la habitación a un extranjero que solo chapurreaba español, pero cuando vio a Ferguson en persona cambió de opinión. Y hasta se ofreció a incluir el desayuno y la cena por un módico precio. La buena planta del escocés y su eterna sonrisa habían sido suficientes para ablandar el corazón de Rosario.

Era una estructura de piedra con muros de cincuenta centímetros de espesor y ventanas de madera que carecían de persianas, pues tenían contraventanas. El suelo de madera maciza crujía en determinados puntos y el cabecero de la cama era de hierro forjado y debía pesar una barbaridad. A Ferguson le encantó ese ambiente en cuanto puso un pie dentro, era como volver a la granja de sus abuelos.

Estaba terminando de ordenar las pocas pertenencias que tenía cuando el móvil sonó sacándolo de su ensimismamiento.

—Hola, Will —respondió directamente.

—¿Cómo vas? ¿Has hecho algún avance?

Se notaba angustiado. William era un hombre de acción, alguien a quien le gustaba tomar la iniciativa de las cosas. Tener que esperar sin nada más que pudiera hacer iba en contra de su naturaleza.

—Vi hace un par de días a Youki en la granja. Creo que no le caigo muy bien... Bueno, en verdad da la impresión de que me odia y lo único que he hecho para merecerme su odio es ser amigo tuyo.

—Lo siento, amigo, pero tienes que seguir intentándolo. No puedo perder a Emma.

—Lo sé, haré lo que esté en mi mano, te lo prometo. ¿Edward ha conseguido algo?

—No tengo ni idea, cada vez que trato de sacar el tema, me da algún tipo de respuesta evasiva y de ahí no se mueve. Creo que está tramando algo, pero ya sabes cómo es.

—No desesperes, si estáis hechos el uno para el otro, acabaréis juntos. Es ley de vida. Por cierto, ¿cómo van las cosas por la empresa?

—Tú por eso no te preocupes, tómate el tiempo que necesites, he hablado con los de personal y te han concedido una excedencia exprés.

—Que tú seas el dueño de la empresa tiene sus ventajas. Bueno, ya te lo he dicho, todo va a salir bien, Emma y tú os merecéis el uno al otro.

—Ojalá. Buena suerte, y tenme al corriente de todo, por favor.

—Descuida.

Colgó el teléfono y se quedó unos minutos mirando en silencio por la ventana. Sin pensárselo mucho, cogió su cámara de fotos y se fue a disfrutar del paisaje. Cogió el coche y condujo sin rumbo fijo hasta que decidió que encontró un sitio que le pareció adecuado para pararse e internarse en el bosque.

\*\*\*

Lo primero que le sorprendió es que ese bosque no se parecía en nada al suyo. Ni los árboles, ni los matorrales, ni tan siquiera los sonidos eran los mismos a los que él estaba acostumbrado. El sol penetraba las copas de los árboles de hoja caduca creando caprichosos reflejos de luces y sombras en el suelo alfombrado con una capa de hojas caídas.

Una pareja de ardillas correteaba por el tronco de un árbol y se perdieron en la espesura de la copa antes de que él pudiera quitarle la tapa al objetivo y sacar algunas instantáneas. No tenía prisa, y se dejó guiar por su instinto buscando algo que mereciera la pena fotografiar.

Los arbustos de zarzamoras, un conejo o setas, todo acababa inmortalizado tras oír el *clic* del obturador de su cámara. Estaba deseando poder volver a su habitación y retocar algunas de las fotos para hacerlas más vibrantes. Entonces lo oyó, un ruido no muy lejano, algo así como una rama partiéndose. Por la intensidad del sonido quedaba descartado el conejo al que había fotografiado antes, debía ser un animal más grande, tal vez un corzo o un ciervo. Aunque también es posible que fuera un lobo o un oso, no conocía demasiado el tipo de fauna que podía encontrarse en esa zona, y se maldijo en silencio por haber salido de excursión sin haberse preparado lo suficiente.

Se agachó hasta coger un par de piedras de buen tamaño, si el sonido provenía de un animal no amistoso, prefería tener algo que lanzarle, y se parapetó detrás de un árbol. Se quedó en silencio, congelado como si fuera una estatua de hielo con todos los sentidos alertas. Oyó otro sonido, proveniente esta vez de su izquierda, se giró con cuidado para ver y...

—¡Venga ya! ¡Me has dado un susto de muerte!

Ojos rasgados, melena negra recogida en una coleta y una mueca muy poco amigable en el



rostro.

—Lo siento, pensé que eras un oso.

—Gracias, es lo más bonito que me ha dicho nadie últimamente —replicó ella con sarcasmo

—. ¿Qué haces aquí?

—Me repites mucho esa pregunta últimamente.

—Es que últimamente te encuentro en los sitios más insospechados. ¿Me estás siguiendo?

—Yo estaba aquí antes, así que si alguien está siguiendo al otro esa debes ser tú.

Su sonrisa burlona volvió a inundar su cara ahora que la sensación de peligro había desaparecido. Youki bufó en un gesto que ya empezaba a convertirse en una tradición cuando Ferguson andaba cerca.

—Te apuesto lo que quieras a que ni siquiera sabes dónde estamos.

—Por supuesto que lo sé, estamos aquí mismo.

—No te hagas el gracioso, que te sale fatal.

Entonces se fijó en lo que llevaba en la mano.

—¿Es una Nikon?

—Sí, por lo que veo tú estás usando una Canon.

Ella se encogió de hombros.

—¿Qué objetivo llevas?

—El veinte milímetros uno punto ocho.

Ella soltó un silbido de aprobación.

—¡Guau! Te ha tenido que costar una pasta, para paisajes es una pasada, pero aquí, con tan poca luz ¿salen buenas fotos?

—Toma, cógelo un rato y me dices.

Ella lo miró desconfiada, pero él le tendía su cámara con una sonrisa que terminó de romper las barreras que tenía. Además, le apetecía muchísimo probar ese objetivo. Ella misma había pensado en comprárselo, pero como costaba casi ochocientos euros siempre se echaba atrás en el último momento. Al final le pudo la tentación, y sacándose la correa de su propia cámara, se la intercambió con Ferguson.

Lo primero que le llamó la atención era el peso extra, ese objetivo era mayor que el que ella estaba usando y eso se notaba en el cuello, pero las fotos eran increíbles. Se paseó por el bosque durante unos cuantos minutos capturando cualquier imagen que le gustara. El tiempo pasó tan deprisa que incluso se olvidó que Ferguson estaba ahí hasta que este volvió a hablar.

—No quiero ser un incordio, pero nos estamos quedando sin luz y yo no sé muy bien dónde he aparcado el coche.

—¿Es un Renault rojo? —preguntó Youki volviendo junto a Ferguson, que había decidido sentarse sobre un tocón de árbol para esperarla.

—Sí.

—No sabía que era tuyo y he aparcado justo detrás, no estamos lejos, aún podemos quedarnos

un poco más antes de que se haga de noche. Por aquí cerca hay un arroyo, ¿quieres echarle algunas fotos?

Ferguson sonrió como un niño en la mañana de Navidad.

—*Gu dearbh*[2].

—No sé qué has dicho, pero por tu bien espero que no sea un insulto o la íbamos a tener muy gorda.

A pesar de la velada amenaza de sus palabras, los ojos de Youki estaban alegres, se notaba que bromeaba. Durante el trayecto hasta el arroyo hablaron de fotografía, de programas de edición y de algunos de sus creadores favoritos. A Ferguson le sorprendió lo fácil que estaba siendo hablar con ella, parecían dos viejos amigos que se conocían desde hacía mucho tiempo. Superada su desconfianza inicial, ahora se encontraban los dos mucho más a gusto en compañía del otro.

El arroyo no era gran cosa, pero eso no le impidió tomarle algunas fotos. El camino de vuelta al coche lo hicieron en silencio casi por completo. Hay ocasiones en las que no es necesario llenar un silencio con palabras vacías, es mejor disfrutar del bosque que ahora cambiaba. Los animales diurnos se iban a dormir mientras que los nocturnos salían de su letargo para llenar el aire con sonidos nuevos, desconocidos hasta ese momento.

—A lo mejor podríamos salir otro día a hacer fotografías, seguramente debes conocer sitios espectaculares mientras que yo solo me paro donde veo que cabe el coche.

Ella soltó una carcajada.

—Ya veremos, te recuerdo que eres el enemigo —respondió con una sonrisa.

—Emma no tiene por qué enterarse de que haces tratos con el enemigo, tal vez puedas actuar como espía, ya sabes, sonsacarme información para pasarla a tu Estado Mayor.

Youki volvió a reír y Ferguson notó que su corazón daba un salto hacia adelante.

—En cualquier caso, te veré mañana en la granja, ¿no?

—Por supuesto, *miss* Youki. Hasta mañana.

Cuando ella se alejó en su coche, él se quedó unos instantes parado contra la puerta del suyo. Había venido a España para convencer a Youki, esa era su misión, lo que no podía imaginarse es que esa mujer se fuera a hacer con el control de su corazón casi sin proponérselo, porque sí, se estaba dando cuenta de que se estaba enamorando de ella. De su risa, de sus comentarios cargados de sarcasmo, de su pasión por la fotografía... Esperaba que eso no fuera un impedimento para llevar a cabo su cometido, pues no se lo perdonaría.

## Capítulo 7

**T**ras las reticencias iniciales, parecía que los habitantes del pueblo ya le habían aceptado como uno más de ellos. El golpe de gracia definitivo fueron las palabras amables que Juanjo y Rosario pronunciaron alabando su persona a los parroquianos del bar de Mauricio. Eso decantó la balanza a su favor, y cuando fue a pedirse un café al día siguiente, le trataron como si su familia llevara generaciones viviendo en ese pueblo. Es lo que tiene la gente de campo, si trabajas duro y no te metes en líos, no tienen problemas para acogerte entre ellos.

A fuerza de hablar con sus compañeros, con sus vecinos y de ver *La casa de papel*, su español iba mejorando cada día, aunque seguía teniendo un marcado acento que hacía las delicias de sus paisanos, pues no desaprovechaban ninguna oportunidad para reírse de él haciendo chanzas a su costa. De hecho, los clientes del bar de Mauricio habían comenzado a llamarle «el lord», a pesar de que su familia era plebeya como la de la mayoría de la gente que conocía.

Y ahí precisamente es donde le encontró Youki aquella mañana de sábado, en el bar de Mauricio, jugando al dominó con varios de los ancianos del pueblo. Cuando traspasó el umbral de la puerta, necesitó unos segundos para procesar lo que estaba viendo: un escocés de más de metro ochenta, vestido como la versión castiza de Ralph Lauren siendo machacado al dominó por unos señores que habían crecido en la posguerra española. Sonrió sin poder evitarlo.

—¿Quién va ganando? —preguntó apoyándose contra la pared.

—Aún no se sabe quién gana, pero desde luego el lord es el que va perdiendo.

Respondió uno de ellos, y todos soltaron una carcajada.

—Les he dicho mil veces que el lord es William, que yo no tengo ningún título nobiliario, pero parece que no me escuchan —dijo Ferguson en tono confidente.

—Te han escuchado perfectamente, lo que pasa es que les da igual, es mucho más gracioso llamarte así.

Youki se fue a la barra mientras esperaba que la partida terminara. Le estaba proponiendo algo a uno de los clientes habituales, pero este negaba con la cabeza. Cuando la partida llegó a su fin, Ferguson se dirigió a la barra para hablar con la joven, interrumpiendo su conversación.

—Oye, deberías proponérselo al lord, seguro que eso se le da mejor que el dominó —soltó con

una risotada el hombretón antes de dejarlos solos, y Youki notó cómo se ruborizaba.

—¿Has ganado? —preguntó ella con una sonrisa inocente fingiendo que no había oído el comentario de su amigo.

—He sufrido una derrota más humillante que la de la Armada Invencible —respondió él con una sonrisa burlona.

Ella se encogió de hombros y respondió divertida.

—Yo soy china, así que no me afecta.

—¡Eso no te lo crees ni tú!

—Vale, vale, reconozco que tu bromita sobre la Armada Invencible ha tenido su gracia, y te aconsejo que no la repitas, que esta gente os sigue odiando por aquello.

—Lo tendré en cuenta. Bueno, ¿qué es eso que me tenías que proponer? —preguntó mostrando que sus intentos por desviar el tema de conversación no habían alcanzado su objetivo y se había enterado perfectamente de lo que había dicho el amigo de Youki antes de marcharse.

—Bueno, pensaba que tal vez... A lo mejor si te apetece...

—Youki, voy a envejecer mientras terminas esa frase. Venga, suéltalo.

—¿Te apetece venir conmigo al salón de la montaña que se celebra en Ifema?

Lo soltó del tirón, como si las palabras le quemaran los labios y tuviera que escupirlas para apagar el fuego. Él sonrió complacido.

—¿Cuándo sería eso?

—Hoy.

—Déjame adivinar, ¿te ha fallado tu plan inicial y por eso me lo pides a mí?

—Pues no, listillo. Me ha fallado el plan inicial y los tres que tenía de reserva.

—¡Guau! Tu brutal honestidad es... Pues eso, brutal. Si te digo que no, ¿a quién se lo pedirías?

—Seguramente a Mauricio, pero eso le obligaría a cerrar el bar y todos los del pueblo me odiarían, así que prefiero que aceptes, porque no me apetece convertirme en una paria.

Ferguson se lo planteó durante un milisegundo, la verdad es que le apeteecía pasar la tarde con ella, y, sinceramente, no tenía nada mejor que hacer.

—Acepto, todo sea por el buen funcionamiento de este pueblo.

\*\*\*

El camino hasta el recinto ferial de Madrid lo hicieron en el todoterreno de Youki. De fondo sonaba Agnes Obel mientras dejaban atrás los campos para internarse en esa jungla de asfalto que era la capital.

—¿Quién te ha fallado?

—¡Todo el mundo! Emma tenía un acto de la Liga contra el Cáncer, a la que últimamente le está dedicando mucho tiempo; Laura se iba con sus primas a elegir sus vestidos para el gran día,

se lo he propuesto a varios de los del pueblo, pero todos tenían algo que hacer; y Diana, que era mi última elección, ha cancelado en el último momento de forma muy enigmática.

Ferguson dio un pequeño respingo en su asiento. Diana podía haber anulado por cientos de razones, pero había una remota posibilidad de que una de ellas fuera Edward. Eso esperaba, porque, si bien disfrutaba de la compañía de Youki, no veía que estuviera haciendo ningún tipo de avance con respecto al problema de William.

Llegaron al aparcamiento del recinto ferial y tras dejar el coche a buen resguardo se decidieron a entrar. El alboroto que había ahí dentro golpeó a Ferguson como si fuera un rechazo de Muhammad Ali. Tras más de una semana alojándose en un pequeño pueblo de las afueras, volver a encontrarse rodeado de tantos españoles en un recinto cerrado supuso un golpe a sus tímpanos. Hizo una mueca de desagrado y se dirigió al primer puesto que encontró.

Un hombretón nórdico de casi dos metros con una melena rubia y una camisa de cuadros les saludó desde el stand de Adonis Tours, una empresa especializada en experiencias inmersivas.

—Buenas tardes, ¿qué se acontece? —les preguntó con una agradable sonrisa.

Ferguson tuvo problemas para entender el significado de la frase en español y el joven, al darse cuenta, pasó a hablarle en inglés.

—Me llamo Erik y me especializo en técnicas de supervivencia, hacemos primero unos cursos teóricos en Madrid, y luego nos vamos un fin de semana o un puente, si se puede, a poner en práctica esos conocimientos. Conmigo aprenderás desde a hacer fuego, a montar un vivac y a trepar a los árboles para escapar de los osos. Me encantaría enseñar a pescar salmones a mis alumnos, pero por lo visto esta tierra no dispone de ellos.

—¿En serio? Soy escocés, y pescar salmones es uno de mis pasatiempos favoritos.

El gigante soltó una carcajada y lo palmeó en la espalda de tal forma que Ferguson sintió que le acababa de recolocar todas las vértebras. Pasaron varios minutos hablando sobre aparejos, sedales y las mejores técnicas para atrapar a esos escurridizos animales.

—Uno de mis mejores amigos también es escocés. ¡Qué casualidad! ¿Tú no estarás todo el día con la gaita a cuestas como él?

—¡No! Me hubiera encantado aprender a tocarla, pero solo sé algunas notas. Sin embargo, soy muy bueno con el violín.

—¡No jodas! —se sorprendió ella.

Los dos hombres estaban tan enfrascados en su conversación que se habían olvidado por completo de la presencia de Youki. Ambos se sonrojaron un poco por su falta de decoro, pero ella pareció no darse cuenta.

—Bueno... Sí... No sé tocar grandes piezas clásicas, más bien canciones de taberna y música para bailar en fiestas.

—Como los pasajeros de tercera clase del Titanic —dijo Youki con una mueca divertida.

—Exactamente.

Se quedaron unos segundos mirándose en silencio hasta que Ferguson reaccionó, y cogiendo

el folleto que Erik les tendía, pasaron al siguiente puesto. Se dijo que si se quedaba más tiempo en España no le importaría probar uno de esos fines de semana de supervivencia de los que les había hablado, parecía algo sumamente interesante.

—Bueno, ya sabes algo de mí: toco el violín, ahora te toca a ti contarme algo.

Ella se quedó en silencio pensando algo que pudiera contarle sin revelar demasiado sobre ella misma. Le gustaba pasar tiempo con Ferguson, eso era innegable, le gustaba su amor por los animales, su pasión por la fotografía y cómo se le ajustaba el pantalón al trasero; pero no dejaba de ser el mejor amigo de William. Trataba de recordarse a menudo que Emma era su mejor amiga y que William le había roto el corazón, pero, por otro lado, se decía que Ferguson no tenía culpa de aquello. En cualquier caso, no había sido capaz de contarle a ninguna de las chicas que lo había conocido en persona, y mucho menos sería capaz de decirles que le gustaba pasar tiempo con él.

—Soy adoptada.

Él se paró en seco al lado de un puesto que vendía cuerdas de escalada y ella se giró para no dejarlo atrás.

—Eso ya lo sabía, quiero algo nuevo.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué?

—Sí, ¿por qué quieres saber cosas sobre mí?

—Pues porque nos vemos en el trabajo, y porque *tú* —recalcó mucho la última palabra —me has invitado a venir aquí. Así que me gustaría saber qué tipo de persona eres, creo que no pido nada del otro mundo. A lo mejor estoy compartiendo la tarde con una psicópata y me gustaría estar avisado.

Ella permaneció en silencio un rato más.

—Hago calceta.

Los ojos de Ferguson se agrandaron de tal forma que parecía una caricatura hecha en el barrio de Montmartre.

—Sí, ya sabes, con agujas y esas cosas.

Ella elevó los hombros queriendo quitarle importancia.

—Eso es... Es... ¡Es lo que hace mi abuela de noventa años en Glasgow!

Youki le dio un puñetazo en el hombro haciéndose la ofendida.

—Pues te quedas sin tu bufanda de Navidad.

—¿Me estabas tejiendo una bufanda?

—No, y ahora seguro que no lo voy a hacer.

Dos horas después habían terminado de ver todos los puestos, habían cogido incontables folletos publicitarios y habían pasado un buen rato en compañía del otro. Youki no pudo evitar sentirse culpable y pensó en contárselo a Emma la próxima vez que la viera. Sentía como si la traicionara, pero, por otro lado, si ella se sentía tan bien, ¿tenía que ignorar esos sentimientos?

Ferguson no sabía si el cambio de actitud de Youki hacia él sería algo duradero o simplemente lo había invitado para no sentirse sola entre tanta gente. Había observado que en ocasiones ella se cerraba sobre sí misma como una ostra y él había decidido no insistir y la dejaba callada esperando a que decidiera volver a darle conversación.

Youki le seguía pareciendo un misterio, pero no se rendiría. Cuando estuvo a solas en su habitación, se dio cuenta de que no habían hablado de William y Emma ni una sola vez. Se suponía que estaba en España para conseguir que Emma perdonara a su amigo, pero cuando tenía a Youki cerca, se daba cuenta de que se olvidaba de todo lo demás.

## Capítulo 8

Habían quedado los tres para una conversación por Skype para ponerse al día. Ferguson estaba en la habitación de su alojamiento, William en su lujoso apartamento y Edward aparecía en la biblioteca de la casa que los padres de ambos tenían en las Highlands. Iba ataviado con un batín de seda y un fuego crepitaba en la chimenea detrás de él. Si no fuera porque lo conocía de toda la vida, pensaría que se trataba del personaje de una película de época, o una versión cinematográfica de la vida de lord Byron.

—Bien, ¿habéis conseguido algo? —nos preguntó William.

Ante el silencio de Edward, que removía de forma indolente un vaso con whisky en su interior, Ferguson decidió comenzar.

—Veamos, cuando llegué a Madrid Youki me detestaba y te veía como el enemigo público número uno. Eso no ha cambiado mucho, pero al menos ahora habla un poco más conmigo.

William se tapó la cara con las manos, era la viva imagen de la desesperación. Edward no había movido ni un músculo, parecía una escultura romana.

—Pero yo creo que poco a poco voy confraternizando con ella, en cuanto empiece a tolerarme un poco más, podré hablarle más de ti, entonces te tolerará a ti y...

—¿Eso nos puede llevar cuántos años? —preguntó con el rostro aún escondido tras las palmas de las manos.

—Pues...

Soltó un largo suspiro. Edward cambió el peso del cuerpo de un lado hacia el otro y dejando su vaso en una mesita auxiliar tomó la palabra.

—Yo comí ayer con Diana.

Eso hizo que Will saliera de su ensimismamiento y se concentrara en la imagen que el ordenador le devolvía de su hermano.

—Fue en una comida con empresarios y algunos de los ciudadanos con más medios de Madrid. Se organizó en el casino y, si bien la comida fue excelente, la elección del vino fue, como poco, sorprendente, yo hubiera optado por...

—¡Edward!



—Está bien, pero que sepas que es una historia fascinante.

—No me cabe ninguna duda...

—El caso es que la conocí. Es casi una pena que no me gusten las mujeres porque me da la impresión de que podríamos hacer muy buena pareja.

—Estás de suerte porque a ella no le gustan los hombres —respondió William con amargura—. ¿Podrías ir al grano, por favor?

—Con lo que te gusta el drama, y lo mal que se te da ser teatrero... En fin, que estuve investigando durante semanas su perfil, la gente que conocía, el trabajo que realizaba e incluso conseguí que alguien de su empresa me filtrara que iba a asistir a esa comida. Tras eso, tuve que mover Roma con Santiago para conseguir que me sentaran en la misma mesa que ella. Y luego solo fue cuestión de llegar temprano y sentarme a su lado.

—Eres un genio del mal.

—Gracias, hermanito. —Una sonrisa lobuna adornó el rostro de Edward—. Cuando le conté quién era, estuvo tentada de levantarse y marcharse de ahí, se lo noté en la mirada, pero tiene demasiados buenos modales como para hacer algo semejante y le tocó aguantarme durante toda la comida. Al principio hablaba con un muro de hormigón, pues ella ni se dignaba a mirarme, pero luego capté su atención.

—¿Cómo? —preguntaron Will y Ferguson al unísono.

—Prometiéndole que invertiríamos en su empresa.

—¡¿Te has vuelto loco?!

—No, ya te he dicho que la he investigado a fondo. Para empezar, su empresa es bastante sólida, creo que invertir unos cuantos miles de euros en ella sería beneficioso tanto para ellos como para nosotros. Y, además, eso me garantiza más reuniones con ella. Diana no es una veterinaria paleta, es una ejecutiva de una multinacional, sabe lo que hay en juego, y también sabe que alguien como yo no se desplazaría a hablar con ella si no es con un buen motivo. Precisamente por eso me escuchará.

Los tres se quedaron en silencio, William y Ferguson meditando sobre las palabras que acababa de decir Edward, y este paladeando su victoria, y su vaso de whisky.

—Mira, ahora mismo soy capaz de invertir todo lo que tengo en carreras de hurones si con eso consigo que Emma regrese a mi lado. Haz lo que juzgues necesario, tengo toda mi confianza puesta en ti.

Edward sonrió, y de nuevo su sonrisa hizo que Ferguson sintiera un ligero escalofrío. Viendo cómo se las gastaba con sus amigos, no quería ni imaginarse de lo que sería capaz de hacer contra sus enemigos.

—Haced lo que sea preciso, en serio. Yo... no quiero sonar como un obseso, pero sé que estamos hechos el uno para el otro, sin ella en mi vida, esta no tiene sentido.

—Tranquilo, Will, ya verás como todo saldrá bien.

—Y si no es así, al menos tu cartera de valores subirá tras haber invertido en la empresa de

Diana.

Ferguson le lanzó una mirada airada a Edward a través del ordenador, pero dio la impresión de que el rubio no se dio cuenta, o lo ignoró voluntariamente. Terminaron la conversación y Ferguson cerró el portátil y se quedó pensando unos instantes, apoyado contra el marco de la ventana. Le hubiera encantado haber podido pasarle un brazo sobre los hombros a Will, decirle que todo iría bien y llevárselo al pub más cercano a tomarse unas pintas con unas *fish and chips*. Como hacían en los viejos tiempos, como habían hecho cada vez que tenían un problema que parecía que abocaba al fin del mundo. Simplemente dos tipos tomando cerveza y contándose sus penas.

Ahora había varios países entre ellos, y, a pesar de sus esfuerzos, no estaba más cerca de su objetivo de lo que estaba al aterrizar en Madrid. Lo único a lo que se había acercado era a Youki.

## Capítulo 9

Una semana se había escurrido como la arena de un reloj escapándose entre los dedos desde que Ferguson y Youki fueron juntos al salón de la montaña en el Ifema. En ese tiempo habían coincidido dos veces en la granja y, si bien no podía decirse que fueran amigos íntimos, la relación entre ellos ahora era más cordial que al principio.

Youki ya no soltaba improperios cuando se cruzaba con él en los terrenos de la explotación ganadera, e incluso ahora toleraba que estuvieran ambos en el mismo sitio sin que eso la sacara de quicio. Por su parte, Ferguson disfrutaba de esos pequeños momentos robados al horario de trabajo. Había aprendido a reconocer el motor del todoterreno de Youki y cuando aparecía por la granja, siempre trataba de hacerse el encontradizo.

No solo porque estuviera ahí con una misión que cumplir, sobre todo, porque apreciaba esos momentos con ella. Le gustaba verla concentrada revisando las gallinas, o auscultando a las ovejas. Cosas que para otras personas no tendrían importancia, a él le parecían maravillosas.

Esa mañana estaba en los establos cambiando la paja a los caballos, tarareaba una vieja canción escocesa que su abuela le cantaba cuando era niño y que siempre le traía recuerdos felices. La yegua purasangre seguía recelando de él, por eso la dejaba tranquila y no se acercaba a ella. Sin embargo, sí que cantaba cerca de ella y le susurraba palabras tranquilas en gaélico, era bueno con los animales y no tenía prisa, acabaría por conseguir que ella se le acercara voluntariamente.

Estaba cepillando a uno de los caballos andaluces, con calma, sintiendo la fuerte musculatura del animal debajo del cepillo, cuando notó que el móvil que llevaba en el bolsillo comenzaba a vibrar. Dejó el cepillo junto al caballo y salió fuera de los establos, respirando un aire más fresco que el que había en el interior.

—¿Tienes alguna camisa decente? —preguntó una voz sin tan siquiera presentarse o dar los buenos días.

—Hola, Edward. ¿Qué tal estás?

Oyó un bufido al otro lado de la línea.

—No tenemos tiempo para esas tonterías, sabes que estoy bien. Siempre estoy bien, y si no lo

estuviera, no es precisamente a ti a quien se lo iba a contar. Así que repito mi pregunta ¿tienes alguna camisa decente?

Ferguson suspiró, conocía a Edward de toda la vida, y por alguna extraña razón pensaba que al llegar a la vida adulta cambiaría y dejaría de ser un capullo, pero, por lo visto, se había equivocado.

—Sí, alguna debo tener.

—¡Perfecto! Esta noche vamos a cenar juntos.

—No sé yo si ese plan me entusiasma demasiado...

—A mí tampoco, no te creas, pero es por el bien de William.

El nombre de su amigo fue todo lo que necesitó para que sus reticencias desaparecieran, al menos en parte.

—Está bien, mándame la dirección por WhatsApp y nos vemos allí.

Edward ni siquiera se despidió, simplemente la comunicación se cortó y Ferguson supo que había dado la conversación por acabada.

—Mucho colegio privado, pero lo que son buenos modales no sabe ni lo que son —dijo en voz alta a nadie en particular.

\*\*\*

Diez minutos antes de la hora acordada había llegado al restaurante que, para haberlo elegido Edward, parecía un sitio bastante normal. Ferguson venía con la idea de que comerían en un tres estrellas Michelin donde debería dejarse un tercio de su sueldo solo para poder pagar la cena, pero este sitio no tenía pinta de ser de esos. Parecía un restaurante italiano normal, donde servían pizzas hechas en horno de leña, como pudo leer en la entrada y platos tradicionales de la gastronomía italiana.

Su móvil volvió a vibrar y leyó el mensaje que había recibido.

«Estoy dentro».

Ferguson bufó de nuevo pensando que poner un «hola» no iba a aumentar el precio del mensaje.

El interior era como se lo imaginaba, paredes pintadas de un color borgoña, mesas de madera robusta y manteles de cuadros. Edward lo esperaba en una mesa del fondo. Le sorprendió que estuviera preparada para cuatro comensales, sabiendo que ellos eran solo dos.

—Hola —saludó Ferguson mientras se sentaba al lado del rubio.

—De eso nada, ponte en frente de mí —respondió señalando la silla vacía.

—Bien, no es que no goce con tu compañía, pero debo reconocer que tu invitación me pilló bastante por sorpresa. ¿Tanto te gusta pasar el rato conmigo?

Edward esbozó una sonrisa tan ensayada que casi pareció natural. Una sonrisa que contenía años de asistir a cócteles y a recepciones con gente que no le interesaba lo más mínimo, pero con

la que tenía que interactuar por obligación. Ferguson se sintió como un escarabajo siendo observado por un entomólogo antes de diseccionarlo.

—No me desagrada la vista —admitió sonriendo —pero eres demasiado rudo para mi estilo. En verdad te he invitado porque esta noche vamos a cenar con Diana y su amiga Youki.

A Ferguson se le había quedado la boca seca de repente.

—Pero... Pero...

—Mira, yo creo que esta cruzada de mi hermano de recuperar a Emma es una soberana tontería. Podría perfectamente elegir a cualquier mujer de más de dieciocho años del planeta y punto. Pero él es un cabezota que siempre coge el camino difícil, así que aquí estamos, tratando de convencer a sus amigas de que sus intenciones son nobles. Y por eso te necesito. Yo puedo tener cosas en común con Diana, pero Youki es un absoluto misterio para mí.

—Para mí también —respondió Ferguson con tono soñador.

—Pues más vale que nos pongamos las pilas, porque este capricho de mi hermano me está tomando más tiempo del que le he consagrado nunca a nada. Sin contar que he tenido que invertir en una empresa farmacéutica una suma bastante importante.

—Dijiste que era una inversión segura.

—Y lo es, pero eso no quita para que de momento mi dinero esté invertido en vez de tenerlo disponible para gastármelo en champán y mocasines.

Esbozó una sonrisa que esta vez sí le pareció sincera. Era posible que Edward fuera la persona más esnob de la tierra, además de una de las más egoístas, pero sentía devoción por su hermano mayor. No hay otra persona en este planeta por la que Edward hiciera ese tipo de esfuerzos, tal vez su madre, aunque su relación se había deteriorado después de que él saliera del armario. Pasaron años sin hablarse sabiendo que antes de ese momento eran inseparables, habían vuelto a retomar la relación, pero nunca sería como antes. Aunque Ferguson sentía que Edward seguía aferrado a aquella imagen de su madre, en la que era su confidente y su mejor amiga, y que estaría dispuesto a hacer cualquier cosa por ella.

—Mira, ya están ahí —dijo poniéndose en pie para recibir a las dos mujeres.

Diana era como se la habían descrito y mucho más. Era preciosa, alta, esbelta, iba ataviada con un vestido de Calvin Klein que se le ajustaba como un guante realzando sus curvas perfectas y el pelo rubio recogido en una tirante coleta alta. Ferguson se quedó embobado mirándola y tuvo que ser Youki quien lo sacara de su ensimismamiento.

—Lo sé, Diana tiene ese efecto... —murmuró, y él por fin consiguió apartar los ojos de la rubia.

A Ferguson le sorprendió ver a Youki con algo que no fuera su mono de trabajo, tuvo que reconocer que iba muy guapa. No se podía comparar a Diana, pero tampoco hacía falta hacerlo. Llevaba un vestido gris marengo de manga larga ajustado con un cinturón negro que le daba un toque refinado. Llevaba el pelo suelto, algo poco habitual, pues estaba acostumbrado a verla con una coleta o con una trenza. Sintió que su corazón le daba una patada a sus costillas por lo

hermosa que estaba.

Se quedó mirándola sin saber qué decir y notó cómo ella se ruborizaba.

—Mi amigo, el que parece que no ha visto una mujer en su vida, es Ferguson —dijo Edward presentándose a Diana.

Esta le devolvió una sonrisa enigmática antes de acercarse a él y darle dos besos.

—Y supongo que tú debes ser Youki.

—Bueno, tampoco es que te queden muchas más opciones —respondió acercándose a Edward para sentarse junto a él.

Diana y Edward eligieron el vino para todos, y tras pedir un *carpaccio* para compartir, cada uno eligió su plato. Con las copas llenas y los primeros servidos, Edward dio por comenzada la reunión.

—Bien, estamos aquí reunidos por una razón muy simple. William quiere recuperar a Emma y salvo que lo consiga, nosotros tendremos que aguantar cómo gimotea por las esquinas y nos pone la cabeza como un bombo. Así que, por favor, hablad con vuestra amiga para que le dé una oportunidad, porque esto está siendo muy doloroso para él, y también para nosotros.

—Conmover... ¿Haces esto por tu hermano o por ti? —preguntó Diana mordaz.

—Por los dos, no te voy a mentir —respondió dándole un sorbo al vino tinto.

Diana se echó hacia adelante apoyando las manos sobre la mesa.

—Veamos, Emma ya ha pasado por esta situación. William pidió una oportunidad y se la dio, y cuando tuvo su momento, decidió besar a otra. Eso no fue muy inteligente por su parte. Así que no veo por qué tenemos que pedirle a Emma que confíe de nuevo en un tío que ya ha demostrado que no está a la altura.

—No fue culpa de mi hermano, aquello fue obra de Fiona.

—Ya he oído esa excusa antes.

Aquello parecía un partido de tenis entre Nadal y Federer. Todo lo que decía Edward era respondido por Diana con presteza. Youki y Ferguson no eran más que meros espectadores de esa batalla de titanes y se estaban dedicando a comer sin entrometerse en la conversación.

—Fiona no es precisamente de fiar. ¿Verdad Ferguson?

Este tenía la boca llena de raviolis de carne y todo el mundo estuvo esperando a que terminara de masticar y de tragar para que pudiera decir.

—Fiona es mala.

Youki bufó y Diana puso los ojos en blanco.

—No, lo digo en serio. Es el demonio con zapatos de marca. Representa todo lo malo de la alta sociedad: la altanería, el pisar a cualquiera para obtener lo que quiere, el odio por aquello que es distinto. Nunca nadie le ha negado nada, y si alguien ha osado alguna vez hacerlo, lo ha destruido por el camino. Es una sanguiuela de la peor calaña.

—Vaya, veo que no eres un gran fan.

—Soy uno de los que trato de destruir, y estuvo a punto de conseguirlo, pero... Bueno, me

rodeé de buenas personas que me protegieron.

Intercambió una mirada rápida con Edward y este hizo un imperceptible gesto con la cabeza quitándole importancia. Al final iba a resultar que Edward no era tan mala persona después de todo.

—No le importó volar a otro país para arruinarle la vida no solo a Emma, sino también a William. Está destrozado, no es ni una pálida sombra del hombre que solía ser. Trata de disimular delante de sus empleados, o sus padres, pero yo lo conozco como si fuera mi hermano y jamás lo había visto tan abatido.

Tras sus palabras, un silencio se instauró en la mesa. Ferguson había hablado desde el corazón, eso era innegable. Youki miraba su pizza sin apartar los ojos de ella; y Diana tenía una ceja levantada tratando de sopesar esas palabras. Tras un momento que pareció interminable, dio un largo suspiro.

—Está bien, creo que me has convencido, aunque sigo teniendo mis dudas. Habría que hablar directamente con William, para saber si no ha cambiado de opinión.

Hablaba más para ella misma que para los demás comensales.

—Bien, creo que lo mejor será que Youki vaya a entrevistarse con él.

—Perdona, ¿qué?!

—Sí, no podemos dejar que Emma se embarque en esta aventura basándonos solo en la palabra de estos dos, alguien tiene que ir, mirarlo a los ojos y ver que no miente.

—¿Y por qué tengo que ser yo? —preguntó horrorizada la morena.

—Porque yo estoy hasta arriba de trabajo ahora mismo, no puedo dejar la empresa. De hecho, me sorprende no haber recibido ninguna llamada en el tiempo que hemos pasado aquí. Además, un poco de aire fresco te vendrá bien.

—Trabajo en el campo, tengo todo el aire que necesito.

—Pues mejor me lo pones, así ya estás acostumbrada. Que te acompañe ese —dijo señalando con el cuchillo a Ferguson.

—¿Por qué yo?

—No pensarás que voy a dejar que vaya sola, alguien tiene que hacerle de cicerón.

—Tengo trabajo —respondió Ferguson a trompicones.

—Encontraremos a alguien que pueda replazaros un par de días, tampoco lo que hacéis es de vida o muerte.

—Pero...

—Es una idea excelente, Diana —respondió Edward elevando su copa de vino.

—No entiendo por qué sois vosotros los que tomáis todas las decisiones —se quejó Youki, y cruzó los brazos delante del pecho.

Edward y Diana intercambiaron una mirada y se echaron a reír como si fuera lo más obvio del planeta.

—El fin de semana que viene podría ser perfecto, se pueden quedar un par de días más por si

Youki tiene preguntas adicionales o quiere aprovechar para visitar algo.

—Tenemos unas ovejas excelentes —dijo Edward tratando de animarla.

—Y whisky para olvidar esta humillación —añadió Ferguson—. No podéis disponer de nuestro tiempo y nuestras vidas como si fuéramos simples peones de ajedrez.

—No te quejes, que vas a volar gratis a casa, tu perro te estará echando de menos.

—¡Tengo un gato!

Edward le quitó importancia haciendo un gesto de la mano.

—Pues ya está todo organizado.

—¿Conoces algún hotel donde Youki pueda hospedarse? —preguntó Diana a Edward.

—Puede hacerlo en casa de Ferguson, es una cabaña algo rústica pero muy acogedora.

—Es un *cottage* y... y...

—Y estará encantado de que se quede en su humilde morada. Por William, ¿verdad?

Ferguson miraba a Edward echando chispas, y Youki hacía lo mismo con Diana. Apenas terminado el postre, Youki se levantó para marcharse y Ferguson la acompañó hasta el metro. La cena había discurrido en un clima de fría calma, que Diana y Edward dispusieran de ellos a su antojo no era algo que hiciera mucha ilusión a ninguno de los dos, pero ambos querían ver felices a William y Emma, y por eso no protestaron más que lo necesario.

Cuando Edward y Diana se quedaron a solas, se pidieron dos vasos de whisky para bajar la cena.

—¿Qué te ha parecido la cena?

—Maravillosa, no conocía este sitio y me ha encantado.

—No hablo precisamente del menú.

Diana sonrió removiendo el líquido ambarino en su vaso.

—Creo que es el plan más disparatado que he oído en mi vida, pero puede funcionar.

—¿Y?

—Y tenías razón, son perfectos el uno para el otro y si encima conseguimos que Will y Emma vuelvan juntos, será una jugada redonda.

—¿Crees que hemos sido demasiado obvios?

—¡Para nada! Además, esos dos hubieran necesitado de años antes de atreverse a dar el paso, ahora estarán cuatro días bajo el mismo techo, algo tendrá que salir de ese encuentro.

Chocaron sus copas brindando por el éxito de los planes venideros.



## Capítulo 10

Ferguson acompañó a Youki hasta la entrada del metro por la que se vio hundirse en las entrañas del subsuelo madrileño. Se dirigió a paso rápido hasta su coche, que estaba aparcado cerca del restaurante con una sensación tan extraña en la boca del estómago que casi estuvo a punto de pararse detrás de un contenedor y vaciar ahí mismo la cena.

Cuando se subió al coche, trató de serenarse respirando hondo varias veces y cuando la situación estuvo bajo control, encendió el motor y se lanzó a la carretera. No tenía prisa por llegar, de hecho, una carretera despejada, una noche tranquila y buena música eran la receta perfecta para pensar con claridad.

Puso en el reproductor el CD de Adela, lo nuevo de Jakub Jòzef Orliński, y dejó que el piano, la guitarra, y la inconfundible voz del contratenor le guiarán hasta casa.

—¿Qué narices ha pasado en esa cena? —preguntó al coche vacío.

Sentía que Diana y Edward les habían tendido una trampa a Youki y a él, pero no era capaz de ver la imagen completa. Simplemente se sentía mal porque ellos hubieran tomado todas las decisiones sin apenas preguntarles si estaban de acuerdo. Y ahora le tocaba hacer de niñera de Youki cuando fuera a ver a William. ¿Para qué exactamente? ¿Para mirarlo a los ojos y saber si mentía? Eso lo podían haber hecho con una videollamada sin tener que coger aviones ni pasar controles de pasaporte.

Lo único que le gustaba de esta historia es que no sería él quien correría con los gastos del viaje. Esperaba que Diana y Edward se rascaran el bolsillo y por los menos viajaran en condiciones, nada de vuelos que salen a las cinco de la mañana porque son los billetes más baratos. Sonrió sin poder evitarlo. Menos mal que esos dos no sentían atracción la una por el otro, porque, si se unieran, serían capaces de dominar el mundo. Probablemente ya lo estaban haciendo. Seguro que existía alguna sociedad supersecreta de gente guapa y rica que controla el mundo, y Diana y Edward eran miembros de honor. Se los imaginó vestidos de negro y sentados en un sillón giratorio dándose la vuelta a la vez cuando alguien entrara en la habitación como hacían siempre los villanos de James Bond. Lo único que les faltaría sería el gato, pero no veía a ninguno de los dos permitiendo que los pelos de animal estropearan ninguno de sus jerséis de

merino.

Volvió a sonreír ante la idea hasta que su rostro se ensombreció pensando que no solo iba a ser la niñera de Youki durante esos días, sino que también iba a ser su casero. ¿Cómo había ocurrido eso? No recordaba exactamente la conversación, creyó recordar que fue Edward quien propuso lo de que ella se quedara en su casa.

¡Oh, Dios mío! ¡La casa! Tuvo que salir de forma un poco precipitada hasta Madrid y no recordaba en qué estado la había dejado. Coffe estaba al cargo de una vecina que pasaba varias veces por semana para darle de comer, cambiarle la arena y jugar un rato con él, pero nadie había limpiado desde que se marchó. ¿Había dejado platos sucios en el fregadero? ¿La ropa estaba recogida?

—¡Maldito sea Edward McGregor! —dijo en voz alta.

Ahora tendría que llamar a alguien para que fuera a limpiar y poner la casa un poco en orden para cuando llegaran, porque cuando se marchó no pensó que volvería para tener invitados. Iba a matar a Edward, cuando todo esto terminase y William estuviera feliz con Emma, iba a acabar con ese metomentodo que siempre acababa interfiriendo en su vida. Llamaría a la señora Harris para que se ocupara de la limpieza porque no sabía a quién más pedírselo, y se lo pagaría ayudándola con lo que ella quisiera por el resto de su vida. Así de desesperado estaba.

Pero dejando a un lado el hecho de que no sabía en qué estado se encontraba su *cottage*, la verdad es que le apetecía ese viaje con Youki. No es que fuera un viaje de pareja ni nada por el estilo, pero quería que ella conociera su tierra, pues se saben muchas cosas de una persona visitando el lugar donde ha crecido.

Un escalofrío recorrió su espalda. No tenían mucho tiempo, así que no podrían visitar las Highlands, que es lo que a él realmente le hubiera gustado, pero sí que podían visitar Edimburgo y Glasgow, o tal vez Leith, dependiendo del tiempo que tuvieran y de la meteorología, pues el tiempo en Escocia era tan caprichoso como una chica bonita.

Ese viaje era una locura, una imposición que se habían sacado de la manga Diana y Edward, pero también era una oportunidad para que Youki lo conociera realmente, para que descubriera junto a él la magia de su tierra natal. Además, Youki no era precisamente una señorita de ciudad a la que le da miedo la lluvia y el barro, era un espíritu fuerte, un alma salvaje, y estaba convencido de que no iba a desentonar para nada en Escocia.

Y luego estaba Fiona. Otro escalofrío le recorrió la espalda, pero muy distinto al anterior. Él la conocía muy bien, le había hecho la vida imposible desde que se conocieron. No perdía ni una oportunidad para recordarle a todo el mundo sus orígenes humildes, como si eso fuera algo de lo que avergonzarse y sabía que, a pesar de ser una mujer de una gran belleza exterior, estaba completamente vacía por dentro. Iba a necesitar ayuda, y supo exactamente a quién pedírsela, alguien a quien Fiona le caía tan mal como a él, pero que tenía mucho más dinero que el que él pudiera acumular en toda una vida de arduo trabajo.

Sin apenas darse cuenta había llegado ya hasta la casa rural que le servía como alojamiento.

Debía llamar a William para contarle los disparatados planes de su hermano y prevenirlo de que dentro de unos días llegaría a la capital escocesa acompañado de alguien cuya única misión era someterlo a un interrogatorio.

## Capítulo 11

Esa semana Youki vino a buscarlo mientras estaba en el establo. Le gustaba pasar su tiempo libre ahí dentro, su idea era conseguir que la yegua purasangre acabara confiando en él, algo que todavía no había conseguido.

Estaba dándoles de comer zanahorias a los caballos andaluces que habían confiado en él desde el primer día cuando sintió que se ponían nerviosos, pero rápidamente se calmaban otra vez. Al darse la vuelta descubrió a Youki apoyada contra el dintel de la gran puerta del establo mirándolo con una sonrisa.

—No se te dan nada mal.

Se encogió de hombros.

—Se me dan bien los animales, creo que se dan cuenta de que no quiero hacerles daño.

—Ya, pude comprobarlo cuando te ofreciste a ayudarme con el parto de aquella yegua.

Volvió a encogerse de hombros. Para él estar en contacto con los animales de esa manera era algo natural. De hecho, en ocasiones se sentía mucho más cómodo con ellos que con los humanos con los que le tocaba convivir. No le había pasado desapercibido que esta vez había sido Youki quien había ido a buscarlo a él. Parecía que estaban haciendo avances ellos también.

—Oye, ese viaje que tenemos que hacer, ¿no te parece una locura?

—¡Por supuesto! Pero... lo hago por William; si con eso es capaz de recuperar a Emma, creo que habrá merecido la pena.

—Ya, pero lo que no entiendo es qué pinto yo en esta historia. A ver, que si a mí ese chaval me dice que le gusta Emma y que no le va a volver a hacer daño, yo me lo creo, no tengo por qué irme a otro país para eso.

—Ya, bueno... A mí tampoco me hace mucha ilusión ir para ser... —se contuvo antes de decir «niñera» —tu escolta.

—¿No crees que deberíamos decirles que vayan ellos y nos dejen a nosotros tranquilos?

—Sí, bueno, buena suerte con eso. Edward no ha atendido nunca a razones, no creo que empiece a hacerlo justamente ahora.

—Diana es igual, cuando se le mete una cosa entre ceja y ceja, es como un perro de caza que

ha olfateado la pista de la presa.

—¡Buena analogía! Edward es igual.

Los dos intercambiaron una mirada cómplice.

—Oye, esto puede sonar a una cosa muy de chicas, pero ¿qué meto en la maleta?

Ferguson se quedó en silencio meditando unos instantes.

—Veamos, es junio en Escocia, con lo que yo metería un bañador, las botas de agua y un jersey de cuello vuelto.

—¡No me estás ayudando!

—¡Sí que lo estoy haciendo! El tiempo en Escocia cambia con mucha facilidad, y en esta época puede hacer calor, y cinco minutos después caer una lluvia torrencial, para terminar el día con un viento gélido proveniente del norte que hará que se te hielen hasta las pestañas. Así que mi consejo es este: llévate capas que puedas ir poniendo y quitando, una chaqueta impermeable y botas resistentes al agua. Además, tampoco vamos a estar tanto tiempo, vamos solo cuatro días, y eso sin contar con los trayectos en avión.

Ella asintió.

—Está bien, no sé muy bien cómo organizar una maleta con lo que me has dicho, pero haré lo que pueda.

—Oye... —Ferguson notó como se le ruborizaban las mejillas y hasta se le ponían coloradas las orejas—. ¿Hay algo en especial que quieras hacer? Digo... visitas, comer en algún sitio, lo que sea. Podemos organizarlo.

Ella se quedó pensativa.

—No conozco mucho de Escocia, mi amiga Laura es una enamorada de ese país, de hecho, su despedida de soltera es en las Highlands, que nos vamos las cuatro de viaje, aunque ella no lo sabe, pero a mí nunca me ha atraído demasiado.

Ferguson cogió un puñal imaginario y se lo clavó en el corazón haciendo que Youki rompiera a reír.

—Está bien, te llevaré a todos los sitios turísticos de la capital. Llévate la cámara de fotos y la funda de lluvia porque vas a salir de ahí sabiendo hablar hasta gaélico.

—Ya sé hablar gaélico.

—¿En serio?

—Claro que sí, *glaiokit*.

Él se quedó con la boca abierta y ella se fue de allí riéndose. Ferguson estaba apoyado contra una de las puertas de los establos cuando sintió una presencia contra su hombro. La purasangre se había acercado lo suficiente como para tocarle el hombro. Cuando él se giró para acariciarla, ella ya estaba bastante lejos, pero eso no desmerecía el hecho de que por primera vez hubiera decidido acercarse a él.

## Capítulo 12

Ferguson pasó a recoger a Youki por su casa para ir juntos al aeropuerto. El vuelo era a las nueve de la mañana, una hora bastante prudente, además de que les permitía llegar a Edimburgo lo suficientemente temprano como para no perder un día entero solo en el trayecto.

Mientras esperaba su turno en el control de pasaportes no pudo sino recordar cómo Juanjo había acudido a verlo una mañana para decirle que le acordaba dos días de vacaciones extraordinarias. Cuando Ferguson le preguntó si era normal acordar días de vacaciones a alguien que no llevaba ni un mes trabajando, el capataz simplemente se encogió de hombros y se marchó de ahí riéndose. Supuso que Edward le había pagado una bonita suma para que su ausencia no le molestara, o que había encontrado a alguien para remplazarlo. En cualquier caso, ahora estaba a punto de que su maleta de mano fuera inspeccionada con rayos X justo antes de tomar un avión rumbo a su tierra.

Sus asientos estaban en la tercera fila, Youki tenía ventanilla y a Ferguson le había tocado el asiento de en medio. Era el asiento que menos le gustaba, no podía mirar el paisaje, ni estirar las piernas disimuladamente usando el pasillo para ello. Le tocaba simplemente estar ahí, sentado, tan cerca de Youki que sentía como sus brazos se tocaban.

Ella estaba ensimismada mirando por la ventanilla, observando como el paisaje cambiaba mientras sobrevolaban Francia y luego el canal de la Mancha. Él decidió enfrascarse en la lectura de *Rey Blanco*, una novela del que se había convertido en uno de sus autores españoles favoritos, Juan Gómez-Jurado.

Pasaron la mayor parte del vuelo en silencio, a pesar de que el asiento del pasillo quedó finalmente vacío, Ferguson no sintió en ningún momento la tentación de cambiarse de sitio. El leve contacto del brazo de Youki contra el suyo le resultaba sorprendentemente agradable y no quería renunciar a él solo por tener un poco más de espacio.

\*\*\*

En la terminal de llegadas les estaba esperando Duncan, el chófer personal de William. No hacía

falta que sostuviera ningún cartel con sus nombres pues Ferguson lo conocía desde hacía años.

—Buenos días, Duncan.

—Buenos días, *mister* McLane. ¿El vuelo ha sido agradable?

—No tanto como volver a estar en casa —respondió Ferguson con una gran sonrisa poniéndole una mano en el hombro al conductor—. Le presento a *miss* Youki, va a quedarse unos días por nuestra tierra.

El chófer le lanzó una rápida mirada y asintió ligeramente con la cabeza. Abrió la marcha dirigiéndose hacia el coche que les esperaba en la zona reservada para taxis. Youki se quedó impresionada y se subió sin rechistar en el asiento trasero del monovolumen negro que conducía Duncan.

El trayecto hasta la capital fue rápido. Hoy era uno de esos días en los que el sol brillaba con fuerza, o con toda la fuerza que podía brillar en Escocia, que no era tampoco mucha. Al menos el cielo estaba despejado y pudo ver los edificios de piedra cubiertos de hiedra tan distintivos de la capital escocesa. Duncan y Ferguson hablaban animadamente discutiendo los últimos resultados de los Celtic de Glasgow.

Duncan se paró delante de un edificio antiguo en una calle paralela a la Royal Mile y Ferguson ayudó a Youki a descender del coche cogiendo su maleta con galantería. El coche se marchó y los dejó a solar una vez más.

—¿Quién vive aquí? ¿La reina?

—Solo Will, pero no te dejes engañar por el aspecto exterior de este edificio, por dentro es una maravilla. ¡Vamos!

Él pasó por delante de un portero que le saludó cortésmente y subió los escalones de dos en dos. La emoción que sentía por volver a encontrarse con William era contagiosa, y Youki, que hasta ese momento no había sido demasiado consciente de que se iba de viaje a otro país solo para interrogar al exnovio de su amiga, empezó a sentirse abrumada. Todo había pasado tan deprisa que no había tenido tiempo de procesarlo, y ahora se encontraba a escasos metros de *mister asshole*, como ellas le llamaban cariñosamente.

¿Qué le iba a decir? ¿Qué se le dice a alguien que le ha roto el corazón a tu amiga? ¿Qué se le dice a un lord? ¿Tenía que hacer una genuflexión o con darle dos besos era suficiente? ¿Se podía tocar a un lord? En ese momento se dio cuenta de lo poco que sabía sobre protocolo, y de lo poco que se había preparado este encuentro.

Cuando terminó de subir la escalera, vio como Ferguson se separaba de un gigante pelirrojo que lo estrechaba entre sus brazos, para acto seguido abrazarla a ella. Bueno, por lo visto ya quedaba resuelto el tema de si se podía o no tocar a un lord.

—¡Qué alegría conocerte al fin! Soy William, ven, dame tu maleta, que ya la meto yo dentro de casa.

Youki lo siguió obediente hasta el interior del piso y le pareció que era Dorothy cuando entraron en Oz.

—Toto, ya no estamos en Kansas —dijo en voz baja.

La modernidad del interior del piso contrastaba con el aspecto regio y sobrio del exterior. Allí dentro no le costó sentirse como en casa. Sus maletas estaban abandonadas junto a un lujoso sofá de cuero. Los chicos estaban en la cocina abierta al salón en la que William se afanaba picando cebollas en la isla central. Ella quería estar cabreada con William por lo que le había hecho a Emma, pero algo en su actitud le impedía hacerlo. Le parecía sincero, y las ojeras que enmarcaban sus preciosos ojos verdes eran oscuras y profundas. Trataba de disimular, pero se notaba a la legua que ese hombre no estaba bien.

—Espero que tengáis hambre, sé que es temprano para el horario español, pero ahora estáis en Escocia y tenéis que comportaros como escoceses.

—No te molestes, Will, podemos...

—¡No es ninguna molestia!

Se le notaba eufórico, tal vez demasiado. Sabía que se jugaba mucho en este encuentro y estaba tratando de aparentar serenidad, pero en vez de eso, parecía desquiciado cortando, pelando y preparando ingredientes sobre la enorme encimera de mármol. Youki se acercó con cuidado y le cogió las manos entre las suyas, él levantó la mirada de las cebollas con los ojos empañados.

—Todo va a salir bien —dijo ella casi en un susurro.

Y las lágrimas corrieron libres por las mejillas de William, y no precisamente por haber estado cortando cebollas. Rodeó la isla y dejó que Youki le abrazara como una madre haría con su hijo más frágil. Él le sacaba cabeza y media, pero se perdió en ese abrazo disfrutando del contacto de ella, que le decía al oído que todo se arreglaría de una forma o de otra.

—¿Está... está muy enfadada?

—Bastante, sí, pero eso es porque estaba muy enamorada.

Los ojos de William se iluminaron con un brillo casi infantil.

—Es perfecto porque yo también estoy muy enamorado de ella, podemos volver a estar juntos y ser felices.

Youki negó en silencio.

—No va a ser tan fácil. Estuvo destrozada, y aún lo sigue estando, aunque trate de disimular. Tras cinco años con Ramón no la vimos derramar ni una lágrima, tras unos pocos meses contigo se ha hundido hasta las alcantarillas. Va a necesitar tiempo para sanar.

Él grandullón asintió en silencio. Se separó de Youki y volvió a su labor picando cebollas.

—Siento el espectáculo que acabas de contemplar, si mi madre me hubiese visto probablemente me hubiera desheredado sin miramientos.

—Pues es una suerte que no estuviera aquí —respondió Ferguson mientras sacaba tres cervezas del frigorífico.

—Por cierto, ¿era necesario venir hasta Edimburgo para ser testigos de mi desdicha, no podíamos haber hablado de esto por teléfono?

—¡Es cosa de tu hermano!



—¡Y de Diana!

—Sí, esos dos han urdido todo este plan, no sé qué están tramando, pero yo creo que necesitaban que estuviéramos fuera de Madrid durante unos días.

—¿Para qué? Si nunca coincidimos. No me imagino a Diana viniendo a visitarme a la granja, y a Edward menos todavía.

—Ya... Pues bienvenidos a mi mundo, yo crecí con él y estoy tan a oscuras como vosotros. Mi hermano es un completo misterio. Pero ya que estás aquí, aprovecharás para visitar algo, ¿no?

—Supongo... Ya le he dicho a Ferguson que no soy una gran entusiasta de este país, creo que todo el revuelo montado en torno a los highlanders es excesivo.

Los dos hombres se miraron divertidos.

—¿Qué quieres decir exactamente?

—Ya sabéis, es como la fantasía sexual de todas las mujeres, saber qué llevan los escoceses debajo del kilt y montárselo con un auténtico caballero de las Tierras Altas. —Se ruborizó ligeramente mientras hablaba y se encogió de hombros—. Pero no es mi caso, nunca me han llamado la atención esos hombres de torsos perfectos vestidos con falda.

William soltó una carcajada que inundó toda la cocina mientras que Ferguson parecía que se había desinflado como un globo después de varios días de estar al sol.

—Venga, no seáis vagos, ayudadme a poner la mesa mientras yo preparo el *risotto*, lo sé, no es un plato típicamente escocés, pero para eso ya iremos a cenar esta noche al pub.

Las palabras de William sacaron a todos de la inactividad: Ferguson, que conocía esa casa como la suya propia, iba sacando los platos y cubiertos y los dejaba en la encimera para que Youki los llevara hasta la mesa. Will había puesto una *playlist* de Nina Simone que llenaba el ambiente amenizando la preparación de la comida.

Cuando todo estuvo listo se sentaron a la mesa como tres viejos amigos. Youki pudo entender por qué Emma había caído bajo el encanto de William, era divertido, contaba buenas anécdotas y su *risotto* era más que pasable. Ferguson, por el contrario, era más reservado, se quedaba en segundo plano cuando estaba con William y eso le molestó un poco a Youki. Le gustaba cuando él tomaba parte en la conversación, pensaba que sus apreciaciones eran siempre certeras y su humor se parecía mucho al de ella.

De repente fue consciente de que había pasado de odiar a Ferguson a odiar que no interviniera más en la conversación. Se había embarcado en un viaje a otro país para pasar cuatro días con él, durmiendo en su casa y, en vez de sentir miedo o rechazo, lo único que sentía era expectación y entusiasmo. Se dio cuenta de que ese escocés había necesitado de unas pocas semanas para ser parte fundamental de su vida y, allí mismo, en el *loft* de un lord escocés, sintió algo que no había sentido en toda su vida: muchísimo miedo.

## Capítulo 13

William se quedó en el piso mientras Ferguson llevaba a Youki a descubrir Edimburgo. Will sonrió cuando los vio salir a los dos de su apartamento con las cámaras al cuello y la sonrisa dibujada en el rostro.

—Bien, ¿qué quieres visitar? Tenemos el castillo, que es un clásico y las vistas son espectaculares, también está el café donde J. K. Rowling escribió *Harry Potter* o... ¡Ya sé! Vamos a Saint Giles.

—Si tú lo dices —dijo Youki encogiéndose de hombros.

Caminaron apenas unos minutos por las calles adoquinadas, a pesar de ser junio, aún hacía fresco, pero los escoceses parecían no notarlo y vio a varios con chanclas y camisetas de manga corta a pesar de estar a tan solo catorce grados. Ferguson también parecía estar acalorado y se quitó el jersey para anudárselo a la cintura rebelando unos bíceps bronceados y bien torneados.

Youki se dejó invadir por el aroma a historia que se respiraba en cada esquina. Los edificios de piedra, las ventanas de madera y las gentes rubicundas la hacían sentir que había viajado varios siglos al pasado. Llegaron hasta la catedral de Saint Giles y su imponente torre con corona.

Ferguson le explicó la historia de la catedral, siendo considerada la iglesia madre del presbiterianismo. Le habló de las ampliaciones que había sufrido a lo largo de los siglos y de la restauración llevada a cabo por William Burn, y cómo parecía que el edificio estuviera hecho de retales de distintas épocas.

Youki no pudo evitarlo y sacó su cámara para captar cómo la luz del sol se colaba entre los pilares en Y de la corona. Visitaron el interior de la catedral y cuando estaban a punto de salir, Ferguson la guio hasta la capilla del cardo, detrás del órgano y le dijo que mirara hacia arriba.

—No puede ser —exclamó en voz baja mientras él le dedicaba una enorme sonrisa.

Esta capilla, decorada con un estilo gótico muy particular, tenía angelitos tocando distintos instrumentos decorando las paredes y uno de ellos soplaba con fuerza una gaita.

—Es un sitio fantástico, ¿verdad? Me gusta venir aquí temprano, antes de que se llene de turistas y antes de que empiecen los servicios religiosos a quedarme en silencio y meditar.

Youki lo miró con el ceño fruncido.

—No te tenía por alguien religioso.

—Y no lo soy, pero me gustan los templos. Creo que es el silencio que se respira, el hecho de que lleven en pie cientos de años y hayan resistido a guerras y revoluciones, y la luz que entra por las vidrieras de colores, que siempre me ayuda a pensar y a aclarar mis ideas. ¿Tú eres creyente?

Youki se encogió de hombros en un gesto que en ella era tan natural como respirar.

—No sabría decirte... Me educaron en el catolicismo, como a casi todos los niños españoles, pero mis padres solo iban a misa en bodas, bautizos y en Semana Santa, y yo ni eso... Supongo que sí, que debe haber algo ahí arriba, pero no sé si esto —dijo abarcando la nave en la que se encontraban— lo representa. Creo que si realmente hay un Creador, se sentiría más cómodo si honráramos su creación respetando los ríos y los bosques en vez de levantando edificios que siempre están fríos.

Ferguson no pudo reprimir una sonrisa.

—Estás hablando como una auténtica druida celta, ¿seguro que no tienes antepasados escoceses?

—¿Crees que tus ancestros llegaron hasta China?

Ferguson soltó una carcajada que tuvo que sofocar rápidamente recordándose que estaba en una catedral. Salieron del templo y siguieron paseando por la Royal Mile hasta llegar al palacio de Holyrood. Ya estaban cerrando cuando llegaron y solo pudieron admirar la arquitectura del mismo desde la reja que lo separaba del resto de la ciudad.

Youki no paraba de tomar fotos de los edificios, las gentes, empapándose de ese ambiente tan distinto al de Madrid. El sol se estaba ocultando y decidieron dar media vuelta para volver a la zona cercana al castillo donde habían quedado con William en un pub bastante céntrico.

Cuando entraron a Youki, le sorprendió el ruido que había, si en el exterior los escoceses se comportaban de forma discreta, en el interior del pub daban rienda suelta a sus almas salvajes y hablaban a voces e incluso alguno se animaba a cantar alguna tonada popular. William los esperaba en una mesa del fondo del local dando sorbos a una pinta.

—Ya era hora, me muero de hambre.

Tenía mejor aspecto que cuando habían salido de su piso. Se le notaba más relajado, y si bien las oscuras ojeras no habían abandonado su rostro, al menos ahora sonreía más a menudo.

—¿Qué se come en estos sitios? —preguntó Youki.

—Lo más típico es que te pidas un plato de *fish and chips*.

Ella miró a Ferguson con el ceño fruncido.

—Lo mejor que puede ofrecer vuestra gastronomía son patatas fritas y pescado empanado... ¡Deberíais haber dejado que os conquistaran los romanos durante más tiempo!

—¡Eh! —rio Ferguson haciéndose el ofendido.

—No te lo vas a creer, pero Emma dijo exactamente lo mismo cuando la llevé a comer *fish*

*and chips* en Oban. —Había un deje de añoranza en su voz.

—¿Fuisteis a dónde Finlay? Es el mejor sitio de toda Escocia. Casi mejor que te pidas otra cosa, porque si de verdad quieres apreciar ese plato como se merece, debería ser ahí. Te llevaré la próxima vez, que en este viaje no vamos a tener tiempo.

En cuanto pronunció sus palabras, se dio cuenta del error que había cometido. Buscó apoyando en William que lo miraba divertido mientras que Youki había bajado la cabeza y leía con atención el menú. Iba a añadir algo para tratar de enmendar sus palabras, pero fue interrumpido por una camarera que llevaba una camiseta de la selección escocesa de rugby y el pelo tintado de color verde.

—¿Ya saben lo que van a pedir?

—Yo quiero un Jac-O-Bite —dijo William tendiéndole el menú.

—Yo voy a querer una hamburguesa Angus, por favor —pidió Ferguson.

Los ojos de los tres se volvieron hacia Youki que tras reflexionar unos instantes cerró su menú y dijo.

—Sí, yo también quiero una hamburguesa Angus, ya probaré las *fish and chips* en otra ocasión.

La camarera se marchó con la comanda sin darle más importancia a las palabras de la española, pero Ferguson sintió como su corazón aleteaba dentro del pecho.

Los chicos amenizaron la velada contando anécdotas de juventud que no los dejaban en muy buen lugar en la mayoría de los casos, pero que ellos se tomaban siempre a risa. Eso permitió a Youki conocer un poco más a William, y a Ferguson. En ocasiones se sentía como una espectadora no deseada sumergiéndose en el sendero de la memoria de aquellos dos hombres. Se notaba que se tenían mucho respeto y cariño mutuo, y que lo que les unía era más que la simple amistad.

Cuando terminaron de cenar, William se empeñó en pagar la cuenta por los tres.

—Es rico, déjalo —dijo Ferguson con el alma contenta por las pintas que se había bebido y por lo bien que había discurrido la noche.

—Hazle caso, lleva aprovechándose de mí veinte años.

La alegría de ese dúo era contagiosa.

—Nos tenemos que ir a casa, Will.

—Claro, si mañana queréis hacer algo, dame un toque.

Ferguson estaba de espaldas a Youki y le lanzó una mirada cargada de intención a su amigo.

—¡Ay! Que me acabo de acordar que mañana no puedo, que tengo eso tan importante que no puedo aplazar. Ya te veré... en otro momento.

—Buenas noche, Will.

—Buenas noche, Fer —dijo dándole la mano, y luego se dirigió a la española y le hizo una reverencia—. Buenas noches, Youki.

## Capítulo 14

El camino hasta el *cottage* de Ferguson fue tranquilo, la noche ya había caído completamente y conforme se alejaban de la capital iban apareciendo más y más estrellas en el cielo. Al tiempo que se acercaban a la vivienda de Ferguson, Youki iba teniendo la sensación de que el cielo se había vestido de encaje con tantos puntos brillantes como veía. En Madrid había tanta contaminación lumínica que era imposible imaginarse un cielo de esas características.

Al final de una carretera secundaria donde pasarían con problemas dos coches al mismo tiempo, Ferguson detuvo el coche. Estaban frente a una casa de piedra con tejado a dos aguas y una chimenea de la que suaves volutas de humo salían volando.

Ferguson ya había descargado el maletero y estaba abriendo la puerta de casa y Youki apenas había tenido tiempo de salir del coche. Le costaba asimilar que realmente estuviera ahí. Un felino de color chocolate se escabulló por la puerta principal.

—¿Este es el recibimiento que me das después de tres semanas, Coffe? —preguntó a la oscuridad Ferguson con tono jocoso.

—No sabía que tenías un gato.

—Creo que es ella la que me tiene a mí, no parece muy impresionada por que su dueño vuelva a casa.

—A las mujeres no nos gusta que nos dejen solas tanto tiempo.

—Lo tendré en cuenta —respondió desde el interior mientras iba enciendo algunas luces.

Youki lo siguió y penetró en la estancia principal, un salón decorado con buen gusto y tonos sombríos. Todo lo que veía le recordaba a Ferguson. Si el piso de William era un canto de modernidad con muebles a la última moda, aquí se encontraba con un ambiente mucho más rústico. Pesados muebles de madera maciza, cortinas de cuadros y tapizados de fibras naturales y una paleta de colores que recordaba al bosque en otoño o invierno. Era Ferguson al cien por cien.

—La señora Harris nos ha dejado una sopa de calabaza y pan casero. Al menos no tendremos que preocuparnos mañana por la cena.

—Vaya, debe quererte mucho, yo cuando tengo que regarle las plantas a alguna de mis amigas, acabo olvidándome siempre y a ti te dejan hasta comida casera.

Él se encogió de hombros y una sonrisa pícaro se dibujó en su rostro.

—Esta es tu habitación —dijo abriendo una de las puertas de madera maciza—. Tiene un sofá-cama bastante cómodo y montones de libros por si te aburres. Aquí está el cuarto de baño, solo tengo uno, así que te pido que no gastes toda el agua caliente, por favor. Eso es la cocina y aquello es el invernadero. ¡Y ya está! Yo no tengo ciento cincuenta metros como William.

—Tampoco los necesitas, creo que hay que saber ser feliz con poco. Y a mí esta casa me parece perfecta.

Ferguson se hinchó como un pavo con ese comentario. La verdad es que le encantaba su vivienda, le parecía que tenía todo lo que deseaba. Para una familia podía quedarse pequeña, pero la posibilidad de encontrar a alguien y traer unos cuantos chiquillos al mundo siempre le había parecido bastante remota. Aunque últimamente se lo estaba planteando más a menudo.

—Supongo que estarás cansada, ha sido un día muy ajeteado, así que te dejo que te vayas poniendo cómoda. Date una ducha, si quieres, yo estaré en el invernadero, por si me necesitas.

Tras una ducha con agua muy caliente Youki se sintió renacer. El día había ido tan bien que no se había dado cuenta de lo realmente cansada que estaba. Se puso un pijama con estampado de piñas y se dirigió al salón donde Ferguson estaba recostado en el sillón con un pantalón de pijama de cuadros y una camiseta de manga corta gris. Cuando la vio llegar, le costó apartar los ojos de ella.

—¿Quieres que veamos algo o prefieres irte a dormir directamente?

—Hombre, conocer a todo un lord es una experiencia agotadora, pero no me importaría ver alguna serie o documental que tengas por ahí.

—¿Has visto *Miracle Workers*?

—No, creo que no.

—Salen Daniel Radcliffe y Steve Buscemi y es espectacular, de verdad, tienes que creerme.

Se quedaron callados mirándose en silencio. Ella asintió y él se puso a trastear con el mando de la tele.

—Solo un capítulo, que mañana tenemos que levantarnos temprano.

—¡¿Qué?! Estoy de vacaciones —dijo Youki simulando estar cabreada.

—De eso nada, estás en misión pagada por Diana y Edward.

—¡Pero si ya he cumplido mi misión! He visto a William, le he mirado a los ojos y le he creído cuando me ha dicho que sigue enamorado de Emma y que todo fue una treta de Fiona. Ahora ya me puedo relajar —respondió recostándose en el sofá.

—Deberíamos haberles pedido que nos pagaran dietas.

—¡Dios! Eso hubiera sido genial, para la próxima misión a la que nos manden, no se nos puede olvidar.

Tuvieron un momento de extrema complicidad, de esos que se tienen cuando estás en perfecta sintonía con la otra persona y sin ni siquiera hablar sabes de lo que está hablando. Youki sintió un escalofrío y se parapetó detrás de una manta de cuadros en una esquina del sofá. Sentía que se

estaba acercando a ese escocés mucho más de lo que era inteligente.

—Pon la serie esa, anda.

Ferguson no se hizo de rogar y trasteó un poco con el mando a distancia hasta que consiguió lo que estaba buscando. La serie era una comedia absurdísima sobre Steve Buscemi siendo Dios y decidiendo, por puro hastío, que iba a explotar la tierra. A Youki le encantó ese humor disparatado y las actuaciones eran geniales.

Sin poder evitarlo lanzaba miradas de soslayo a Ferguson mientras este veía la tele. Le gustaba cuando se reía, era una risa franca, de esas que ya no se encuentran. Y le gustaba ese perfil masculino de mandíbula cuadrada y nariz con personalidad. Se encontró pensando en que sus labios debían ser cálidos y jugosos, probablemente la única parte tierna dentro de un exterior rudo y salvaje. Desechó tal idea con un movimiento de cabeza, no podía permitirse tener ese tipo de pensamientos, sobre todo sabiendo que iba a pasar los próximos tres días con Ferguson. «Tal vez podría cogerme un vuelo a España para volver antes de tiempo», se preguntó en silencio.

Cuando terminó el episodio, casi dio un salto del sofá para dirigirse a su habitación, Ferguson miró sorprendido como desaparecía tras su puerta casi sin apenas decir buenas noches.

## Capítulo 15

Ferguson se levantó con las primeras luces del alba. Siempre le había gustado madrugar, tenía la sensación de que así aprovechaba más el día y podía exprimirlo al máximo. Sentado en el invernadero con una taza de café, contemplaba el jardín trasero aún cubierto por la bruma mañanera. Coffe ya le había perdonado su prolongada ausencia y ahora estaba cómodamente acostada sobre sus piernas mientras él la acariciaba distraídamente con una mano.

Repasaba mentalmente lo acontecido el día anterior, le seguía doliendo en el alma la desesperación de William y solo esperaba que este viaje sirviera para algo. Nunca había visto a su amigo tan mal, estaba más delgado y sus pronunciadas ojeras le tenían profundamente preocupado. Confiaba en que el hecho de que Youki hubiera accedido a venir hasta aquí y que le creyera cuando le explicó que todo había sido un plan urdido por Fiona le permitiera algo de descanso.

Lo que era seguro es que él no le hacía ascos a la compañía de la española. Le gustaba la sensibilidad que tenía para tratar ciertos temas, dejando de lado su natural cínico y sarcástico. Sensibilidad que también se veía en sus composiciones fotográficas, pues vio algunas de las que hizo el día anterior y le sorprendieron. Era bonito ver lugares conocidos a través de los ojos de otra persona, o, en este caso, a través de la lente de su cámara fotográfica.

Pero había más y Ferguson no se engañaba a ese respecto, se daba cuenta de que Youki se le había metido bajo la piel. Ese era otro de los motivos por los que no quería llevarla al norte, a las Highlands, sabía que, si compartía su verdadero hogar con ella, aunque solo fuera durante un par de días, luego no podría volver él solo, pues ya no sería lo mismo sin ella. Por eso tenía previsto visitar el sur de Escocia, la zona de los Borders es la menos conocida, a pesar de que está tan plagada de tanta historia como el resto. Pero eso sería mañana, porque hoy tenían otras actividades en el programa. Pero para poder llevarlas a cabo, lo primero que tenía que hacer era despertar a Youki.

Se puso en pie despertando a Coffe, que levantó la cola en señal de disgusto. Con cautela abrió la puerta de la habitación de Youki y la observó mientras dormía plácidamente, con la boca ligeramente abierta. Pensó que lo ideal sería tocarle el hombro para despertarla tranquilamente,



pero luego pensó que a lo mejor ese contacto indeseado mientras dormía le sentaría mal, con lo que se decidió por una solución ancestral que han usado las madres de todas partes del mundo: abrir de golpe las cortinas para permitir que entrase la luz a raudales.

No solo entró la luz, también el fresco matutino y Youki comenzó a revolverse debajo del nórdico que la cubría.

—¿Qué hora es? —preguntó con la voz pastosa.

—Hora de levantarse.

—Eso ya me lo imagino, pero qué hora en concreto es.

—Son casi las ocho, como no tenemos ningún imperativo, he decidido dejarte dormir un poco más de lo que a mí me gusta.

—Y un poco menos de lo que me gusta a mí —respondió ella tapándose la cara con el edredón.

—Te dejo que te cambies y te espero para que desayunemos juntos.

Dicho lo cual salió de la habitación y se puso manos a la obra en la cocina. No era ni de lejos un chef profesional, pero había unas cuantas cosas que sí sabía cocinar, y desde luego, sabía cómo preparar un auténtico desayuno escocés.

Youki salió de la habitación justo cuando estaba terminando de servir los platos y los llevaba a la gran mesa de roble del comedor. Ella miró el contenido del plato con los ojos desencajados.

—¿Hay que comerse eso? ¿Ahora?

—¡Claro! El desayuno es la comida más importante del día.

—Sí, pero no es la única...

Ferguson había preparado huevos revueltos, alubias pintas, salchichas y verduras a la plancha. También había servido café y zumo de naranja.

—Nunca entenderé esta costumbre de los extranjeros de pegaros estas comilonas nada más levantaros. ¡Con lo bien que se está con un cafetito y una tostada de tomate!

—Si quieres también te puedo preparar eso, pero primero tienes que terminarte tu plato —respondió con una gran sonrisa.

Su entusiasmo era contagioso y a pesar de que el aspecto del plato era poco apetecible, el aroma que le llegaba proveniente de las salchichas hizo que su estómago protestase por hambre. Atacó primero los huevos revueltos, y se dio cuenta de que, a pesar de no estar acostumbrada a un desayuno tan copioso, su cuerpo lo toleraba perfectamente.

—¿Qué vamos a hacer hoy?

—Vamos a ir al norte, mi idea es visitar Saint Andrews y Aberdour. Prepara la cámara porque anuncian buen tiempo y vamos a ver paisajes increíbles. No son tan bonitos como los de las Tierras Altas, pero no se puede negar que el sur de Escocia también tiene algo especial.

—¿Hace mucho que vives en Edimburgo?

—Bueno... Técnicamente no estamos en Edimburgo, estamos a bastantes kilómetros de la capital, pero sé a lo que te refieres. Veamos, desde que estudiaba en la universidad estoy por

aquí.

—¿Y antes de eso siempre has vivido en el norte?

—Sí, mi familia es de un pueblo cerca de Oban y yo viví allí hasta los catorce años, cuando me trasladé a un internado en Inverness.

—¿Y allí conociste a William y Fiona?

Ferguson no pudo reprimir una mueca de disgusto al escuchar el nombre de la rubia.

—Era un internado solo masculino y allí conocí a William y Edward. Tuvimos un pequeño altercado y nos hicimos inseparables después de aquello.

—Emma nos contó algo de un puñetazo...

—¡No me juzgues! Era joven, orgulloso y Will era un perfecto capullo, así que no me arrepiento en absoluto de lo que hice. Además de que gracias a aquello pudimos acercarnos más hasta ser lo que somos ahora. Edward siempre fue más esquivo, no le gustaba nada relacionarse con los alumnos becados, y menos con un salvaje violento como era yo. —Soltó una risotada que hizo que a Youki le recordara al agua de una catarata golpeando contra las rocas—. Al principio no toleraba que William me hubiera incluido en su grupo de amigos y que hubiera conseguido desplazar a otros con más pedigrí. Creo que con el tiempo que ha pasado desde el instituto su opinión sobre mí ha cambiado y ya no me ve con tan malos ojos.

—¿Y tú a él?

Ferguson se encogió de hombros.

—Sigue siendo un estirado y un esnob, pero creo que parte de eso es un personaje que se ha creado. Es pura fachada, en el fondo tiene más corazón del que quiere hacernos creer.

—Emma dice que durante la fiesta Edward fue su hada madrina, que hasta le trajo una maquilladora y una peluquera para arreglarla.

Ferguson sonrió.

—¿Ves? No es tan malo. No es que sea bueno en el sentido literal de la palabra, pero desde luego no es malo.

—¿Y Fiona?

—¡Uy! Ella es mala de verdad, y no ha mejorado con los años. Creo que en el fondo es alguien llena de inseguridades, y como le disgusta tanto su propia persona, lo acaba pagando con los demás. Al principio me daba mucho miedo, ahora sobre todo le tengo pena.

—Pero por mucha pena que te dé es la responsable de que Will y Emma estén pasando el peor momento de sus vidas, de que yo esté faltando al trabajo y tú estés obligado a alojarme durante este disparatado viaje.

—Podría haber sido mucho peor, créeme...

Algo en su mirada se oscureció, era como si de repente se hubieran cerrado las cortinas y la luz que siempre brillaba en sus ojos hubiera desaparecido de golpe.

—¿Lo dices por algo en especial? —No pudo evitarlo, la curiosidad era más fuerte que ella.

—Fue hace muchos años, y por supuesto los padres de Fiona se encargaron de taparlo y de que

el asunto se removiera lo menos posible, pero las cosas se salieron de madre. Ella estudiaba en un instituto como el nuestro, pero únicamente femenino, se la tenía jurada a todas las alumnas becadas pues decía que manchaban el buen nombre de la institución. Les hacía la vida imposible, hasta que un día decidió tomar a una como si ella fuera su mentora, se la llevaba de compras, la invitaba a eventos, parecía algo así como si fuera su mascota personal. Nadie supo muy bien qué pasó, pero una noche Fiona y varias alumnas más del internado se escaparon, incluida esta chica. Todas volvieron a la mañana siguiente salvo ella, la encontraron en un campo cercano muerta. Estaba atada y había signos de tortura.

Youki se llevó las manos a la boca en un gesto horrorizado.

—Pero eso... Eso es...

—Sí, todo lo que puedas pensar y más.

—¿Y la policía qué dijo?

—Tenían a cinco estudiantes de buena familia que decían que solo se habían escapado para ir al pub y que no tenían ni idea de que Ella, que así se llamaba la joven muerta, había salido detrás de ellas. Las declaraciones eran contradictorias, en el pub nadie las había visto, unas chicas decían que habían ido andando y otras que hicieron autoestop y se montaron en una camioneta... En fin, una historia sin pies ni cabeza.

—¿Y qué pasó?

—Nada, culparon a algún culto satánico o a un perturbado que andaba por la zona, las chicas se fueron de rositas, con Fiona a la cabeza, y la comisaría de la zona estrenó coches patrulla nuevos un mes después.

Ferguson se encogió de hombros en señal de resignación.

—Por eso te digo que podía haber sido mucho peor. Si con dieciséis años ya era capaz de algo así, no me quiero ni imaginar de lo que será capaz de hacer ahora para conseguir lo que quiere. Y siempre ha querido a William.

—¿Ellos nunca...?

El joven negó en silencio.

—Al principio se dejó deslumbrar por su belleza, como creo que le pasa a todo el mundo, pero en cuanto la conoció un poco más, supo que no quería tener nada que ver con ella, y más sabiendo cómo se comportaba conmigo.

—¿Muy mal?

Se volvió a encoger de hombros.

—Me trataba bastante mal y me llamaba *goatherd*, que significa «cabrero», lo cual ni siquiera es correcto pues mi familia tenía ovejas y no cabras. En fin, que me iba haciendo la vida imposible hasta que un día me harté y aprovechando que se fue al baño, le llené el bolso de excrementos de oveja.

—¡No puede ser!

—Los más frescos que pude encontrar. —No paraba de reírse mientras contaba la anécdota—.

Los llevaba en una bolsa al vacío y cuando nadie miró, se la vació dentro. ¡El mejor día de mi vida!

Se le saltaban las lágrimas de la risa recordando el gesto de asco de Fiona y las risas de todos los que estaban en la mesa aquel día.

—Pero basta ya de contar anécdotas, prepárate, que nos vamos a descubrir Escocia.

Dieron buena cuenta de todo lo que había en el plato, apuraron sus tazas de café y cogieron sus cámaras de fotos. De repente Ferguson tuvo la sensación de que Youki llevaba toda la vida viviendo allí, que desayunar con ella en la misma mesa y luego prepararse para salir de excursión era algo que había hecho desde siempre.

## Capítulo 16

Avanzaron por la Fife Coastal Path recorriendo kilómetros al lado del mar hasta que llegaron a Saint Andrews. Aparcaron en el centro y fueron caminando hasta la costa.

—Saint Andrews es la cuna del golf, el primer campo de golf del mundo está aquí. ¿Has practicado alguna vez?

—¡Para nada! En España es un deporte de ricos. Además, por lo general, se juega al aire libre y aquí llueve un montón, ¿seguro que lo inventasteis vosotros, o les robasteis la idea a los andaluces?

—¡De eso nada! Si es cierto que juegos de palos y pelotas ha habido en todo el mundo y en todas las épocas, pero el juego moderno de golf, con sus dieciocho hoyos y sus reglas, fue cosa nuestra.

Se señaló con los pulgares el pecho y Youki no pudo evitar soltar una carcajada.

—Aquí ya se jugaba en el siglo XV, y, de hecho, el rey promulgó un edicto en el que se prohibía la práctica del golf en sus terrenos, pues desconcentraba a los arqueros que estaban haciendo prácticas de tiro. Pero no vamos a visitar ningún campo porque son básicamente hierba verde y gente andando por ahí con palos.

—¡Y los carritos eléctricos!

—Sí, y los carritos eléctricos.

—Te parece una tontería, pero siempre he querido montarme en uno de esos.

Él la miró levantando una ceja sorprendido.

—¿En serio?

—Sí, no sé de dónde viene esa fascinación, pero espero no morirme sin haberme montado en uno de ellos al menos una vez en la vida.

—Bueno, eso al menos en un sueño bastante realizable.

—Sí, nunca he tenido sueños a lo grande, los míos son más pequeñitos, cosas de andar por casa.

Iban caminando por las empedradas calles del centro en dirección al mar que Youki advertía al final de la calle principal. Era una ciudad que más parecía un pueblo, con construcciones de unas

pocas alturas en piedra y gente que volvía del mercado cargando fruta y verdura. Le gustó esa sensación de pasear tranquilamente intercambiando confidencias con Ferguson, que la escuchaba atentamente.

—Saint Andrews tiene la universidad más antigua de Escocia y la tercera más antigua del mundo anglosajón. Es una de las más prestigiosas de toda Gran Bretaña.

—¿Por eso hay tantos jubilados haciéndose fotos en la puerta?

—No, es porque el príncipe William y Kate Middleton se conocieron aquí y hay mucho monárquico que tiene esta universidad como uno de sus sitios de peregrinación.

Youki se rio de buena gana, estos escoceses le parecían de lo más curioso. No pensaba que en España hubiera *tours* de jubilados para hacerse fotos delante del teatro donde don Felipe y doña Letizia fueron presentados.

Llegaron hasta las ruinas de la catedral de Saint Andrews, que está pegada al mar y Ferguson siguió ejerciendo de guía turístico.

—En la Edad Media era la catedral más grande de Gran Bretaña y venía gente de todas partes para adorar los huesos de san Andrés, que se encontraban enterrados bajo el altar. Tras la reforma protestante del siglo XVI la catedral fue saqueada y sufrió luego varios incendios hasta terminar así.

—Pues sigue siendo preciosa.

Él no pudo contener una sonrisa a pesar de que Youki no pudo verla pues se dirigió, cámara en mano, hasta las ruinas de la catedral. El cementerio, como tantos otros en Escocia, presentaba lápidas de piedras con cruces cristianas y celtas. Un mullido césped de un verde límpido separaba unas lápidas de otras y varios turistas paseaban en el camposanto. A diferencia del cementerio al que era obligada a ir el primero de noviembre con su familia, este le transmitía paz.

Inmortalizó las lápidas de piedra y los muros cubiertos de hiedra sin darse cuenta de que Ferguson la estaba tomando en fotos mientras ella hacía lo mismo con el paisaje.

Visitaron la torre de San Régulo, que es lo único que quedaba en pie de la iglesia del mismo nombre. Es un mirador al que se accede tras haber completado la subida por una escalera de caracol que en algunos momentos se antoja interminable, pero el esfuerzo merece la pena. Una vez arriba se disfrutaban unas vistas que no dejan indiferente a nadie: las ruinas de la catedral, las olas rompiendo contra la costa y la ciudad.

Se quedaron unos minutos en silencio en lo alto de la torre, tanto recuperando aliento, como disfrutando del espectáculo que tenían delante.

—Es tan bonito que no sé ni dónde mirar —dijo Youki.

—No tenemos prisa, podemos estar aquí el tiempo que necesites.

Y eso es precisamente lo que hicieron, se quedaron allí arriba bastante más tiempo que el resto de turistas que subían, se echaban un par de selfis y bajaban con premura rumbo al siguiente sitio a visitar.

—¿Estudiaste aquí? —preguntó ella al fin.

—No, yo fui a la universidad de Edimburgo, ¿y tú?

—A la Complutense.

Él se encogió de hombros sin entender lo que ella estaba diciendo.

—Es una universidad de Madrid, de la que no sé absolutamente nada salvo que pasé cinco años allí estudiando, porque yo soy del plan antiguo. Sin embargo, te puedo citar todos los músculos de una vaca en orden alfabético.

Ferguson soltó una carcajada que sonó como esas olas que estaban rompiendo justo debajo de ellos.

Cuando Youki tuvo suficientes fotos, emprendieron de nuevo la marcha descendiendo por la empinada escalera. Pasearon de nuevo por esas calles que habían visto reyes, levantamientos e invasores, y que parecía que escondían secretos del pasado en cada uno de sus adoquines. Llegaron hasta un restaurante que se encontraba oculto al fondo de un patio.

—Entra —dijo él abriendo la puerta con cuidado.

Entraron a un espacio con un cierto aire industrial donde las paredes de madera y las vigas de hierro contrastaban con la calidez del tapizado de las sillas. Una sensación muy hogareña se desprendía de la decoración del local y de la amabilidad con la que los camareros les indicaron cuál iba a ser su mesa.

—No solo es bonito, además se come genial —dijo él con una sonrisa antes de esconderse tras el menú que leía con intensidad.

Cuando el camarero vino a tomarles nota, Youki sorprendió a Ferguson con su elección:

—Creo que todo tiene una pinta estupenda, así que le dejo que elija por mí.

El camarero la miraba sorprendido.

—Pero... Yo no puedo hacer eso. No conozco sus gustos, no sé cuánta hambre tiene, no sé, es mucha responsabilidad.

—Como de todo, no tengo alergias y me he pasado la mañana visitando la ciudad. ¡Venga! Sorpréndame.

El camarero asintió sin estar demasiado convencido mientras le tomaba nota de su pedido a Ferguson.

—Para mí la ensalada de la casa y la pechuga de pavo a las finas hierbas.

El camarero desapareció por una puerta que daba a la cocina y Ferguson se acercó un poco para hablar en tono confidencial.

—Pobre muchacho, en menudo apuro lo acabas de meter.

—Los escoceses estáis siempre alardeando de que os encantan las batallas y no le tenéis miedo a nada, ¡ya va siendo hora de demostrarlo!

Él le devolvió una sonrisa complacida. Unos minutos después llegó el camarero trayendo la ensalada para Ferguson y lo que parecían varios platos pequeños para Youki. Además, no vino solo, sino que un hombre de unos treinta y cinco años con barba de hípster y un delantal negro lo acompañaba.

—Buenas tardes, me llamo Scott y soy el cocinero de este sitio.

—Encantada —respondió Youki con una sonrisa tan luminosa como la que le había dedicado el cocinero.

—Como tenía absoluta libertad, he decidido hacer una especie de menú degustación, ahí tiene aros de calamar, tempura de coliflor y un tazón de sopa. Que lo disfruten.

Youki contemplaba sus entrantes embelesada mientras Ferguson miraba su ensalada con tristeza.

—Te juro que pensé que te iban a mandar a freír espárragos, y en vez de eso, te han servido lo mejor de la carta en versión mini para que te quepa todo. Reconozco que estoy bastante celoso.

—¡Pues haces bien! Esta coliflor está de muerte. Ten, prueba.

Y como si fuera lo más natural del mundo, Youki estiró su mano y le sirvió directamente en la boca un trozo de coliflor en tempura. Cualquier comensal que los observara pensaría que eran una pareja de enamorados disfrutando de la comida y no dos personas en una misión disparatada.

Se repitió la misma situación con los platos principales que con los entrantes. El cocinero salió a acompañar al camarero para presentarle los platos a Youki.

—*Risotto*, pechuga de pollo con tomillo y nuestros famosos macarrones con langosta.

—¡Madre mía! Todo tiene una pinta exquisita —dijo Youki sin poder contenerse, y el cocinero se hinchó de orgullo.

—Que aproveche.

Cuando el camarero y el cocinero se alejaron, Ferguson no pudo contenerse y dijo:

—En serio, he venido aquí una docena de veces y nunca me han tratado tan bien. Eso es porque le has gustado al camarero... O al cocinero... ¡O a los dos!

—No digas tonterías, anda.

—No las estoy diciendo, estoy analizando un hecho objetivo. Si yo llego a decir que no sé qué pedir, seguramente me hubieran traído los platos más baratos del menú, o lo que se estuviera poniendo malo en la nevera. Claro que si lo pides tú...

—No sabes de lo que hablas...

—¡Claro que sí! Yo hubiera hecho lo mismo, y seguramente hubiera contratado a una banda de mariachis para que te deleitaran con su música mientras comes.

—¡Qué bromista eres!

Ella estalló en una carcajada, pero Ferguson la miraba con intensidad, no era broma todo lo que acababa de decir, y no estaba seguro si quería que Youki lo interpretara así o no. Se estaba dando cuenta de que cuanto más tiempo pasaba con ella, más quería pasar y mejor se sentía consigo mismo.



## Capítulo 17

Pasearon por la calle principal de vuelta al coche. La comida había sido excelente y Youki era una magnífica conversadora. Ferguson insistió en pagar la cuenta y ella le dejó hacer con la condición de que la próxima comida la pagara ella.

Una vez en el coche Ferguson puso Eurythmics a todo volumen mientras seguían la carretera de la costa hacia el sur. Pararon cuando llegaron a Aberdour, un coqueto pueblo pesquero con una abadía y unas vistas impresionantes sobre el mar. A Youki le gustó el olor a sal, las casas robustas y las calles tranquilas.

Estaban contemplando el escaparate de una panadería cuando una voz detrás de ellos les sorprendió.

—¿Ferguson?

Se giraron al unísono para contemplar a una mujer de su misma edad, algo regordeta y con el pelo rojizo sujeto en dos coletas que le caían por delante del pecho.

—¡Briana! ¿Qué haces por aquí?

—¡Puf! Estoy buscando unas piezas en los anticuarios de la zona. —Hizo un gesto con la mano de profundo hastío—. Ya sabes que mi madre insiste en que haga cosas propias de mi rango, mi reputación y todas esas chorradas. ¡Con lo bien que estaría yo ahora en mi casa delante de la tele! Pero bueno, es lo que toca. —Se encogió de hombros con resignación—. ¿Y vosotros?

—¡Madre mía! Qué descortés he sido, perdóname. Esta es Youki, es amiga de Emma —añadió con un movimiento de cabeza.

—Encantada. ¿Eres la Briana de la fiesta de cumpleaños?

—La misma que viste y calza.

—Emma dijo que eras la única simpática en aquel nido de víboras.

Briana se rio de buena gana, como alguien despreocupado y sincero, y no con una de esas risitas falsas que Youki asociaba siempre a la nobleza.

—Era la única persona medio normal en aquella fiesta y me daba pena que se la comieran viva.

—Oye, Bri, ¿quieres acompañarnos? Estamos de turismo, simplemente paseando —preguntó

Ferguson con una cálida sonrisa.

—Me encantaría, le diré a mi madre que no he encontrado nada que me gustara y punto. Este plan es mil veces mejor que el que ella había previsto para mí.

Caminaron en silencio unos cuantos metros, parándose en el castillo para que Youki pudiera fotografiarlo. Era famoso por ser parte de los decorados de la serie *Outlander*, concretamente, era la abadía de Ste. Anne de Beaupré, donde Jamie va a curarse sus heridas tras pasar una temporada en manos de Jack el Negro.

—Vale, tengo que preguntar, porque la curiosidad está pudiendo conmigo. ¿Qué pasó en aquella fiesta? Porque Emma estaba tomando el *brunch* y cinco minutos después desapareció y no supimos nada más de ella. Luego me enteré de que cogió el avión con lady Aileen, pero se fue sin despedirse y eso... Bueno, me sentó un poco mal, porque creí que habíamos conectado.

—Sí, por supuesto que sí —exclamó Youki. —Emma solo tiene palabras de agradecimiento para ti y para lady Aileen, pero tuvo que irse por...

—Por Fiona —terminó Ferguson la frase.

—Entiendo. Yo tampoco soy una gran fan de ella, y creo que es mutuo, pero mi padre tiene más rango nobiliario que el de ella y creo que por eso me respeta un poco. Al menos cuando estoy delante, que no me quiero ni imaginar qué dirá de mí a mis espaldas.

—Nada comparado a lo que dice de mí —añadió Ferguson, y los tres estallaron en una carcajada.

Le hicieron un rápido resumen a Briana de lo ocurrido en la fiesta y el posterior malentendido cuando William trató de recuperarla viniendo a España. También le hablaron de Diana y Edward y cómo les habían obligado a venir a Escocia cuatro días solo para que Youki pudiera estar segura de que decía la verdad.

—Esta última parte me suena rarísima, pero la verdad es que Edward nunca fue una persona precisamente simple. No sé por qué creo que hay algo más, que solo vemos lo que él quiere que veamos.

—Bueno, pues bienvenida a mi mundo, porque esto lleva siendo así desde que lo conocí con trece años.

Bajaron a la orilla y se permitieron meter los pies en el agua. Había grupos de gente bañándose, tomando el sol o disfrutando de un buen libro bajo la sombrilla. Era un ambiente relajado y tranquilo, algo muy lejano al alboroto típico de la capital de España cuando llega el buen tiempo. Parecía que los escoceses sabían que no iba a durar y en vez de lanzarse como desesperados, lo disfrutaban con calma, sabiendo que el cambio es lo único constante en la vida.

Youki se alejó para fotografiar las olas rompiendo contra las olas y dejó a Briana y a Ferguson a solas sentados sobre los guijarros que conformaban la playa.

—Es muy maja.

—Es verdad.

—Y muy guapa...

Él se giró y encontró a la pelirroja mirándola con una gran sonrisa en el rostro.

—¿Qué? Solo menciono lo evidente.

—Y tú eres una metomentodo, Briana. No hay nada entre nosotros.

—Porque no se lo has pedido.

Él compuso una mueca horrorizado.

—No te hagas el sorprendido conmigo, Fer, he visto cómo te mira. A esa muchacha solo le hace falta un cartel que diga «hazme tuya, Ferguson McLane».

Dicho lo cual estalló en una carcajada nada refinada.

—¡No! Ella... y yo... Vamos, que en el fondo...

—Sí, sí, sí, miéntete lo que quieras, pero no insultes a mi inteligencia porque no me lo merezco. Esa chica te gusta, ¿no es cierto?

Se quedó unos instantes en silencio antes de contestar.

—Sí, lo reconozco, me gusta. No estaba previsto, yo solo debía conocerla para ayudar a William a recuperar a Emma, pero una vez que la tuve cerca, ya no pude pensar en otra cosa.

La joven se puso a batir palmas de alegría.

—Eso es genial. Además de que tú le gustas a ella. Hazme caso que yo lo único que he heredado de mi madre es su buen olfato para saber cuándo alguien está interesado en otra persona. Tienes que decírselo.

—¡No puedo! ¿Y si dice que no?

—Primero, eso es muy cobarde por tu parte, Ferguson. Y segundo, no lo va a decir. Además, si no le dices algo, le presentaré a mi hermano.

—¿Qué? ¡No! No puedes hacer eso, he visto sus últimas fotos en Instagram y parece un modelo de Calvin Klein.

—Por eso mismo lo digo, sé un valiente y dile lo que sientes.

—Pero es que...

—Shhh. Ni una palabra más que por ahí viene. Tienes hasta mañana o mi hermano se planta en tu casa con una cesta de magdalenas caseras y la invita a desayunar.

Ella lo miró divertida mientras Youki dejaba su cámara a un lado y se sentaba junto a ellos. Se quedaron unos minutos en silencio observando el ir y venir de las olas, disfrutando de la brisa marina en sus rostros.

—Voy a por un helado, ¿os apetece? —preguntó Briana poniéndose en pie.

—Claro, yo quiero chocolate —dijo Youki.

—Para mí también —respondió Ferguson, y vio como Briana le hacía gestos nada discretos con la cabeza en dirección a Youki. Él negó en silencio con una sonrisa.

—Me cae bien Briana —dijo al fin Youki rompiendo el silencio.

—La conocí casi al mismo tiempo que a Fiona, pero, como puedes ver, no tienen nada en común. Ella es...

—Es normal —respondió con una sonrisa.

—Sí, todo lo normal que puede ser la hija de un conde, o de un marqués, la verdad es que nunca me aclaro bien con esos títulos.

—Sí, hablando con ella no me sentía en presencia de alguien de la nobleza, ¿debería haberle hecho una reverencia?

—Sí, si quieres que se parta de risa.

Los dos se rieron ante la ocurrencia y se quedaron de nuevo en silencio mirando el mar. Youki, movida por un impulso que no pudo reprimir, apoyó su cabeza en el hombro de Ferguson y dejó que el viento salado alborotara su cabello. La verdad es que se encontraba realmente bien. Unos instantes después se dio cuenta de lo que estaba haciendo y se apartó de él de forma apresurada.

—Lo siento, no debería...

—No pasa nada, ha sido un día largo, estarías cansada.

—Sí... Eso... Cansada.

—¡Ya están aquí los helados! —exclamó una voz detrás de ellos.

Se pusieron en pie para degustar el helado mientras volvían a sus respectivos coches. Youki y Briana se despidieron con dos besos como buenas amigas; si algún día tenía la oportunidad de volver a Escocia, le encantaría pasar a visitar a la joven. Ferguson le dio un abrazo a su amiga al tiempo que esta le susurraba al oído:

—Hazlo esta noche o mando a mi hermano.

Le guiñó un ojo al separarse de él y meterse en el coche.

—Adiós, querida, ha sido un placer conocerte —le dijo a Youki con el coche ya en marcha.

## Capítulo 18

El camino de vuelta lo hicieron en silencio, Youki miraba por la ventana recordando todo lo que había hecho ese día, los paisajes que había tenido la oportunidad de fotografiar y el encuentro con Briana, quien le pareció sumamente agradable. Ferguson, por su parte, le daba vueltas a lo que su amiga le había comentado. ¿En verdad era tan evidente lo que sentía por Youki? Para él estaba claro, pero ¿y si ella se equivocaba con respecto a los sentimientos de la española? Que ya se sabe que la gente de los países mediterráneos es más abierta, y tal vez ella solo estaba siendo amable.

Para cenar degustaron lo que la señora Harris les había dejado preparado el día anterior y cuando hubieron terminado se sentaron en el sofá para ver la tele antes de irse a descansar. Ferguson estaba más nervioso que la noche anterior, las palabras de Briana seguían resonando dentro de su cabeza y era incapaz de quitarse esa imagen de su mente. Miraba a Youki por el rabillo del ojo, pero no vio en la joven ningún gesto que le hiciera pensar que ella sentía algo más que amistad por él. Así que, decidido a no dejarse llevar por un sueño que lo más probable era que no pudiera cumplirse, decidió dejar las cosas como estaban y no romper la que ya estaba empezando a ser una bonita amistad.

La noche anterior habían disfrutado juntos de un capítulo antes de irse a descansar. Hoy era considerablemente más temprano y Ferguson se animó a proponerle ver juntos una película. Por lo poco que conocía a Youki pensaba que podía saber cuáles eran sus gustos, y se decidió por el clásico que marcó a toda una generación.

—Está *Parque Jurásico* en VOD[3], ¿te apetece que la veamos?

—Claro, hace años que no la veo y, seamos sinceros, ¿a qué veterinario no le gustaría poder ocuparse de un tricerátops?

—Pues que así sea— respondió con una enorme sonrisa.

\*\*\*

Llevaban más de una hora de película, Youki seguía en su lado del sofá y Ferguson en el suyo.

La miraba de reojo de vez en cuando, pero ella parecía estar completamente concentrada en la película. Coincidieron en que el tricerátops era el animal favorito de los dos y que el abogado de la empresa había tenido una de las muertes más ridículas de toda la historia del cine. Youki veía la película en silencio, haciendo algún que otro comentario acertado de vez en cuando, y él estaba cada vez más convencido de que entre ellos solo habría amistad.

Habían llegado al momento en el que la doctora Sattler tiene que entrar al búnker a restaurar la corriente eléctrica y un velocirraptor saca la cabeza entre una maraña de cables. Ferguson no pudo evitarlo y soltó un grito de terror en ese momento. Youki lo miró sorprendida y soltó una carcajada.

—¿En serio? —preguntó con lágrimas en los ojos.

—No me acordaba de esta escena, ha pasado mucho tiempo desde la última vez que la vi y me ha sorprendido.

—No, no te ha sorprendido, te ha aterrorizado. —Volvió a reírse con ganas.

—Ha sido sorpresa, te digo.

—Se acaba de caer un mito, eso de que los highlanders son tíos duros que no le temen a nada es una muy buena campaña de márketing que llega a su fin esta misma noche. Pienso poner esta anécdota en mi Facebook y compartirla con todos mis contactos. ¡Te da miedo un dinosaurio de plástico!

Ferguson le siguió la broma y le tiró el cojín haciéndose el ofendido. A lo que ella respondió lanzándoselo de vuelta. Lo pilló con la guardia baja y el cojín le dio directamente en la cara. Él se quedó pasmado y ella comenzó a reír de nuevo, lo que hizo que él se levantara para cobrarse su venganza, pero no contaba con la agilidad de ella, que se escapó por un pelo poniéndose en pie.

—Ven aquí, no seas cobarde.

—Dijo el que le dan miedo los dinosaurios.

Ella corría por el salón con Ferguson pisándole los talones mientras se iban lanzando pullas y cojines entre risas. Cuando llegaron al invernadero, Ferguson supo que no tenía escapatoria, era un espacio pequeño y él ocupaba buena parte de la única forma que había para salir. A pesar de eso, Youki intentó pasar por su lado haciendo un requiebro en el último momento, pero él fue más rápido y la enganchó por la cintura.

Los dos cayeron sobre la alfombra con la respiración entrecortada, él estaba sobre ella, con sus brazos a cada lado de la cabeza sintiendo el contacto de sus piernas bajo las suyas. La miró a los ojos y supo que nunca había sentido lo que estaba sintiendo ahora, ella tenía las pupilas dilatadas y las mejillas sonrosadas. Se dijo que ese era el momento y, sin pensarlo, posó sus labios sobre los de ella. Acto seguido se arrepintió y se separó bruscamente, o al menos, trató de hacerlo, pues Youki se lo impidió cogiéndole la cara con las manos y atrayéndola de nuevo hacia ella.

El beso fue húmedo, lento, llenando su cuerpo y su alma de la esencia de ella. Las manos de Ferguson estaban inquietas acariciando la piel de Youki bajo el jersey, ella atraía su rostro con

fuerza para que el beso fuera más profundo. Podía leer el deseo en los ojos de él. En un momento dado Ferguson se levantó con agilidad y le tendió la mano para ayudarla a incorporarse.

—No pienso hacerte el amor en una alfombra. Y menos aún en una sala acristalada donde la señora Harris puedo verlo todo.

Ella le cogió la mano con una sonrisa y en cuanto se hubo puesto en pie él se la echó al hombro como si fuera un fardo de cereal. Ella soltó un grito de sorpresa.

—Espero que ese no haya sido un grito de miedo o voy a tener que ponerlo en mi Facebook — bromeó él mientras la llevaba al dormitorio.

Una vez allí, la tumbó sobre la cama y, tras haber cerrado las cortinas, se tomó su tiempo en desvestirla. Primero se ocupó de los pantalones, cada centímetro de piel que quedaba expuesta era rápidamente besado por los labios de Ferguson, que no querían dejar ni un rincón sin explorar. Luego le quitó el jersey y antes de decidirse a despojarla de la camiseta, cubrió de besos su cuello, el lóbulo de la oreja, para volver a perderse de nuevo en sus labios. Podía sentir la excitación de Youki, su respiración entrecortada y sus pupilas dilatadas.

Cuando al fin le quitó la camiseta se encontró con un sujetador deportivo que no tenía ni idea de cómo desabrochar.

—Esta cosa no tiene cierre —dijo algo turbado y Youki se rio.

—Eso es porque se quita así. —Y con un rápido movimiento se lo pasó por encima de la cabeza y lo lanzó al suelo de la habitación.

Ferguson se quedó maravillado ante la visión de Youki desnuda. Era simplemente perfecta, de pechos pequeños pero turgentes con pezones rosados que ahora estaban erectos. Su piel era suave al tacto, invitándolo a acariciarla sin descanso.

—Oye, pero no es justo, tú no te has quitado nada de ropa.

Como si fuera la señal que llevaba toda su vida esperando, Ferguson se deshizo del jersey de la camiseta en un solo gesto quedándose solo con los pantalones. Youki trató de bajar la cremallera para quitárselos, pero él se lo impidió.

—De eso nada, primero me voy a ocupar de que te quedes satisfecha.

Sin esperar respuesta la volvió a tumbar sobre la cama y comenzó mordisqueando los pezones. Ella gemía con el contacto de sus labios sobre su cuerpo. Siguió besándola mientras iba descendiendo hasta que quedó entre sus piernas. Con firmeza, pero con suavidad, comenzó a jugar con su clítoris mientras Youki soltaba gemidos de placer.

Siguió acariciando, cada vez más rápido, el pequeño botón que guardaba el placer de Youki al tiempo que le mordisqueaba los pezones. Ella arqueaba la espalda de gusto y esa fue la señal que él necesitó para aumentar aún más la velocidad. Ella soltó un grito de placer al tiempo que susurraba su nombre.

—Te quiero dentro —dijo contra su oído, y él sintió que se estremecía.

Con un hábil movimiento se bajó los pantalones y los calzoncillos y estirando la mano sacó de la mesita de noche un preservativo. Iba a ponérselo, pero Youki se lo arrancó de las manos.

—Ahora me toca jugar un poco a mí —dijo ella con una sonrisa que no tenía nada de inocente. Acarició su pene arriba y abajo escuchando como él gemía de placer con cada uno de sus movimientos.

—Ahora, no voy a aguantar mucho más.

Ella le puso el condón y tumbándolo sobre la cama se puso encima, moviendo sus caderas de forma acompasada. Él le sujetaba por las nalgas con fuerza para que la sintiera más dentro. Youki llegó al éxtasis gritando su nombre, y segundos después fue Ferguson quien suspiraba agradecido y se dejaba llevar.

Se quedaron abrazados, ella arrebujaada entre los fuertes brazos de él, sintiendo que sus cuerpos encajaban perfectamente. Parecía que habían sido creados para estar juntos. Se abandonaron al abrazo del sueño, él aspirando el aroma de su pelo y ella mecida por el calor de su cuerpo.



## Capítulo 19

El alba había llegado sigilosa, como un ladrón que robaba la tranquilidad de la noche y llevaba la promesa de un nuevo día. Ferguson sacó su brazo de debajo del cuerpo de Youki y se permitió contemplarla dormida y desnuda una última vez antes de dirigirse a su estudio. Se puso unos pantalones de chándal y se sentó mirando al jardín por las grandes cristaleras del invernadero. Coffe saltó sobre su regazo y se acurrucó sobre sus piernas.

—No te pongas celosa, tú siempre serás mi chica —le dijo a la gata mientras le acariciaba entre las orejas.

Se quedó pensando unos instantes en lo que había ocurrido la noche anterior. ¿Eso lo complicaba todo? ¿O por el contrario lo simplificaba? No tenía ni idea de qué responder a esas preguntas. Además de que él vivía en Escocia y Youki en España, era la mejor amiga de Emma, que en estos momentos odiaba a William, y no sabía si ella sentía por él lo mismo. Tal vez solo fuera cosa de una noche. Probar un escocés seguramente es algo que muchas mujeres tienen en su lista de cosas que deben hacer antes de morir.

Él tenía claro que esa noche había significado algo, la española no solo le gustaba, es que le volvía loco. Su humor algo sarcástico, la forma directa que tenía de hablar, y la pasión por su trabajo y la naturaleza. Trataba de apartarla de su mente, pero los ojos de Youki volvían siempre como las olas que se abaten sobre la orilla sin tregua. Su risa le hacía estremecer, y no pudo evitar que una parte de su cuerpo se despertara cuando rememoró la noche anterior.

Youki no era solo cosa de una noche para él, era cosa de una vida.

\*\*\*

Youki abrió los ojos lentamente y se desperezó como si fuera un gato saliendo de una siesta. Tuvo que parpadear varias veces para que la vista se adaptara a la penumbra de la habitación en la que se encontraba. No reconoció la alcoba y se despertó de golpe sentándose sobre el colchón. Entonces, fragmentos de la noche anterior se escaparon de su memoria para alcanzar la superficie consciente de su mente. Estaban viendo una peli, se habían reído, se habían besado y habían

acabado en la cama. Recordaba haber dormido recostada contra el pecho de Ferguson y estiró el brazo tratando de encontrarlo, pero su lado de la cama estaba vacío.

Se puso en pie al tiempo que se ponía las bragas y el pantalón. Recogió del suelo la camiseta que llevaba Ferguson la noche anterior y se la puso. Salió de puntillas, daba por hecho que él estaba despierto, pero a lo mejor había decidido irse a dormir al sofá en mitad de la noche. Lo que vio le cortó la respiración.

Estaba sentado en el invernadero con la gata sobre las rodillas. Parecía absorto contemplando el paisaje que empezaba a iluminarse con los primeros rayos matutinos. El sol entraba cálido por las grandes cristaleras y Youki pudo apreciar que iba sin camiseta y se le marcaban unos abdominales bien definidos y unos bíceps poderosos. La noche anterior estaba tan embriagada de él que apenas tuvo tiempo de fijarse en los detalles, ahora, con la cálida luz de la mañana él aparecía ante ella como un dios griego.

Era musculoso, pero sin pasarse, con un perfil fuerte, de mandíbula marcada y nariz con personalidad. Acariciaba a Coffe con parsimonia, se notaba que sus pensamientos estaban a mil kilómetros de distancia. Youki sonrió, le gustaba verlo tan concentrado y tan relajado al mismo tiempo. Parecía alguien que lo tenía todo siempre bajo control, que no se permitía expresar sus sentimientos. Algo de los encorsetados protocolos de la nobleza se le había pegado después de tantos años frecuentando a William y Edward.

¿Qué debía hacer ahora? La mañana siguiente era el momento clave, ese que definiría qué pasaba a continuación. ¿Le daría un beso en la mejilla de buenos días sellándose así una ruptura tácita antes siquiera de haber empezado algo, o le besaría en los labios diciéndole que esa noche había sido más que un simple revolcón? La respuesta no era tan fácil, pues, si bien había comenzado a albergar sentimientos por el escocés, no era menos cierto que esa relación estaba abocada al fracaso. Cuando terminara la misión que William le había encargado, volvería a esas tierras, y no podría culparlo por ello.

Deshizo sus pasos hasta la habitación y salió de forma mucho más ruidosa esta vez. Cuando llegó al salón, Ferguson había puesto a la gata en el suelo y se estaba levantando para recibirla. Se quedó mirándola con una sonrisa.

—Vaya, tengo esa camiseta desde hace diez años y creo que nunca me ha sentado tan bien como a ti hoy.

Ella sonrió, se acababan de disipar sus dudas. Se dirigió hacia donde él estaba y depositó un suave beso en los labios. Le pilló desprevenido, y casi dio un paso hacia atrás, pero se recuperó rápidamente y la envolvió en un cariñoso abrazo. Ella se acurrucó contra su pecho aspirando su olor y sintiendo la piel caliente de su torso contra su mejilla. Ferguson le besó en la coronilla y murmuró:

—Deberíamos ir poniéndonos en marcha, hoy tenemos varias cosas que ver y esta noche cenamos con William antes de volver mañana a España.

Ella se separó lo justo para asentir y luego volvió a pegar su mejilla contra su pecho. No lo

podía evitar, ¡ahí se estaba de maravilla! Olía a bosque, a naturaleza y a hogar, y se dijo que nunca en su vida había estado tan a gusto en ninguna parte.

—Vete a la ducha mientras yo preparo el desayuno. Vamos, que no tenemos todo el día —dijo mientras la separaba de él y le daba un ligero empujón en dirección al cuarto de baño.

Mientras preparaba huevos y beicon, oía la ducha y se imaginaba a Youki desnuda y empapada a pocos metros de él y le costó bastante esfuerzo controlarse para no unirse a ella. Las dudas que le habían asaltado desde que se despertó se habían disipado con un simple beso. ¿Cómo es posible que algo tan simple contenga tantos sentimientos? Cuando terminó de preparar el desayuno, se sentó a comer sin esperar que se enfriara. Se quemó la lengua varias veces, pero no le importó, pues tenía a Youki en la habitación de al lado y, por lo que había podido comprobar, también en su corazón.

## Capítulo 20

Ese día Ferguson había decidido que la llevaría a descubrir la Escocia menos conocida. Todo el mundo quería visitar las Tierras Altas, y era normal, pues la belleza de esos paisajes era inigualable, pero a la gente por lo general se le olvidaba el sur del país, la zona de los Borders, que alberga algunos de los monumentos más fascinantes de la cultura escocesa.

La primera parada fue Abbotsford, la residencia de sir Walter Scott, el gran poeta y novelista escocés del siglo XIX entre cuyas obras se incluyen *Ivanhoe*, *Rob Roy* o *La dama del lago*. Pararon el coche en el aparcamiento del centro de visitantes y antes de dirigirse a la casa, Ferguson la invitó a pasear por los jardines de la propiedad.

—¿Te suena sir Walter Scott?

—No —respondió ella oculta tras el objetivo de su cámara.

—Es probablemente el escritor escocés más famoso, solo por detrás de Robert Louis Stevenson. Y hoy vamos a visitar su casa, pues no solo fue un escritor, fue y sigue siendo un símbolo de Escocia. ¡Te va a encantar!

Iban paseando por los jardines, disfrutando de la fresca mañana de verano, pues a pesar de ser junio, el sol aún no calentaba, de hecho, espesas nubes de color gris opacaban su luz. El entusiasmo de Ferguson era contagioso. Hablaba sin parar con orgullo de los escoceses insignes, le señalaba elementos arquitectónicos y salpicaba su discurso de anécdotas y chistes.

—Esta casa, la diseñó él mismo, pero tiene un final trágico pues solo pudo habitarla durante un año ya que las deudas hicieron que se la embargaran.

Youki se paró en seco y admiró el exterior: torreones, ventanas adornadas y figuras esculpidas en la piedra de los muros marcaban un estilo muy particular. Era una mansión en toda regla con uno de sus laterales orientado hacia el río Tweed.

—Es enorme.

—En aquella época no se andaban con remilgos cuando se ponían a construir, y esto es más un monumento a su persona que una casa para ser habitada.

—Ahora tampoco se andan con remilgos, nosotros tenemos una estatua del presidente de la provincia presidiendo el aeropuerto de Castellón.

Él se rio pensando que ella le estaba tomando el pelo, aunque hablaba muy en serio.

—Además de ser un escritor notable, también es conocido por haber redescubierto las joyas de la corona de Escocia, que estuvieron desaparecidas durante largo tiempo.

—Has conseguido que me pique la curiosidad —dijo ella mirándolo de soslayo.

—Cuando Escocia e Inglaterra firmaron la unión de los dos reinos para formar el Reino Unido de Gran Bretaña, el Parlamento escocés fue disuelto, y las joyas de la corona, que ahora ya no tenían ningún valor simbólico, pues no hay reyes de Escocia, fueron almacenadas en el castillo de Edimburgo, quedando prácticamente olvidadas. Un grupo de investigadores, entre los que se encontraba nuestro amigo sir Walter —dijo con una enorme sonrisa— las recuperó y ahora están a la vista de todos en el castillo.

—¡Bravo por sir Walter! —añadió ella devolviéndole la sonrisa.

Pasaron al interior del edificio, que era tan fastuoso por dentro como por fuera. La biblioteca los dejó sin habla a los dos, así como la colección de armaduras o de armas antiguas. Pasear por esas estancias era como volver al pasado. Los fríos muros de piedra, las pesadas cortinas y las espesas alfombras acompañaban a Youki y a Ferguson durante su visita. A ella le fascinó la historia que él le relataba con los ojos brillantes de emoción. Se notaba un orgullo intrínseco en sus palabras y en la reverencia con la que hablaba de los personajes históricos que salpicaban su relato.

Una vez terminada la visita, pararon a comer en una cafetería que encontraron de camino a su siguiente destino que era, nada más y nada menos, que la abadía de Melrose. Pararon el coche frente a las imponentes ruinas del edificio. El sol arrancaba destellos dorados a las piedras que llevaban en pie desde hacía siglos.

Comenzaron rodeando la abadía y entonces Ferguson hizo algo para lo que requirió reunir todo el coraje que tenía: coger la mano de Youki entre la suya para pasear cogidos de la mano. Ella sintió el impulso de apartarla al sentir el contacto cálido de la mano de él, pero enseguida dejó de lado sus reticencias y se permitió disfrutar del momento.

Había tenido novios, lo normal en una mujer de su edad, pero ninguno que la hubiera marcado especialmente. Fueron historias que la ayudaron a crecer y a convertirse en la mujer que era hoy, pero que no habían significado para ella nada más. Sin embargo, notaba que con Ferguson era diferente. Apenas llevaban juntos veinticuatro horas y ya sentía que lo conocía desde siempre, que sus vidas estaban irremediabilmente entrelazadas.

—¿Conoces la historia de Braveheart? —preguntó él guiándola entre las piedras.

—Claro, he visto la peli de Mel Gibson.

El escocés se paró en seco e incluso se soltó de la mano de Youki, que se llevó al corazón en un gesto cargado de dramatismo.

—Vas a hacer que llore, de verdad... En esa película está todo mal. ¿Dónde está el puente de la batalla del puente de Stirling? ¿Dónde? ¿Dime? ¡Debería haber un puente!

Se había puesto colorado y su pecho subía y bajaba a toda velocidad.

—Vale... A ver... Yo qué sé... No quería insultarte a ti y a tus ancestros —dijo Youki y él comenzó a serenarse.

—Lo siento, pero es que esa película es un despropósito de principio a fin. ¡Pero si el actor principal es australiano! ¿No podían haber puesto a Sean Connery o Rory McCann? Al menos pusieron a Angus Macfadyen como Robert *the* Bruce.

Le volvió a coger la mano entre las suyas y se la besó con galantería antes de reemprender el paseo entre las ruinas.

—El caso es que el auténtico Braveheart es Robert *the* Bruce, que fue rey de Escocia, William Wallace fue un guerrero e inspiró a muchos a luchar contra los ingleses, pero el título de Braveheart no es suyo; y te voy a contar la historia porque es fascinante. Pues bien, cuenta la leyenda que Robert *the* Bruce lamentó mucho no haber podido pelear en una de las Cruzadas y que cuando estaba a punto de morir, le pidió a sir James Douglas que le permitiera pelear por Dios una última vez. Así que sir Douglas cogió el corazón de Robert *the* Bruce, lo metió en una caja de plata y se lo llevó a España a luchar del lado de los cristianos contra los árabes. Sir Douglas cayó en combate, pero antes de morir les tiró la caja que contenía el corazón a los enemigos de la fe, lo que les hizo retroceder despavoridos. Tras la batalla, los caballeros que acompañaron a sir Douglas recogieron la urna que contenía el corazón de Robert *the* Bruce y la trajeron hasta la abadía de Melrose donde está enterrado, aunque aún no han podido encontrarlo.

Esta vez fue Youki quien se paró en seco y lo miró directamente a los ojos.

—Estás de broma, ¿verdad?

—No.

—¿Me quieres contar que el corazón de un rey se ha paseado entre Escocia y España varias veces en pleno siglo XIV?

—Así es.

—¡Es una locura!

—No más que la leyenda que dice que los cristianos ataron el cuerpo del Cid una vez fallecido a su caballo para asustar a los árabes —respondió encogiéndose de hombros.

—Fueron años muy sangrientos y complicados.

—Sobre todo para los árabes, que los cristianos no hacían más que atacarlos con pedazos de gente muerta.

Se miraron unos segundos en silencio y luego estallaron en una sonora carcajada.

—¿Cuánto habrá de verdad en esas leyendas?

—Probablemente nada, muchas de esas historias se han contado tantas veces que se han retorcido y deformado hasta el infinito —respondió él—. Lo que sí es cierto es que Robert *the* Bruce luchó por la independencia de Escocia y para nosotros es un héroe, aunque la película se empeñe en dejarlo como un traidor.

Siguieron paseando y Youki se soltó de la mano de Ferguson para inmortalizar la abadía desde distintos ángulos. Él se sentó en el suelo, sobre la mullida hierba que bordeaba las ruinas. Le

encantaba la historia de su país, una historia plagada de derrotas y desastres, pero que de una forma u otra había esculpido el carácter de los escoceses con una perseverancia innata y un buen humor capaz de resistir la cambiante climatología del país.

—Fer, ¿puedes venir? —pidió Youki desde el otro lado—. Eso que hay ahí ¿es un cerdo tocando la gaita?

Él sonrió con una sonrisa casi infantil.

—¡Exacto!

—¿Qué narices os pasa con las gaitas?

—Que nos gustan mucho —añadió antes de soltar una carcajada—. No es la única figura extraña que vas a encontrar, también hay dragones, duendes y cocineros con cucharones.

Ella abrió mucho los ojos y se lanzó a la búsqueda de esas originales imágenes que tan fuera de lugar podría parecer que estaban en un edificio religioso. Se besaron a hurtadillas en los terrenos de la abadía y cuando terminaron la visita volvieron al coche como si fueran dos adolescentes enamorados.

La adolescencia hacía tiempo que la habían dejado atrás, pero el amor les había golpeado con fuerza y ninguno de los dos podía apartar las manos del otro.

## Capítulo 21

William había insistido en que quería cenar con ellos la víspera de su vuelta a España. Cuando regresaron al *cottage*, decidieron darse una ducha para limpiarse del viaje en carretera, y esta vez, a diferencia de la que se dieron por la mañana, la compartieron. Salieron de la ducha limpios y satisfechos después de haber enjabonado con suavidad el cuerpo desnudo del otro.

—Porque hemos quedado con William y no me gusta llegar tarde, si no, te haría el amor aquí mismo —le susurró Ferguson al oído y Youki no pudo reprimir un escalofrío de placer.

—Vistámonos antes de que nos liemos más y acabemos llegando tarde.

—¿Solo tarde? Yo pensaba llegar tardísimo.

Ella soltó una carcajada y le tiró la toalla al tiempo que abandonaba el cuarto de baño completamente desnuda para vestirse en el dormitorio.

\*\*\*

Saludaron al portero de casa de William con una sonrisa y subieron los escalones cogidos de la mano. No daba la impresión de que se conocieran desde apenas unas semanas, cualquiera que los viera daría por hecho que eran una pareja asentada desde hacía tiempo, pues tal era su complicidad. Ferguson llamó con los nudillos con una enorme sonrisa que se congeló en su rostro cuando fue Edward quien le abrió la puerta. Se soltaron de la mano como acto reflejo pero la sonrisa ladeada que les dedicó el rubio dejaba claro que los había pillado.

—Adelante, por lo visto esta noche me toca hacer labores de mayordomo —respondió dándoles la espalda y dirigiéndose a la cocina.

—Vaya, eso huele de maravilla —dijo Youki al anfitrión.

—Gracias, estoy cocinando mi famoso salmón al estilo McGregor, está delicioso. Es la receta ancestral de mi familia.

—Querrás decir de las cocineras de nuestra familia, no me imagino a madre metida en la cocina, hermanito —puntualizó Edward que se había servido una generosa copa de vino blanco.

—No sabía que él iba a venir —dijo Ferguson señalando lo evidente—. De hecho, todo este



viaje era porque tú estabas demasiado ocupado para acompañar a Youki y me lo encasquetaste a mí.

El menor de los McGregor hizo un gesto con la mano quitándole importancia.

—No he sabido hasta hoy mismo que iba a estar disponible, no solo he venido para comprobar si habíais hecho avances, además tengo algunos asuntos familiares de los que ocuparme. En cualquier caso, soy un guía turístico pésimo, solo hubiera podido enseñarle los antros de vicio y perversión de la capital. —Una sonrisa burlona tomó forma en su rostro.

—¿Qué habéis estado haciendo estos dos días? —preguntó William tratando de aligerar el ambiente, que se había cargado.

Youki les explicó las visitas que habían realizado, así como el encuentro con Briana, mientras que Ferguson permanecía en un sombrío silencio, cada vez tenía más claro que se había dejado engañar por Edward de alguna manera y que, de nuevo, solo eran piezas en su personal tablero de ajedrez.

—¿Cómo está Briana? —le preguntó William directamente tratando de sacarlo de su silencio.

—Bastante bien, de hecho, debería llamarla pues me estuvo amenazando con algo la última vez que la vi.

Todos intercambiaron una mirada de inquietud.

—No es nada serio, pero debería hacerlo ya mismo. Oye, Will, tú que la conoces más, ¿hay brujas en su familia?

La pregunta le pilló completamente por sorpresa.

—No lo sé, la verdad ¿Por qué preguntas?

—Por nada...

Se alejó hacia una de las grandes ventanas que daban a la calle para hablar con tranquilidad con su amiga mientras Youki se quedaba con los dos hermanos.

—Poned la mesa, que a esto le queda solo un minuto.

—Ya he sido tu mayordomo ¿y ahora quieres que sea tu camarero? Yo serviré el vino, del resto os ocupáis los demás.

Youki obedeció con alegría, le gustaba sentirse útil, y se sentía siempre un poco extraña cuando otras personas le servían. Ferguson volvió y se unió a la tarea de dejarlo todo listo para la succulenta cena que William estaba preparando.

—Briana os manda saludos a todos. Dice que la llames —le dijo a Edward mirándolo directamente.

—Ya lo haré mañana, tenemos... Bueno, tenemos asuntos que resolver juntos.

—¿Tú y Bri? ¿Desde cuándo? —preguntó William sirviendo los platos.

—Desde hoy, por lo visto —respondió Edward llevándose la copa de nuevo a los labios—. No me miréis así, soy mucho más que una cara bonita.

—Eres una caja llena de secretos —masculló Ferguson de forma apenas audible.

—No quiero sonar ansioso, Youki, pero ¿intercederás por mí?

La pregunta la pilló con la boca llena de salmón, así que tuvo que darse prisa por masticar y tragar para poder responder. Tras hacerlo en un tiempo récord respondió con sinceridad:

—Sí, no te tomarías tantas molestias si no quisieras a Emma de verdad. Has metido en este lío a tu hermano, a tu mejor amigo, a Diana, a mí... No creo que montaras todo este circo si ella no te importara realmente. Así que puedes contar conmigo —dijo elevando su copa.

—Bueno, pues si la misión de Ferguson ya ha concluido, no es necesario que vuelvas mañana a España.

Edward soltó la bomba y siguió comiendo como si nada. Ferguson miró alternativamente a Youki, a Will y al pequeño de los McGregor que estaba completamente ajeno al caos que acababa de desatar con esa simple frase. Él mismo se había planteado esa cuestión, por un lado, su vida estaba en Escocia, pero, por otro, Youki estaba en España.

—No me puedo ir así como así, he firmado un contrato, además de que algunas de mis cosas siguen en la pensión —respondió.

—Si es por eso, supongo que podemos arreglarlo. Tus cosas se pueden mandar por correo y respecto al trabajo... En fin, podrán encontrar a un sustituto.

—Ese no es mi estilo, Edward. Iré, trabajaré los días que me quedan, y llegado el momento, me despediré de todos.

Edward se encogió de hombros.

—Si eso es lo que quieres.

—Sí, eso es lo que quiero.

No miraba a Edward, que estaba dedicando toda su atención a cortar su salmón, miraba a Youki, quería que ella entendiera que si volvía a España era por ella, porque no podía imaginarse no estar a su lado ahora que había probado a tenerla cerca.

El resto de la cena transcurrió con tranquilidad hasta la hora de los postres cuando el vino consumido durante la cena y los digestivos que se tomaron después hicieron mella en ellos y comenzaron a contar anécdotas de sus tiempos de juventud a cuál más disparatada. A Youki le dolía la barriga de tanto reírse pues esos tres jóvenes habían tenido unos años de auténtica locura.

—Ed, ¿te acuerdas de aquella vez en la que el príncipe Harry y nosotros...?

—¡Will! Firmamos un acuerdo de confidencialidad por aquello.

—Tienes razón, no habéis oído nada.

Todos soltaron una carcajada y aunque Youki trató de sonsacarles la información, los dos se mostraron inflexibles y no soltaron prenda. Siguieron contando anécdotas y riéndose con ganas hasta bien entrada la noche.

—Me voy a casa, que estoy agotado —dijo Edward—. Menos mal que tengo coche con chófer, no me apetece nada tener que conducir ahora.

—No te ha apetecido nunca conducir, hermano.

El aludido se encogió de hombros.

—Si me puedo permitir un conductor, no pienso hacer esfuerzos innecesarios. Por cierto,

¿cómo pensáis volver vosotros? Porque tú vas un poco pasado —le dijo a la pareja.

—No te preocupes, Youki apenas ha bebido, conducirá ella.

—¿Qué? Nunca he conducido por la izquierda.

—Es fácil, es como por la derecha, pero por el otro lado.

—¿Y las marchas? ¿Y los intermitentes? ¿Y...?

Él le puso las manos sobre los hombros de forma tranquilizadora y la miró directamente a los ojos.

—Sé que puedes hacerlo, no te lo pediría si tuviera dudas. —Ella sonrió ante su confianza—. Además, el coche está asegurado a todo riesgo, así que no hay problema.

Ella le dio un golpe en el hombro fingiéndose molesta. Tras despedirse con dos besos de William y Edward, se montó en el todoterreno de Ferguson en el lado del conductor.

—Está bien, allá vamos.

Su conducción al principio fue titubeante, y se pegaba demasiado al lado izquierdo de la carretera, pues, si bien el cambio de marchas lo pilló con facilidad, las distancias desde el lado derecho aún le costaban un poco. Ferguson se agarró un par de veces al tirador de la puerta, pero pronto se serenó y dejó que Youki los guiara siguiendo las indicaciones del GPS. Condujeron en silencio unos kilómetros, hasta que ella no pudo más y tuvo que soltar.

—¿Qué harás cuándo se te termine el contrato?

Él se quedó en silencio, mirando a la oscuridad que envolvía el coche y que solo era rota por la potente luz de los faros del coche.

—No lo sé.

Ella asintió y agarró el volante con más fuerza.

—Es normal que te vuelvas, tienes aquí tu casa, tu trabajo, incluso tu gata vive en Escocia.

—Pero tú no estás aquí.

Las palabras de él sonaron pesadas, como si estuvieran cubiertas de hormigón. Lo había dicho. A lo mejor fue el alcohol, que le había soltado la lengua, o tal vez fue su corazón, que, por una vez en la vida, había decidido tomar la palabra. No tenía nada que perder, sabía lo que sentía, ahora solo quería que ella lo supiera también.

—Pero no te puedes quedar solo por mí.

—Lo que no puedo hacer es volverme si tú te quedas allí.

—¡No sabes lo que dices! Apenas nos conocemos, un fin de semana de vacaciones no es una relación.

—Por eso quiero más que un simple fin de semana.

—Ya, pero...

—Aún me queda tiempo. Además, soy un buen trabajador y le caigo bien a Juanjo, puedo quedarme en la granja.

—¿Y qué pasa con tu trabajo?

—Odio mi trabajo.

—¡No es verdad!

—Sí que lo es, lo acepté porque me lo propuso William y no quería fallarle, pero me paso la vida en un despacho pegado a un ordenador. Tú me conoces, eso no es para mí. Prefiero llevar bosta de caballo en las botas y mojarme bajo la lluvia, pero estar al aire libre y en contacto con la naturaleza

—Es tarde, estás cansado y has bebido, no es el momento de tomar este tipo de decisiones. Ya hablaremos tranquilamente en Madrid. Hay pros y contras que debemos valorar, no te puedes precipitar así.

—Por tus reticencias se diría que no quieres que me quede; si es eso, dilo.

—No, por supuesto que me encantaría que te quedaras, pero si la cosa no funciona, me sentiría culpable por haberte obligado a dejarlo todo solo por... Bueno, por mí.

—Punto número uno: tú no me obligas a nada, lo elijo yo. Punto número dos: la cosa va a ir bien. Y punto número tres: no vuelvas a hablar de ti misma en ese tono porque no lo soporto. Eres la mujer más increíble que he conocido nunca, llena de vida, con una fuerza interior increíble y con el humor más inglés que he visto nunca en una hispanoasiática. —Ese comentario hizo que una sonrisa acudiera a los labios de Youki—. Así que ya lo sabes. Aunque estoy de acuerdo contigo en que es mejor que lo hablemos mañana.

Estiró una mano para ponérsela detrás del cuello y ella se recostó contra ella. Aún faltaban algunos kilómetros para llegar al *cottage*. Los hicieron en silencio, pues ya se habían dicho todo lo que había que decir, ahora cada uno rumiaba en silencio las palabras del otro. Se iban quedando sin tiempo, eso lo sabían los dos, y debían tomar una decisión, no solo con el corazón, sino también con la cabeza.

## Capítulo 22

El vuelo fue más animado que el de ida y no dejaron de charlar durante todo el trayecto, aunque dejaron de lado el tema realmente importante. La noche anterior habían hecho el amor como desesperados, como si fuera la última noche de dos condenados a muerte, pues ambos sabían que era posible que el hechizo se rompiera al volver a Madrid.

Se separaron en el aeropuerto, él cogió su coche para volverse a la pensión y ella tenía un millón de wasaps de su grupo de amigas. Diana era la única que sabía de su escapada a Escocia, para las demás estaba en una feria ganadera en el País Vasco, pero ahora estaban organizando una quedada y ella no encontraba ninguna excusa válida para no asistir.

Así que llegó a su piso, se dio una ducha, descansó un par de horas y se preparó para encontrarse con Emma, la causante de todo ese lío.

\*\*\*

Las temperaturas estivales animaban a hacer la vida fuera de casa y era precisamente lo que daba la impresión: que todos los madrileños habían abandonado sus hogares para ocupar las terrazas del centro como si esa fuera su última oportunidad. Las chicas habían quedado en un bar de Malasaña que les gustaba bastante y al que se habían hecho asiduas en los últimos tiempos. El camarero flirteaba con las cuatro a sabiendas de que Laura estaba cogida y Diana era lesbiana.

Youki llegó la última, la verdad es que le costó una eternidad salir de su casa para sumergirse en el tórrido ambiente de las calles de la capital. El asfalto, el hormigón y el ladrillo exudaban calor y ella echaba de menos esos días pasados en Escocia, donde necesitaba una chaqueta por las noches porque refrescaba.

Llegó la última, algo muy poco común en ella y que sus amigas remarcaron rápidamente. Laura, con sus rizos morenos que rebotaban cada vez que gesticulaba, Diana con el cabello rubio recogido en una tirante coleta que solo servía para resaltar la esbeltez de su cuello, y Emma, que se había recogido el pelo en un moño desaliñado tratando de luchar contra el calor madrileño.

—¡Uy! Doña Puntualidad ha llegado quince minutos tarde, eso es que el fin del mundo se

acerca.

—O que va a nevar, que decía siempre mi abuela.

—Lo siento, todo Madrid está en obras y llegar hasta aquí ha sido como una de esas pruebas de *Humor amarillo*.

Las tres se rieron de la broma de Youki y ella sintió que había esquivado una bala. El camarero les trajo el pedido de bebidas y un plato con cacahuets salados.

—Bueno, hace tiempo que no nos vemos, ¿algo que contar?

Diana se había hecho cargo de la situación, como siempre. Desde que Youki se sentó, la miraba con los ojos entrecerrados como si quisiera sonsacarle todos sus secretos con el mero poder de la mente. Youki tuvo que bajar la vista frente a la intensidad de la mirada de su amiga.

—Pues ya he elegido las flores para la iglesia, me ha costado un montón decidirme porque había unas preciosas que nos encantaban, bueno, en verdad me encantaban a mí, pero eran carísimas. Y otras que me gustan menos pero que sí nos podemos permitir... Ha sido una decisión dura, pero Juanmi me ha convencido para ir a lo seguro, a lo que podemos pagar.

Laura preparaba su boda, con la que llevaba soñando desde que tenía seis años, con su novio de toda la vida. Un pedazo de pan que la trataba como si fuera una reina y que era la relación que cualquier chica criada a base de películas de Disney desea tener.

—Te casas con un buen hombre y encima es sensato. ¡Lo tiene todo! —exclamó Emma con una sonrisa.

—Pero no es tan guapo como tu...

Laura dejó la frase a medias, pues todas sabían cómo terminaba y sintió como la sangre acudía a sus mejillas para colorearlas de rojo. Emma se quedó helada durante unos instantes, pero luego se encogió de hombros e hizo como si nada.

—Will, puedes pronunciar su nombre, no nos va a caer una maldición solo por pronunciarlo en voz alta.

Youki acogió esas palabras con un atisbo de esperanza. Tal vez este fuera el momento perfecto para tantear el terreno.

—Si no te molesta pronunciar su nombre es porque ya no estás cabreada con él, ¿no?

—No, es porque ya no siento nada por él. Solo quiero olvidarme de esa historia lo antes posible. Ya sabes, como esos novios que te echas un verano cuando tienes dieciséis años y que cuando empieza el curso no vuelves a ver más. Eso es Will para mí.

Diana y Youki intercambiaron una mirada de preocupación. Diana iba a intervenir, pero Laura fue más rápida. Ella era una convencida de que la mayor fuerza del planeta no era la nuclear, sino el amor. Y que, si dos personas estaban destinadas a estar juntas, nada ni nadie podría separarlas. Sus amigas solían burlarse de ella por ser tan ingenua, pero en estos momentos necesitaban todo el apoyo posible, y Laura era un as en la manga.

—¡Pero no es posible! Eráis perfectos, lo feliz que eras cuando estabas con él. Hasta por Skype se notaba que nunca en tu vida habías sido tan feliz.

—A lo mejor tiene razón y fue todo un gran malentendido, Emma —Youki no dejó escapar la oportunidad de aportar su granito de arena.

—¿Dos veces? —sonó herida, sarcástica, llena de rencor.

—Es posible, yo solo digo que cosas más raras se han visto. Por lo que cuentas de Fiona, era una auténtica bruja, a lo mejor tiene razón y todo lo preparó ella.

—Se supone que sois mis amigas, que debéis estar de mi lado.

—No, se supone que tenemos que protegerte —Diana habló y se hizo el silencio tras sus palabras.

—¿Tú también estás de su parte? ¿Pensaba que lo odiabas?

—No es mi persona favorita, eso te lo puedo asegurar, pero creo que es probable que lo hayamos juzgado demasiado rápido. He estado investigando un poco.

Diana se inclinó hacia adelante adoptando un tono confidencial y todas la imitamos.

—Tenemos una sede en Edimburgo y en el mundo empresarial todo el mundo se conoce, así que he hecho unas cuantas averiguaciones. Por lo visto está destrozado de verdad, se rumorea que ha dejado escapar un par de buenos contratos por no ser capaz de estar concentrado en la negociación. Además de que apenas sale de su piso.

Youki tuvo que hacer un esfuerzo para ocultar una sonrisa, esa fuente de la que hablaba estaba claro que era Edward.

—¿Crees que me importa su empresa? Por mí como si se hunde y se tiene que poner a recoger tomates para sobrevivir. Lo que me hizo fue, fue...

Las lágrimas acudieron a sus ojos y sus amigas supieron que no lo había superado todavía, que por mucho que ella quisiera mostrar una fachada de mujer fuerte que lo había olvidado ya, eso no era cierto. Y no lo sería en mucho tiempo, pues estaba claro que lo que sentían iba más allá de un mero encaprichamiento. Era amor, del que solo se vive una vez en la vida, del que se lee en las novelas románticas. Ese del que no puedes escapar, y, sobre todo, no lo puedes negar cuando te llega.

—Cariño, no llores —le dijo Laura con su mejor tono maternal.

—¡Claro que no! —Emma se enjugó las lágrimas con una servilleta—. No se lo merece, merece que lo olvide, pero me está costando más de lo que yo pensaba.

—A lo mejor no deberías olvidarlo tan pronto, no quiero sonar tan cursi como Laura, pero es posible que sea una señal del destino que todavía sigas sintiendo algo por él. —Youki trataba con todas sus fuerzas de no sonar demasiado evidente tratando de convencer a Emma de darle otra oportunidad a Will.

—Es más bien una señal de que soy imbécil.

—No digas eso ni en broma. Bueno, cambiemos de tema que de este ya hemos hablado suficiente —terció Diana, y todas estuvieron de acuerdo.

Dos horas, tres cervezas y cuatro platos de cacahuets después dieron por terminada su reunión para ponerse al día. A pesar de haber cambiado varias veces de tema, de vez en cuando

volvían de forma sutil al tema Will y tanto Diana como Youki dejaban caer alguna frase sobre el tema. Encontraron en Laura una aliada improvisada pues ella era una fan absoluta de todo lo escocés y no quería que Emma dejara pasar la oportunidad de estar emparentada con alguien de las Tierras Altas.

Cuando todas se hubieron despedido, Diana se ofreció a acompañar a Youki hasta su coche, pues quedaba cerca del suyo, según les dijo.

—Bueno, ¿qué tal tu escapada escocesa? —inquirió levantando una ceja acusadora.

Youki no tenía ni idea de cuánto sabía Diana, si Edward la había puesto al tanto de lo que ocurrió la última noche, pues parecía evidente que entre Ferguson y ella había algo más que una simple amistad. Así que decidió sincerarse, porque en el fondo estaba tan contenta que no le apetecía guardarse ese sentimiento para ella.

—Pues genial, la verdad. Vi a William y me parece un tío legal, creo que la tal Fiona esa le tendió una trampa. Comí bien, bebí bien y visité un montón de monumentos interesantes. ¡Ah! Y me acosté con Ferguson.

Diana sonreía complacida.

—Un viaje la mar de productivo, por lo que veo.

—Sigo sin entender por qué tuve que ir yo.

Esta vez fue Diana quien la miraba con la ceja levantada.

—Pues porque está claro que yo no me hubiera acostado con Ferguson —respondió con una sonrisa—. Aunque hubiera hecho de maravilla todo lo demás.

—No te creas, en todos los monumentos hay animales tocando la gaita, te hubiera horrorizado.

—Eso es verdad. Bueno, ¿y ahora qué va a pasar con vosotros? No tendremos que montar otro equipo de rescate como el que estamos montando con Emma, ¿no?

Youki se encogió de hombros.

—No tengo ni idea, Ferguson me gusta, me gusta mucho, la verdad, pero no sé qué puede salir de nuestra historia. Él está convencido y quiere intentarlo, incluso estaba hablando de quedarse a vivir en España y trabajar en la granja de Juanjo.

—Pues que lo haga, cuando le conocí me dio muchas vibraciones campestres.

Youki soltó una carcajada.

—¿Vibraciones campestres?

—Sí, como las tuyas. Lo digo sin ánimo de ofender, no me mires así. Se nota que está más cómodo en el campo que en la ciudad, creo que el tiempo que ha pasado trabajando con William ha tenido que ser un infierno para él.

—Esas fueron exactamente sus palabras...

—Es que se le nota que no está hecho para llevar traje todos los días, él es más de mono de trabajo y botas.

—No sé si lo dices con sarcasmo o de corazón.

Diana se paró en mitad de la calle y cogiendo a Youki por la muñeca la miró directamente a



los ojos.

—Pocas veces he dicho algo más en serio. Creo que ese chaval sería más feliz rodeado de vacas que rodeado de ejecutivos. Y eso lo sé porque me lo contó Edward, pero también porque tiene muchas vibraciones campestres. Y creo que, si se queda, los dos seríais muy felices, pero eso lo tenéis que decidir vosotros, que yo ya estoy harta de sacaros las castañas del fuego a todas.

Youki soltó una risotada y luego le dio un fuerte abrazo.

—Emma siempre dice que Edward fue su hada madrina, creo que se equivoca, que esa eres tú, a pesar de hacerte siempre la dura.

Diana se encogió de hombros quitándole importancia al cumplido.

—Solo hago lo que puedo, algún día me cobraré todos estos favores.

—Y ya salió la ejecutiva de ventas —respondió Youki sonriendo—. ¿Crees que Emma le dará otra oportunidad a Will?

—No lo sé, pero no se puede negar que lo estamos intentando con todas nuestras ganas. Bueno, te dejo aquí, que mi coche no está en esta dirección, era solo una excusa para poder hablar contigo a solas.

—Gracias por todo, Diana. Por el billete de avión, por obligarme a ir... Ya sabes, por todo. Creo que no te lo digo lo suficiente.

—¿Dos horas con Laura y ya te has vuelto así de ñoña? No me quiero ni imaginar lo que va a ser de ti tras estar una semana con ella en las Highlands.

—¡No te hagas la dura! Que en el fondo te encanta.

Se despidieron con dos besos y un abrazo que para Diana duró un poco más de lo acostumbrado, pero que no le importó lo más mínimo, pues sabía que nacía directamente del corazón de su amiga.

## Capítulo 23

Ferguson se presentó puntual en su puesto de trabajo. Le dio un fuerte apretón de manos a Juanjo, que vino a recibirlo y a ponerlo al corriente de lo que había acontecido en la granja durante los días que había estado ausente.

—Nos mandaron a un chaval para remplazarte, no se le daba mal, pero, entre tú y yo, a ti se te da muchísimo mejor esto —dijo el capataz antes de palmearle la espalda y soltar una risotada—. Vente, voy a explicarte lo que vamos a hacer esta semana y ya te vas encargando tú como mejor te venga, que le has cogido muy rápido el punto a la forma que tenemos aquí de hacer las cosas.

Ferguson no pudo evitar sentir un deje de orgullo al escuchar las palabras de Juanjo y sintió como su pecho se elevaba y su ego se hinchaba.

—Por cierto, ¿todo bien por Escocia? Fuiste por un problema familiar, ¿no es eso?

—Eh... Sí, sí, todo bien. Había un pequeño problema, pero creo que ya está solucionado.

—Me alegra, no me gustaría perderte, has demostrado ser un buen trabajador, aunque el primer día que te vi llegar con esos pantalones y esa chaqueta —soltó otra carcajada— pensé que no ibas a durar ni diez minutos con nosotros. Pero eres buena gente, lord, me alegro de que estés trabajando con nosotros.

Una punzada de remordimiento recorrió el semblante de Ferguson y sus mejillas perdieron todo el color. Él también estaba encantado con su trabajo en la granja, era duro, muy físico, pero le hacía feliz. La sola idea de tener que volver a Edimburgo y meterse en un despacho le horrorizaba, pero era perfectamente consciente de que todo dependía de Youki. Si ella no le aceptaba, si solo había sido una aventura en tierras escocesas, entonces no tenía sentido permanecer más tiempo en España. Juanjo le dio unas cuantas directrices y se marchó al interior del edificio principal dejándolo solo.

Se dirigió hacia el corral con las gallinas para ocuparse de ellas primero. Se dijo que estaba en plan nostálgico por la proximidad del fin de su contrato, pues hoy veía hasta las gallinas como unos seres majestuosos a los que iba a echar de menos. Tras ocuparse de limpiar el suelo y ponerles grano, sus pasos le condujeron al establo.

La salvaje yegua de pelaje moreno se acercó trotando cuando lo oyó entrar y frotó su hocico

contra su hombro.

—Vaya, veo que tú también me has echado de menos a mí —le dijo en gaélico mientras cogía un cepillo y se dedicaba a pasárselo por las crines y el lomo.

Se puso a cantar una antigua canción que le recordaba a su abuela haciendo la comida en la granja que tenía en las Highlands. Una canción que hablaba de guerra, de derrotas y de pérdidas, pero que, a pesar de lo truculento de la letra, siempre le había transmitido paz. Era como las canciones de cuna, en su mayoría las letras son terribles y solo sirven para asustar a los niños, pero están ancladas en nuestro subconsciente como momentos de paz y que asociamos al cariño de nuestras madres. A pesar de que hablen de cocos que se comerán niños o de la guerra a la que se fue Mambrú.

Estaba tan absorto en sus pensamientos, cantándole a la yegua mientras pasaba de forma de mecánica su mano con el cepillo sobre su lomo, que no oyó que alguien entraba en el establo. Youki se quedó de pie apoyada contra el quicio de la puerta viéndole en un estado casi hipnótico. Parecía que todo el mundo había desaparecido y solo quedaban él y la yegua de pelaje negro. Sintió algo de vergüenza al darse cuenta de que estaba espionando un momento muy íntimo en el que Ferguson parecía ajeno a todo. Se aclaró la garganta para llamar su atención y él pareció salir del trance.

Sonrió al verla, pero no dejó de ocuparse de la yegua. Youki se acercó con paso vacilante y se quedó frente a él con las manos en los bolsillos.

—Hola.

—Hola —respondió él. Su mirada se perdió en los ojos de Youki, tan oscuros, tan insondables, tan fuera de su alcance, pensó con tristeza. Ella pareció leerle la mente y franqueando los pocos pasos que les separaban se puso de puntillas para darle un beso en los labios. La yegua piafó y se alejó de ellos.

Él dejó que el cepillo cayera al suelo y rodeó la fina cintura de Youki con sus brazos. El tiempo parecía haberse detenido a su alrededor. Cuando se separaron, Youki se pegó contra su pecho y él aspiró el olor a lavanda de su cabello. Se quedaron unos minutos así, ella oyendo el rítmico golpear del corazón de él dentro del pecho, y él respirando el aroma de ella.

Cuando al fin se separaron, él la miró a los ojos y le sonrió.

—Dime que me quede y lo haré.

—No puedo... Esa decisión solo puedes tomarla tú...

—Pues me quedo.

—Pero no de manera precipitada —le respondió con una sonrisa—. Tienes que pensar en tu familia, en William que es como tu hermano, en tu gata, en la señora Harris... No es una decisión que puedas tomar de forma impulsiva.

—El que sopesa los pros y contras y hace listas para todo es Edward, yo soy más visceral, más salvaje, si algo me gusta, no lo dudo. Y tú me gustas, Youki, más de lo que pensé que fuera posible. Y la sola idea de separarme de ti me asusta más que una tormenta sobre el Old Man of

Storr.

—A mí también, pero no es tan sencillo, hay que ver la imagen completa. Yo... Yo no puedo tomar esa decisión ahora, necesito tiempo.

Ferguson asintió en silencio. Entendía que ella pudiera tener dudas, aunque para él estaba claro como el agua, Youki era lo que siempre había estado esperando, un sueño hecho realidad, y no pensaba dejarla escapar.

—Está bien, de momento no me voy a ir a ningún lado, tómate el tiempo que necesites para darte cuenta de que estamos hechos el uno para el otro.

Ella se soltó de su abrazo y le lanzó una sonrisa torcida.

—Muy seguro estás tú, ¿no crees?

—Uno de los dos tiene que estarlo —respondió con una de esas sonrisas que traían luz a cualquier estancia.

—Venga, vuelve al trabajo o vas a conseguir que Juanjo te despida si te ve haciendo el vago.

Ella se dirigió a la puerta y le lanzó una última mirada antes de marcharse. Él estaba de pie mirándola fijamente, dejándole claro que ella podía alejarse, pero que él seguiría ahí para ella.

## Capítulo 24

Ferguson había llamado a Will, había algo que necesitaba urgentemente hablar con su mejor amigo. Llevaba días dándole vueltas a una idea, seguramente la idea más disparatada que se le había ocurrido nunca, y necesitaba el consejo de William. Estuvieron hablando durante unos instantes de banalidades, algo que a Ferguson se le daba realmente mal, pero se le daba aún peor abrir su alma y sincerarse. Le costaba mostrar esa parte de sí tan íntima, incluso a alguien que lo conocía de toda la vida como era William. Pensaba que compartir con alguien lo que de verdad llevaba dentro lo hacía parecer frágil, y por eso tenía tendencia a guardárselo todo para sí. Aunque ahora necesitaba compartir, y no se le ocurriría nadie mejor que su mejor amigo.

—Will, hay algo que tengo que contarte.

—Lo sé, llevas hablando del tiempo y de la pesca del salmón veinte minutos —respondió con una risotada que era contagiosa.

—Creo que siento algo por Youki y es posible que ella sienta lo mismo por mí.

—Algo así me pareció ver el día que vinisteis a cenar a casa, se notaba que había una conexión muy fuerte entre vosotros.

—¿En serio? Yo pensé que estábamos siendo discretos.

—Lo intentasteis —dijo riéndose de nuevo—. Pero esas cosas se notan. Además, te conozco de toda la vida, ¿crees que no me iba a dar cuenta si te enamoras? Creo que la última vez que te vi con los ojos tan brillantes fue cuando el Celtic de Glasgow entró en la Champions.

Otra risotada al otro lado del teléfono. Ferguson sintió cómo se relajaba, por lo visto, lo más difícil era empezar a hablar, una vez que uno se lanza, es mucho más sencillo.

—Pues el caso es que me gustaría quedarme un poco más. Mi contrato aquí se acaba la semana que viene y Juanjo, bueno, el capataz de la explotación agrícola, está contento conmigo y he pensado que podría pedir otro mes más de prueba.

El silencio se hizo al otro lado de la línea y Ferguson cerró los ojos con fuerza. No quería defraudar a William, era su mejor amigo, era prácticamente su hermano, y su confianza era muy importante para él.

—Por supuesto —dijo tras lo que pareció una pausa larguísima—. Supongo que podremos

apañárnoslas sin ti. Hablaré con Recursos Humanos, es lo bueno de ser el jefe, no tengo que dar explicaciones a nadie, solo órdenes.

Volvió a reírse y sonó como el agua de una cascada estrellándose contra las rocas.

—Quédate el tiempo que necesites, yo me encargo de mantener el barco a flote en tu ausencia. Aunque te voy a echar de menos, Edward no es tan buen acompañante para ver el rugby como tú.

—Gracias, Will. Eres un buen amigo.

—¡Qué va! Soy un amigo normalucho, tú estás en otro país tratando de convencer a la amiga de mi exnovia para que me dé una segunda oportunidad. ¡Eso es amistad! Y ahora, cuéntame en detalle vuestra historia, ya que yo estoy a dos velas, al menos que pueda vivir a través de los demás.

Ferguson no se hizo de rogar y le contó cómo supo desde la primera vez que la vio que ella era la mujer indicada para él. Le habló del parto al que había asistido, de sus primeros encuentros que no fueron precisamente fáciles, de la feria de la montaña y del plan disparatado que Edward y Diana había preparado. Tras eso siguieron hablando de todo y de nada como tenían la costumbre de hacer. Ferguson se dio cuenta de que, si realmente decidía quedarse en España con Youki, esos momentos de complicidad con Will serían mucho más raros, y que incluso existía el riesgo de que la distancia fuera demasiado y acabara completamente con su amistad.

\*\*\*

Los hombres del pueblo habían convencido a Ferguson de acompañarlos ese sábado a una jornada de pesca. Seguían llamándole lord, sobre todo porque sabían que era un sobrenombre que detestaba y eso les hacía reír, pero se había integrado perfectamente en el ambiente del pueblo. Era como si siempre hubiera pertenecido ahí, su español había mejorado notablemente desde que había aterrizado en España, y, aunque su acento era bastante marcado, se podía comunicar con todos sus vecinos.

Ferguson tenía planes, así que Youki decidió que era un día perfecto para ir a desconectar a la piscina municipal. Un capazo con bikini, un buen libro y toneladas de crema solar para proteger su sensible piel del inclemente sol español. Era el plan perfecto.

Tras un par de horas alternando entre hacer largos en la piscina y secarse al sol en el césped decidió que era el momento de hacer un alto en el bar del recinto. Se pidió una tapa de magra con tomate y una cerveza bien fría mientras miraba distraída la piscina. Los niños saltando en bomba mientras los padres corrían detrás de ellos, las adolescentes en el borde de la piscina cuchicheando sin parar, las mujeres mayores nadando con un churro entre las piernas para fortalecerlas. Una estampa de lo más costumbrista.

Luego pensó en Ferguson, en esos días al fresco que había vivido mientras estaba en Escocia con él. En el pescado con patatas fritas o en la salchicha de tripas que comparó de forma inconsciente con su magra. Dio un largo suspiro, le costaría demasiado renunciar a todo esto.

Ella era española, por mucho que sus rasgos evocaran un país lejano y una cultura distinta. Llegó a Madrid con menos de un año, todo lo que conocía era español, sus amigas, sus padres, sus costumbres... Escocia estaba bien para unas vacaciones, para desconectar de la rutina, pero no se imaginaba viviendo allí continuamente.

Cuando Emma volvió de su viaje por las Tierras Altas venía maravillada, diciendo que había sentido una extraña conexión con ese país, como si su alma estuviera recordando algo que ya había vivido. Ella no sintió nada de eso. Edimburgo le gustó, pero tanto como le habían gustado Roma o Londres. No había conexión mística, nada que la atara a aquella tierra, sin embargo, sí que había cosas que la ataban aquí.

Pagó la cuenta y volvió a su toalla. Otra de las cosas españolas que más le gustaba era la siesta después de comer. Movi6 sus cosas para resguardarse del sol bajo la sombra de un árbol y se permitió echar una cabezadita. Sus sueños no la llevaron a montañas escarpadas y verdes praderas, pero la persona que la acompañaba en ellos era siempre la misma: pelo moreno, ojos azules y una eterna sonrisa en su rostro.

\*\*\*

Por la tarde volvió a su casa con la piel más morena y el espíritu tranquilo y relajado. Tras una buena ducha y un buen mont6n de crema hidratante decidió que era el momento perfecto para pasar un rato cotilleando los *stories* de sus amigos en Instagram. En la piscina le gustaba disfrutar sin presiones, dedicándose exclusivamente a ella, y por eso procuraba leer un libro en vez de centrarse en el móvil.

Iba pasando distraída las fotos y vídeos de sus amigos cuando una le llamó poderosamente la atención. Emma estaba en una fiesta en una piscina y estaba en actitud más que cariñosa con un joven. Seguramente era el tipo que conoció en la Liga contra el Cáncer. ¿Sergio? ¿Arturo? No recordaba su nombre ahora, pero le sonaba que Emma le había hablado de él. Pero lo peor no era que tuviera una foto con él, es que había decenas. Cogiéndose de la cintura, ella sentada en sus rodillas, compartiendo un mojito cada uno con su pajita.

Estaba claro que todo el plan de William para recuperar a Emma se centraba en que ella aún tuviera sentimientos por él, pero esas fotos mostraban un panorama muy diferente. Decidió hacer varias capturas de pantalla y mandárselas a Diana, ella sabría qué hacer.

Apenas unos segundos después de ver el doble *check* azul en WhatsApp su teléfono empezó a sonar.

—¿Es qué no puedo tomarme ni un sábado tranquilo sin que alguien la líe? —preguntó en guisa de saludo cuando Youki descolgó.

—¡Eh! Que yo he estado muy tranquila en la piscina sin darte quebraderos de cabeza.

—Ya hablaremos tú y yo tranquilamente de tu highlander, que parece que no sois capaces de echaros un novio que viva cerca del Retiro... Mira, mejor hablamos esto en persona, llego a tu

casa en veinte minutos.

Y sin mediar ni una palabra más, cortó la comunicación. Youki sintió un ataque de pánico y se puso a ordenar y limpiar un piso que ya estaba limpio y ordenado, pero Diana surtía ese efecto en todo el mundo. Justo cuando estaba descorchando una botella de rosado el timbre de la puerta sonó y la rubia apareció en su puerta con un gesto de preocupación.

—Bueno, ¿quién es ese tipo y qué hace con Emma?

—Es Héctor, no es que me acordara, es que lo han etiquetado junto a Emma en varias fotos. Llevo un buen rato en Instagram y Facebook tratando de saber más sobre él.

—Perfecto, ya hemos respondido a la pregunta del quién, ahora necesito saber qué hace con ella.

—Pues verás, ¿te acuerdas de que le dijimos que la mejor forma para olvidarse de William era acostándose con otro? De hecho, fuimos bastante insistentes en ese aspecto, la verdad. Pues bien, me da la impresión de que, por primera vez en su vida, Emma nos ha hecho caso.

Diana miró a Youki levantando una ceja y esta sintió un escalofrío recorriendo su espalda.

—¿Te parece gracioso? Porque a mí no me hace ninguna gracia esta situación, así te lo digo. ¡Sé lo que le dijimos! Pero una cosa es meter a un tío en tu cama y otra irse de fiesta con él y sus amigos. Sabes que una parte fundamental de que Emma vuelva con William es que esté libre para poder volver con él, ¿verdad?

—Lo sé, pero, y es solo un pero, ¿qué pasa si Emma ha realmente olvidado a William y ahora está enamorada de Héctor?

En cuanto las palabras brotaron de los labios de Youki supo que lo que estaba diciendo era una tontería. Y no una de las pequeñas. Había visto a su amiga no hacía mucho y podía leer en sus gestos y en su mirada que seguía sintiendo algo por William. El pobre Héctor estaba siendo simplemente un apósito que poner sobre una herida aún abierta. Diana se limitó a levantar una ceja a modo de respuesta.

—Tienes razón —admitió Youki—, pero ¿qué quieres que hagamos? Emma ya es mayorcita y toma sus propias decisiones.

—Emma está más perdida que un pulpo en un garaje, lo mismo que te pasaba a ti con Ferguson, así que no me vengas con esas. Además, piensa en el chaval, no lo conozco, pero por lo que nos ha contado Emma parece un buen tipo, y ella solo lo está usando para olvidar a William. No es justo ni para él ni para ella.

—Pero no podemos irrumpir en su casa echando la puerta abajo para separarlos.

Diana dio un golpe en la mesa que hizo temblar las copas y consiguió sobresaltar a Youki.

—Eso es precisamente lo que vamos a hacer.

—¿Qué?

—Que eso es lo que vamos a hacer. Mañana iremos a su casa a hablar con ella.

—Pero...

—Gracias, Youki, has tenido una idea increíble.



—No si yo...

—Que sí, que sí, no te quites mérito. Gracias, de verdad. Y ahora, ¿qué te parece si nos ponemos una peli y pedimos sushi para cenar?

Diana no esperó a que Youki respondiera y sacando su móvil se dispuso a pedir comida a uno de sus restaurantes favoritos. Youki estaba tan aturdida por la conversación que acababa de vivir que obedeció sin rechistar y se puso a mirar en el catálogo de Netflix qué película podrían ver juntas.

Tenía la sensación de que Diana había vuelto a jugar con ella utilizándola como un peón en sus planes, pero no fue capaz de decir nada pues, a ciencia cierta, no encontraba nada reprochable en lo que había dicho su amiga.

## Capítulo 25

**Y**ouki y Diana se vieron en una terraza para desayunar y comentar qué había pasado finalmente con Emma. En un primer momento Youki estuvo de acuerdo en acompañar a Diana a su casa, pero conforme iban hablando del plan, más descabellado le iba pareciendo y al final decidió quedarse en casa y no tener nada que ver con el escándalo que, estaba segura, Diana iba a montar.

Llegó la primera a la cafetería y esperó pacientemente con el periódico de la mañana a que su amiga hiciera acto de presencia. Poco después de las diez de la mañana, Diana hizo acto de presencia y se sentó a su lado tras haber pedido un café con leche al camarero, que no le quitaba ojo de encima.

—Bueno, ¿cómo ha ido todo? —preguntó Youki cerrando el periódico y concentrando toda su atención en su amiga.

—Bastante bien, aunque haya tenido que hacerlo sola porque alguien se rajó en el último momento —respondió con una sonrisa maliciosa.

—Es que...

—No trates de excusarte, no es necesario. Pues mira, llamé tranquilamente a la puerta, pero como no respondían, lo hice con algo más de insistencia.

—Vamos, que pensaban que los geos con el ariete estaban echando abajo la puerta, ¿verdad?

—Algo comentaron, pero sí, básicamente fue eso. Le dije a Emma lo que pensaba, que estaba jugando con Héctor y que el muchacho no se lo merecía. Que para un polvo estaba bien, pero que eso no es lo que él necesitaba. Y que si no podía quererlo como se merecía, pues a lo mejor, debería dejarlo ya antes de hacerle más daño.

—¿Y qué respondió?

—Que no lo quería como él se merecía. Y en ese momento entró el chico en la cocina y se enteró de todo.

—¿En serio? Pobrecillo...

—Sí, pero al menos ahora sabe exactamente lo que hay y no se hace ilusiones en vano.

—¿Y Emma?

—Pues igual de destrozada que él, pero al menos anoche llegó al orgasmo. —Se encogió de hombros y Youki no pudo reprimir una carcajada.

—¿Crees que estamos haciendo lo correcto?

—Estoy convencida, solo espero que Emma no nos odie por esto.

Se quedaron en silencio unos instantes, estaban pasando muchas cosas en poco tiempo y a veces costaba asimilarlas todas.

—¿Y tú? —preguntó al final con esa mirada de jefa de ventas tratando de evaluar la rentabilidad de un producto.

—Yo estoy bien... Eso creo... Bueno, en verdad no lo sé. El otro día nos besamos en el establo. En verdad fui yo quien lo besó.

—¿Y luego os lo montasteis en medio del heno? Creo que he leído un libro de Johanna Lindsey en el que pasa exactamente eso.

—¡No! Y creo que yo también he leído ese libro —respondió sonriendo—. Solo fue un beso y él me dijo que se quería quedar aquí.

—Eso es bueno, ¿no?

—Pero ¿y si no funciona? ¿Y si lo dejamos y me echa la culpa por haber abandonado su país y su familia para venir aquí conmigo?

—¡Alto ahí, amiga! No llevamos las mujeres luchando desde siglos para conseguir nuestra independencia para que vengas tú ahora a echar por tierra años de feminismo. Vamos a ver, tú eres responsable de tus actos y tus motivaciones. Y él es responsable de los suyos, como cualquier otra persona, de hecho. Si él se viene, es su decisión, no tuya. Que nadie te haga pensar que tú eres la culpable de las cosas que han decidido ellos, que esa es una de las formas más clásicas de control que tienen los maltratadores. ¿Me entiendes?

—Sí, por supuesto, pero...

—Pero nada. Si él decide voluntariamente venir, sin que tú le pongas una pistola en la cabeza, es su decisión. Y si dentro de un tiempo la cosa no funciona, no podrá echarte la culpa a ti de haber abandonado su trabajo y su familia. ¡Basta ya de que las mujeres se echen sobre sus espaldas todas las culpas del mundo!

—Entonces, ¿qué hago?

Diana la miró con una ceja levantada y una sonrisa torcida en el rostro.

—La única que puede responder a eso eres tú. Yo no recuerdo haberte visto tan feliz nunca, pero esa es mi impresión desde fuera. La que sabe lo que pasa dentro de esa cabecita y dentro de ese corazón eres tú, así que te va a tocar decidir qué necesitas para ser feliz.

—Hoy estás muy en plan Paulo Coelho, ¿no te parece?

—Estoy en plan «tu vida es tuya y de nadie más, haz lo que te haga feliz y no me des la turra». Las dos soltaron una carcajada.

—Nunca imaginé que te oiría pronunciar la expresión «dar la turra».

—¡Pues imagínate cómo tengo que estar de harta para decir algo semejante!

Volvieron a reírse disfrutando de esos momentos de complicidad. Diana aparentaba ser fría y distante, pero Youki sabía que en el fondo era mucho más. Aunque ella tratara de hacerse la dura y de aparentar que no tenía sentimientos.

—Lo entiendo, aunque no me refería a eso. ¿Le cuento a Emma que estoy con Ferguson? Porque entonces me va a preguntar qué hace él aquí, y tendría que contarle todo nuestro plan para que ella perdone a Will.

—No había pensado en eso...

—Me sorprende viniendo de ti.

—Y a mí también, no te creas. Creo que estoy pasando demasiado tiempo con vosotras y estoy perdiendo facultades. Por lo general barajo todas las variables posibles, pero esa se me había escapado. De momento no le digas nada, ya veremos cómo se lo contamos, ¿te parece?

—¿Un amor secreto con un highlander? ¡Esto sí que es material para una novela!

Diana negó en silencio mientras sonreía. Al menos una de sus amigas iba a ser feliz, ahora tocaba ocuparse de la otra.

## Capítulo 26

Ferguson temblaba de pies a cabeza, como una hoja mecida por el viento del otoño que está a punto de caer. Youki le había invitado a su casa para cenar. Navegaba entre la esperanza y el más puro desasosiego cambiando de parecer cada cinco minutos. Podría ser que ella le preparara una cena romántica y acabaran haciendo el amor a la luz de las velas en su habitación, pero también podía ser que simplemente quisiera cortar con él en persona.

Transpiraba y no solo porque estuvieran en pleno verano, sino porque los nervios estaban afectando. Youki era la mujer de su vida, cada vez lo tenía más claro. El tiempo que había podido pasar con ella en Escocia se lo había demostrado sin ningún atisbo de duda. Era perfecta, y él se había enamorado de ella como un colegial, con frenesí y sin miedo.

Y de esta guisa llegó al apartamento de Youki. Para no aparecer con las manos vacías, había comprado una cesta de fruta de verano en el mercado local del pueblo. Le parecía que era un regalo mucho mejor que una botella de vino.

Cuando la puerta se abrió apareció ella, con el pelo suelto cayendo en una interminable cascada negra. Sus ojos, más rasgados que los de cualquier española y que no podían ocultar su ascendencia asiática, miraban divertidos a Ferguson. Se puso de puntillas y le dio un ligero beso en los labios.

—Llegas muy puntual.

—Gracias, siempre me ha parecido de muy mala educación llegar tarde. Toma, esto es para ti.

Ella tomó la cesta de sus manos y esbozó una sonrisa.

—Si llego a saber que ibas a pasar por el supermercado te hubiera pedido gel de ducha y macarrones.

Él le dirigió una mirada contrariada y ella no pudo evitar romper a reír.

—Te estoy tomando el pelo. ¡Me encanta! Creo que es mucho mejor que una botella de vino.

—Eso mismo me he dicho yo.

Pasó al salón, que era como Youki, sencillo y acogedor. No había adornos superfluos ni colores demasiado brillantes, era una perfecta armonía. Ferguson se sintió a gusto en cuanto puso un pie ahí dentro.

—Bueno, no soy la mejor de las cocineras, te lo advierto, pero he hecho dorada a la sal, que es un plato con el que no se puede fallar.

—Por mí está perfecto —respondió él sentándose en el sofá gris oscuro.

—He visto a Emma —soltó de sopetón, y Ferguson cambió de postura echándose hacia adelante y apoyando los codos en las rodillas—. Se ha echado una especie de novio que es voluntario con ella en la Liga contra el Cáncer.

Ferguson soltó un bufido y negó en silencio.

—Pero Diana se ha presentado en su casa y bueno... Parece que ya no están juntos. Es una lástima porque él parecía un buen chico, pero Emma solo lo estaba utilizando para olvidar a William, y Héctor no se merecía ser empleado como un clínex por una mujer que no está verdaderamente interesada en él.

—Bueno, no pasa nada, eso era algo previsible. Emma es una chica preciosa, inteligente y simpática, no me sorprende que haya encontrado alguien que llene su corazón. Pero ¿estás segura de que no está enamorada de ese tipo?

—Completamente, ella misma lo ha reconocido y él pobre se ha ido con el corazón roto.

—Lo siento por él, pero no se puede luchar contra el destino.

Se quedaron en silencio, Ferguson se miraba la punta de los zapatos y Youki se removía incómoda en la silla en la que se había sentado.

—¿Y ahora qué?

—Pues no lo sé, y Diana tampoco lo sabe, lo cual no sé si me alegra, porque eso demuestra que es humana, o me aterra, porque sin ella no sabemos qué hacer.

—Además que las vacaciones de verano están a la vuelta de la esquina y siempre es fácil encontrar el amor en bañador en el borde de una piscina —puntualizó Ferguson.

—¡Uy! Por eso no te preocupes, este año nos vamos de vacaciones a Escocia —contestó Youki, y disfrutó de la cara de estupefacción de Ferguson.

—¿Qué dices que vais a hacer?

—Nos vamos a Escocia. Es la despedida de soltera de Laura y la hemos preparado durante meses, iremos a la isla de May y a ver los juegos de las Highlands en Perth.

—Repite eso.

—¿El qué? ¿Lo de la isla de May o lo de los juegos de las Highlands?

Ferguson se puso en pie de un salto sin poder contener la emoción.

—¡Es perfecto! Es simplemente perfecto —atrapó la cara de Youki entre sus manos y le dio un largo y húmedo beso.

—No sé qué he dicho para que te pongas tan contento, pero tengo que ir a sacar el pescado del horno, aunque cuando terminemos quiero que sigamos exactamente desde aquí —dijo ella con una sonrisa antes de escabullirse hacia la cocina.

Sirvió la lustrosa carne del pescado acompañada de patatas al horno y un vino blanco. Se sentaron en la mesa de la cocina, no era el espacio más acogedor de la casa, pero la otra opción

era haber tenido que comer sentados en el sofá con el plato en las rodillas.

—Bueno, ¿vas a compartir tu genial idea conmigo? Hace un rato parecía que acababas de ganar el Gordo de Navidad.

—¿El qué? —preguntó él con los ojos desorbitados provocando que Youki soltara una carcajada.

—Nada, ya te lo explicaré en otro momento, ahora es tu turno.

—Los juegos de las Highlands de Perth son dentro de algo más de un mes y ese es el momento perfecto para que William recupere a Emma.

—¿Cómo? ¿Demostrando su virilidad lanzando troncos?

—¿Qué mujer no caería a los pies de un hombre que hiciera eso? —bromeó él—. No, hay una prueba que es por parejas. El chico coge a la mujer, se la echa a la espalda y debe recorrer un camino lleno de obstáculos. Los primeros en llegar a la meta se llevan el peso de la mujer en whisky.

El tenedor de Youki se paró a mitad de camino de su boca.

—Dime que eso es una broma.

Ferguson negó en silencio con una sonrisa pintada en el semblante.

—Eso es machista, degradante, bárbaro...

—¿Y la mejor oportunidad de Will para recuperar a Emma?

—Y la mejor oportunidad de Will para recuperar a Emma —aceptó a regañadientes Youki—. Pero nunca convenceremos a Emma para que participe con William en esa carrera.

—Digamos que... no le dejaremos más opciones.

—¡Eso me parece indignante!

—Mira, haremos una cosa, tú sondea el terreno, entérate si Emma sigue sintiendo algo por William, si está dispuesta a darle una segunda oportunidad.

—Tercera —apuntó Youki.

—Tercera oportunidad. Y si es así, seguimos con el plan. Si Emma ha pasado página, si ha olvidado a William, o si se os ocurre cualquier otra idea, abortamos la misión y ya está.

Youki meditó en silencio durante unos instantes.

—Vale, me parece un trato razonable —dijo tendiéndole una mano por encima de la mesa para que se la estrechara como si estuvieran firmando un contrato.

La conversación fluyó por derroteros más tranquilos hasta que llegaron al postre, un tiramisú que Youki había comprado en una tienda italiana debajo de su casa y que solo sirvió en dos recipientes elegantes.

—Bueno, ahora que parece que Emma y Will pueden llegar a tener su final de cuento de hadas, ¿qué pasa con nosotros?

Youki miró su postre tratando de encontrar en el mascarpone y el café la respuesta a esa pregunta.

—Creo que debemos intentarlo.

Ferguson ya se estaba poniendo de pie para abrazarla, pero ella levantó un dedo imperiosa y él se sentó de nuevo.

—Si esto falla, por los motivos que sean, no quiero que me eches la culpa diciendo que yo te obligué a dejarlo todo para venir aquí conmigo.

Él asintió en silencio.

—Nada de toqueteos ni de comportamientos inadecuados en el trabajo, soy una veterinaria muy profesional y no pienso perder mi estatus por un tío.

Él volvió a asentir.

—Y creo que eso es todo.

—¿Me... me puedo levantar ahora para estrecharte en mis brazos y hacerte el amor contra la encimera? —preguntó Ferguson con una sonrisa de medio lado.

—Pobre de ti como no lo hagas —rio ella.

Ferguson podría tener muchos defectos, pero, desde luego, era un hombre de palabra. Levantó a Youki en brazos y la apoyó contra la encimera de la cocina mientras le cubría el cuello de besos y le desabrochaba los botones de la blusa.



## Capítulo 27

Para huir del calor asfixiante de Madrid en julio habían decidido cogerse unos días y escaparse a Ávila. Necesitaban unos días de desconexión lejos del asfalto que absorbía el inclemente calor del sol y lo devolvía a los madrileños impidiendo que el ambiente se refrescara incluso por la noche.

Así que se habían escapado unos días a un hotel con *spa* y piscina. La mayoría de los alojamientos de la zona eran de tipo casa rural, pero para gente que trabaja cada día en el campo, lo que realmente les apetecía era sentirse como en un palacio durante unos días. Por supuesto, no se quedaron solo en el hotel, aprovecharon para hacer excursiones por la zona, internándose en los bosques de la sierra de Gredos.

Ese era uno de esos momentos en los que estaban prácticamente solos en la piscina del hotel. Eran las dos de la tarde y todo el mundo estaba en el restaurante comiendo y ocultándose de esa bola de fuego que desprendía calor de forma inhumana. Él estaba sentado en el borde la piscina con las piernas dentro del agua y observaba como Youki hacía largos con movimientos fluidos y elegantes.

Realmente todo en ella le parecía fluido y elegante. A pesar de tener un trabajo rudo y pasar muchas horas a la intemperie, seguía teniendo una gracia natural. Llevaba un bañador de una sola pieza azul marino con ribetes blancos que resaltaba su piel bronceada. Ferguson soltó un largo suspiro y se metió en el agua para escapar del calor. Ella le alcanzó y se quedaron los dos mirándose en el borde la piscina.

—Gracias, esto es exactamente lo que necesitaba —dijo Youki acercándose a Ferguson y dándole un beso en la boca.

Iba a ser un ligero contacto, pero estaban solos y empapados y él la soltó del borde de la piscina para estrecharla contra su cuerpo al tiempo que la besaba de forma mucho más profunda. Regodeándose en su boca, jugando con su lengua y sintiendo sus pezones contra su pecho.

Ella le dio un último beso estrechándose aún más contra su cuerpo antes de apoyarse en el borde la piscina y salir despedida nadando de espaldas.

—No te vayas... —le suplicó él.

—Si me quedo, saldremos en un vídeo de esos que se hacen virales tipo «dos extranjeros montándose sin pudor en una piscina» —rió mientras volvía a hacer largos.

Ferguson metió la cabeza debajo del agua, tras ese breve encuentro con Youki sentía que tenía más calor que cuando estaba fuera de la piscina. Esa mujer lo ponía a cien con solo estar cerca de él. Nunca había sentido algo así, y de repente entendió de qué hablaban todas las canciones de amor que había escuchado durante años.

\*\*\*

Tras pasar la tarde en la piscina decidieron salir a dar un paseo por la ciudad y su imponente muralla. Iban cogidos de la mano como dos enamorados, disfrutando de una tarde de verano. Se sentaron a descansar en un banco y Youki apoyó la cabeza contra el hombro de Ferguson. Él posó sus labios delicadamente sobre su coronilla para darle un beso.

—No quiero sonar muy cursi, pero este es el mejor momento de mi vida.

Ella soltó una risita apagada.

—Pues para no querer sonar cursi has soltado una cursilada de campeonato.

Ferguson la atrajo hacía él estrechándola con fuerza.

—Estoy hablando en serio. No sabía que podía sentir todas estas cosas. Siempre me ha gustado vivir mi vida de forma independiente, sin ataduras, pero desde que te conocí todo eso ha cambiado. Mi vida está donde estás tú, y la sola idea de perderte hace que me entren sudores fríos.

Ella se separó ligeramente de él para quedar cara a cara con esos ojos azules que le habían fascinado desde el primer momento.

—Eso que dices es muy bonito.

—No es solo bonito, es cierto, Youki. He tratado de convencerme de que esto era un encaprichamiento pasajero, que nuestra relación tenía fecha de caducidad, pero cuanto más tiempo paso contigo, más quiero pasar. No sé explicártelo. Lo siento aquí —dijo cogiendo las manos de ella y llevándoselas al lado izquierdo del pecho.

—Yo... Yo estoy abrumada ante tus palabras.

—No quiero abrumarte, no necesito que me digas que tú sientes lo mismo, solo quiero que lo sepas. Te quiero, Youki, más de lo que pensé que podía querer a alguien. Y si tú aún no puedes decírmelo, no pasa nada. Pues mi amor es suficiente para los dos.

Ella sonrió y sus ojos se achinaron un poco más de lo normal.

—Yo también te quiero, Ferguson —reconoció antes de fundirse en un beso.

No le gustaba mostrar ese tipo de vulnerabilidad, pero sabía que con Youki era lo indicado. Había tratado de negar sus sentimientos durante un tiempo, pero se daba cuenta de que era una empresa baldía. Estaba enamorado, con ese amor que te devora las entrañas y te hace cometer locuras. Ese amor que solo se tiene una vez en la vida y que, si se deja escapar, ya no vuelve.

Ferguson puso en ese beso todo lo que él era, un escocés solitario, sin grandes pretensiones que prefería limpiar bosta de caballo que ponerse un traje y trabajar en un despacho. Un desharrapado que parecía haber estado perdido dando vueltas en círculos hasta que su mirada se topó con los ojos de Youki. Ahora bebía de sus labios como un náufrago cuando es rescatado. Quería que ella supiera todo eso. Que estaban hechos el uno para el otro, y que nada ni nadie podrían nunca separarlos.

\*\*\*

Cuando volvieron del viaje lo hicieron ya como una pareja sin miedo. Pasearían por el pueblo sin esconderse, aunque en el trabajo mantendrían las distancias. La intensidad de Ferguson era contagiosa y Youki decidió que, si él estaba dispuesto a intentarlo, ella le seguiría. Estaba dando un paso al vacío, y su natural analítico le decía que debería considerar la situación de forma pausada, pero algo en su interior la invitaba a dejar de lado sus dudas y lanzarse a dar el salto.

Así que una mañana le preguntó a Ferguson si quería dejar la pensión en la que estaba y mudarse a su piso. Lo dijo mientras miraba los cereales de avena que estaba tomando, si él decía que no, le costaría superar el golpe y por eso evitaba su mirada. Pero él se puso en pie de un salto y cogiéndola en brazos le susurró al oído que eso sería un honor. Así que puso sus escasas pertenencias en una maleta y las llevó a casa de Youki. Nada inusual, nada fuera de lo común, y, sin embargo, era la primera vez que vivía con alguien desde que comenzó el internado en Escocia más de diez años atrás.

En el pueblo vieron su relación como lo más normal del mundo, todo el mundo lo sospechaba y a nadie le sorprendió que esos dos jóvenes, tan diferentes en apariencia, pero tan parecido en lo importante, hubieran decidido estar juntos. William recibió la noticia de la dimisión de Ferguson con un sentimiento agrídulce, por un lado, le encantaba la idea de que su amigo fuera feliz, pero, por otro, no tenerlo cerca sería un duro golpe para él.

Durante las vacaciones de verano, Ferguson viajaría a Escocia a recuperar el resto de sus cosas, lo que incluía a Coffe. Esperaba que la gata fuera capaz de adaptarse al clima español y no echara de menos el *cottage* cuando se encontrara sola en el apartamento de Youki. Él seguiría conservando su propiedad, y la señora Harris pasaría de vez en cuando a echar un vistazo. Además, siempre podía ponerla en alquiler cuando él no estuviera, pero no estaba todavía dispuesto a despedirse de esos muros que habían sido más su hogar que la propia casa de sus padres.

Y eso llevaba hasta la gran pregunta, cuándo le iban a decir a Emma que estaban juntos. Los días pasaban y sin darse cuenta llegó la fecha indicada para el viaje de chicas que tenían planeado desde hacía meses. Iban a estar una semana las cuatro solas, seguro que encontraría algún momento para hablar con Emma y contarle su relación con el mejor amigo de su exnovio.

Pero mientras ese momento llegaba, ella preparaba su maleta, recogía su tarjeta de embarque y

se dirigía hacia el aeropuerto para celebrar la despedida de soltera de una amiga y tratar de que otra volviera con el amor de su vida.

## Capítulo 28

Edimburgo las recibió entre brumas y gotas de lluvia. Nada fuera de lo común, se dijo Youki para sí misma, pues salvo Diana, nadie más sabía que ya había visitado Escocia. Diana conducía con una soltura inusitada por el lado izquierdo de la carretera, Laura tenía la cara pegada al cristal como un niño en su primera excursión con el colegio y Emma miraba nostálgica por la ventanilla. Youki suponía que estar de nuevo allí le tenía que estar despertando recuerdos que ella ya daba por olvidados.

Notaba cómo su amiga disfrutaba del viaje, pero sin estar realmente presente. De vez en cuando notaba que tenía los ojos brillantes, como si tratara de retener el llanto con todas sus fuerzas.

Todas habían estado en Edimburgo salvo Laura, y ella fue la que mejor se lo pasó. La primera vez que puso un pie en un pub fue realmente épica. Acabó hablando con medio pub, a pesar de tener un inglés desastroso, menos mal que los escoceses son las personas más amables del planeta. Retó a unos chavales a una partida de dardos que acabó perdiendo. Se bebió su peso en pintas de cerveza y tras alabar a una chica su pintalabios, esta fue tan maja que se lo acabó regalando. Ellas la miraban divertidas pues sabían que por mucho que lo intentaran, no podrían ponerle freno.

Diana salió a hacer una llamada y Laura estaba en plena partida de dardos, con lo que Youki pensó que era un buen momento para entablar conversación con Emma.

—Bueno, ¿cómo estás?

Su amiga se encogió de hombros y dio un sorbo a su bebida.

—Estoy bien. A ver, no te voy a negar que estar aquí despierta muchos recuerdos, de hecho, hemos pasado por delante del piso de William hace un rato.

Youki ya lo sabía, ella misma había estado en ese mismo piso tan solo unas semanas antes.

—Las luces estaban apagadas, supongo que estará de viaje, o en alguna de las casas que su familia tiene repartidas por todo el país.

—Ya... Pero no me estás contando cómo estás en realidad.

Emma la miró a los ojos largamente y notó como las lágrimas pugnaban de nuevo por salir,

pero parpadeó un par de veces para evitarlo. Sabía que, si se abría esa puerta, le iba a costar muchísimo esfuerzo cerrarla.

—Qué bien me conoces, You. Pues mira, estoy hecha una mierda, así te lo digo. La primera vez que vine a Escoci, noté una conexión con esta tierra, que sé que suena a chamanería barata, pero es la realidad. Yo sentí que pertenecía aquí de alguna manera, incluso me estuve planteando por un breve espacio de tiempo pedirme un año sabático y venirme aquí con William porque algo dentro de mí me decía que este era mi sitio.

Youki asintió en silencio dejándola continuar.

—Y ahora estoy de nuevo aquí, y, a pesar de que siento esa misma conexión y esas ganas de dejarlo todo para venirme aquí, sé que no puedo hacerlo. Porque si lo hago, me lo podría volver a cruzar, y no puedo permitirme eso.

—¿Por qué no?

Emma soltó una carcajada amarga.

—Pues porque todavía le quiero, y la idea de volver a verlo me partiría el corazón.

Emma se parapetó detrás de su cerveza y Youki supo que lo que había dicho era producto de la más profunda sinceridad. No sabía si el alcohol había ayudado a soltarle la lengua a su amiga, o simplemente necesitaba sacar lo que tenía dentro como una forma de exorcizar esos demonios. Pero al menos sabía algo con certeza, Emma seguía enamorada de William y el disparatado plan de Ferguson podía funcionar.

Salieron del pub sujetando a Laura entre las tres que iba cantando *Asturias, patria querida* a pleno pulmón. Por lo visto, los habitantes de esa zona de la ciudad ya debían estar acostumbrados a los borrachos saliendo del pub, pues ninguno abrió una ventana para tirarles un cubo de agua, que era lo que Youki temía.

\*\*\*

Al día siguiente dejaron a Laura dormir la resaca en el piso que habían cogido en Leith, cerca del puerto, mientras ellas se iban a Edimburgo. Aprovechando que Emma estaba en la ducha, Youki le resumió a Diana la conversación que había tenido con ella la noche anterior.

—A ver, que yo me aclare —dijo la rubia—, el día que vamos a Perth a ver los Juegos de las Highlands, William aparece, se echa Emma al hombro como un cromañón moderno y participa en una carrera de obstáculos. ¿Y así piensa recuperar su amor? De verdad que los heteros sois rarísimos para algunas cosas.

Diana la miraba con una ceja levantada, pero el tono divertido de su voz le hizo entender que la idea no le parecía tan disparatada como quería aparentar.

—Está bien, hablaré con William para contarle tu plan.

—De hecho, fue idea de Ferguson —Youki se ruborizó al decirlo.

—Es verdad, que tú también te has dejado conquistar por un highlander. Dime, ¿cómo os va?

—Si digo que es un sueño hecho realidad, ¿estoy siendo muy cursi?

Diana se metió dos dedos en la boca fingiendo que le daban arcadas y Youki le dio un golpe en el hombro divertida.

—Es perfecto. Creo que es exactamente lo que necesitaba.

—Yo también lo creo, no te he visto nunca tan feliz.

—Ya... De hecho, se ha venido a vivir conmigo. —Youki miraba la mesa evitando los ojos de Diana—. Sé que es muy pronto, pero no lo iba a dejar viviendo en la pensión eternamente. Era lo lógico, que él se viniera a mi casa, así tenemos más espacio y...

Diana le puso una mano en el brazo.

—A mí no me tienes que convencer, supe que erais perfectos el uno para el otro cuando os vi en el restaurante aquella primera vez. Él es un poco rudo, pero se nota que bebe los vientos por ti. Además de que no le molesta que huelas a caca de vaca, y, sinceramente, no vas a encontrar muchos como él.

Las dos se rieron al unísono y Youki sintió que una carga que llevaba sobre sus hombros desaparecía. No es que fuera a cambiar de opinión, pero saber que Diana estaba de su lado era algo que le daba seguridad.

Emma salió de la ducha y las tres se fueron a Edimburgo. Ese día iban a visitar un montón de sitios relacionados con Harry Potter y Youki estaba entusiasmada con la idea. Hay gente que podía pensar que una mujer de más de treinta enamorada de una saga juvenil sobre magos y brujas podía ser algo raro, pero Youki había evitado encontrarse con esa gente toda su vida. Emma era una fan también. Youki se consideraba una Ravenclaw mientras que Emma siempre se había identificado con Gryffindor.

—¿Cuál es tu casa, Diana? —preguntó Emma en el autobús que las llevaba al centro.

Ella frunció el ceño durante unos instantes.

—No me he hecho el test, pero si tuviera que elegir me quedaría con Slytherin.

Emma y Youki abrieron mucho los ojos.

—No me miréis así, Severus Snape era un Slytherin y es un megahéroe, pero además, creo que se han llevado bastante mala prensa por culpa de unos cuantos elementos subversivos. Creo recordar que sus características son ser líderes ambiciosos, astutos y con mucho ingenio. Sinceramente, parece que me están describiendo punto por punto.

—Pues la verdad es que tienes razón.

—Pues ya sabéis, nada de molestarme, que me convierto en la bruja oscura más importante de la historia —dijo sonriendo.

—No, si a mí lo que me sorprende es que no lo hayas hecho ya —respondió Emma de buen humor.

Las tres amigas pasaron la mañana visitando el cementerio de Greyfriars donde se encuentran las tumbas de William McGonagall, considerado el peor poeta del Reino Unido, y la de Thomas Ridell.

Youki se lo pasó en grande fotografiándolo todo mientras que Emma se dedicaba a pasear entre las lápidas con la mirada ausente. Diana no se despegaba del teléfono y Youki no sabía si era por trabajo o porque estaba atando los últimos flecos de su plan.

Volvieron al piso una vez terminada su visita con la idea de comer algo y de despertar a Laura para llevarla a recorrer el castillo de Edimburgo. No se les hubiera ocurrido visitar el monumento más importante de la capital sin ella, pues sabían que, si bien era dulce en apariencia, Laura no dudaría en contratar a un par de sicarios para acabar con ellas por traicionarla de forma tan flagrante.



## Capítulo 29

Habían visitado la isla de May, que la vendían como el paraíso de los frailecillos o *puffins*, como se llamaban en inglés. Pero llegaron demasiado tarde en la estación y ya habían emprendido el vuelo hacia nuevas costas. Youki estaba bastante decepcionada, pues uno de los motivos por los que había accedido a pasar una hora en un barco en medio del mar del Norte era porque pensaba que podría inmortalizarlos con su cámara. Al menos pudo fotografiar a los conejos que estaban en libertad y que se escondían tras cada matorral, los agrestes acantilados o las focas que tomaban el sol ajenas a todo en la orilla.

Se habían sentado las cuatro en la hierba mirando las olas que rompían contra los acantilados disfrutando del tímido sol escocés. Youki le pasó un brazo sobre los hombros a Emma y esta apoyó la cabeza contra el cuerpo de su amiga.

—Entiendo por qué te gusto tanto la primera vez que viniste, Emma —dijo Laura.

Diana iba a intervenir, pero Emma se lo impidió. Decidió que era un buen momento para abrirse a sus amigas, les contó su intención de pedirse un año de excedencia y de venir a Escocia para trabajar como médico rural, o como voluntaria en alguna clínica, pues sentía una conexión inexplicable con este lugar.

Diana bufó, cínica como era ella, y no dudó en tratar sus ideas de pura superstición, para alguien que se gana la vida trabajando para una farmacéutica, si no hay pruebas tangibles, no existe. Y así se lo hizo saber a sus amigas. En verdad, solo estaba poniendo a prueba a Emma, quería que ella dijera en voz alta que quería venir a Escocia, que estaba conectada de alguna manera con este país. Pues solo diciendo las cosas a los demás, y defendiendo su postura ante otros, somos capaces de darnos cuenta de lo que realmente queremos para nosotros mismos.

—¿Pero estás conectada con este lugar o con alguien de este lugar? —inquirió Youki suavemente.

Diana le dirigió una mirada divertida. Por lo visto Emma estaba cayendo fácilmente en la trampa que le estaban tendiendo y, con cada palabra, ambas se daban cuenta de que su sitio era al lado de William.

—Pues si eso es lo que quieres, créelo y tal vez se haga realidad —añadió Diana con una

media sonrisa que dejó a Emma completamente desconcertada.

\*\*\*

El día había llegado por fin, Emma volvería a ver a William durante los Juegos de las Highlands en Perth. En esos días que habían disfrutado en Escocia, Youki había intercambiado mensajes y alguna que otra llamada furtiva con Ferguson. No se había dado cuenta hasta ese momento de cuánto lo echaba de menos. Añoraba su aroma al despertarse, sus manos fuertes, de hombre acostumbrado a trabajar con ellas, y la sonrisa enigmática que lucía siempre.

Estaba deseando volver a verlo, y solo habían pasado una semana separados. Cada vez que miraba a Emma, se sentía culpable por no haberle dicho la verdad desde el primer momento, ella deseaba compartir con todo el mundo la alegría que sentía en esos momentos.

Aprovechando que se había levantado temprano, salió del alojamiento y llamó a Ferguson. Le daba igual si lo despertaba, solo quería oír su voz. En verdad no lo quería, lo necesitaba. Necesitaba decirle que le quería y que le echaba de menos.

Él respondió al tercer tono.

—Buenos días —dijo enrollando las erres en *morning*, y un escalofrío le recorrió la espalda.

—Hola, ¿te he despertado?

—No, estaba a punto de salir para Perth, vosotras habéis alquilado una casa cerca, pero yo tengo un buen trecho de carretera para llegar a tiempo.

—Ten cuidado.

—No te preocupes. Dime, ¿querías algo?

—No... Solo... oír tu voz.

No lo vio, pero pudo sentir como Ferguson sonreía al otro lado de la línea de teléfono.

—Yo también te echo de menos, me cuesta dormir con toda la cama para mí, prefiero cuando me empujas hasta casi tirarme del colchón mientras te quedas con toda la sábana.

—¡Eh! —respondió ella sonriendo.

—Ahora en serio, Youki, ha pasado solo una semana y siento que no te he visto en un año. Tengo tantas ganas de estrecharte entre mis brazos y susurrarte al oído todas las cochinadas que pienso hacerte en cuanto tus amigas vuelvan a su casa, que me duele el pecho por la anticipación.

Ella soltó una carcajada sin poder evitarlo.

—Vaya, yo venía buscando una conversación romántica y me encuentro con esto.

—Puedo ser muy romántico, si quieres. Puedo decirte que se me parte el alma por saber que estás lejos de mí, que me cuesta conciliar el sueño si no te tengo a mi lado, y que, desde que te conocí, solo quiero ser mejor persona para que te sientas orgullosa de mí y pienses que soy el hombre que necesitas a tu lado.

Youki tragó saliva de forma ruidosa. La verdad es que Ferguson sabía cómo hacer un buen discurso a pesar de ser un hombre de natural reservado.

—Y puedo decirte que te quiero, Youki, más de lo que he querido nunca a nadie y más de lo que pensaba que pudiera ser posible. Te quiero tanto que me duele respirar si no te tengo a mi lado.

—Vale, vale, vas a hacer que se me salten las lágrimas y eso me costaría un montón de explicaciones a mis amigas.

—Di que es alergia —respondió divertido.

—Eres único, Fer, y yo también te quiero. Estoy deseando verte.

—Te veo pronto, mi vida —dijo antes de colgar, y Youki volvió al interior con el corazón caliente a pesar del frío matinal de Escocia.

\*\*\*

*Should I stay or should I go*, de The Clash, atronaba por los altavoces del coche mientras Ferguson abandonaba Edimburgo con dirección a las Tierras Altas. El sonido rítmico de la batería acompañaba los latidos desbocados de su corazón. Iba a encontrarse con Youki después de una semana sin verla, que se le había hecho eterna. Necesitaba sentirla cerca, hablar con ella y despertarse de nuevo a su lado.

Condujo sin problema hasta que llegó a Perth. La avalancha de coches le indicó que muchos de los turistas y lugareños que no querían perderse los juegos tradicionales ya habían llegado. Encontró aparcamiento, no sin dificultad, y se dirigió al punto en el que había quedado con William.

Se saludaron con un largo abrazo palmeándose la espalda. Ferguson le puso una mano en el hombro.

—¿Cómo estás?

—Temblando. Me sudan tanto las manos que creo que me voy a deshidratar de un momento a otro —respondió con una sonrisa.

—No te preocupes, ya verás como todo sale bien.

—¿Tú crees? Porque al principio el plan me parecía una buena idea, pero ahora creo que es una completa locura y que lo más probable es que deje de hablarme para siempre.

—Mira, Youki dice que te sigue queriendo —añadió encogiéndose de hombros— así que, si no confías en mí, confía al menos en ella.

—Si yo confío en ella, de lo que tengo dudas es de tu disparatado plan.

—Venga, venga, no te pongas así. No pierdes nada por intentarlo, ¿verdad?

William se quedó en silencio mirando la muchedumbre que se iba agolpando para disfrutar de las distintas competiciones que ese día tendrían lugar.

—Por cierto, me alegro por ti. Sé que te lo he dicho por teléfono, pero quería decírtelo en persona. Eres como mi hermano, ya lo sabes, y me va a doler verte partir, pero creo que es lo que tienes que hacer.

Los dos amigos se miraron en silencio durante unos instantes hasta que Ferguson se abalanzó sobre Will para darle un abrazo.

—Yo también te voy a echar de menos. Eres el menos capullo de todos los ricos que conozco —bromeó.

—Me alegra que después de tantos años y de haberte salvado el culo en numerosas ocasiones me tengas en tan alta estima.

—¿Salvarme el culo? ¡Pero si soy yo el que se ha ido a otro país para convencer a la mejor amiga de tu ex para que vuelva contigo!

—Y te la has acabado ligando, así que... ¡De nada!

Se palmearon de nuevo la espalda disfrutando de los últimos momentos que vivirían juntos, al menos durante un tiempo. Ferguson sabía que su amistad con William resistiría sin problemas la distancia, pero eso no impedía que supiera que lo iba a echar muchísimo de menos.

—Ya es casi la hora —dijo el pelirrojo señalando su reloj. Se notaba a la legua que estaba nervioso, iba a reencontrarse con Emma después de varios meses sin saber nada de ella.

—Voy a llamar a Diana.

Tras un corto intercambio de palabras con Diana, colgó con una sonrisa.

—Están allí. —Señaló una zona cerca del comienzo de la carrera—. Voy a saludar primero y luego haces tu gran entrada triunfal, ¿te parece bien?

—En este momento ya no sé distinguir lo que me parece bien de lo que me parece mal —dijo con un atisbo de sonrisa nerviosa.

Ferguson se dirigió al grupo de chicas. Saludó a Emma con la mano, que lo miró frunciendo el ceño y sin mediar palabra le plantó un beso a Youki. Sentir el calor de sus labios le daba toda la confianza que necesitaba para lo que tenía que hacer a continuación.

—Emma, ¡cuánto tiempo sin verte! Te hemos echado mucho de menos por aquí.

Se notaba que la traumatóloga estaba completamente descolocada, si no estuviera representando un papel, se hubiera echado a reír ahí mismo. Aunque no pudo evitar ver por el rabillo del ojo que Youki no paraba de sonreír. Luego saludó a Diana como si fueran viejos amigos y se presentó a Laura.

—¿Se puede saber qué rayos está pasando aquí? —preguntó al final Emma, recuperando el habla.

Le explicaron que era la prueba final y que tenía que llevarse a cabo por parejas. Emma seguía sin comprender, así que Ferguson le hizo una seña a William para que apareciera en escena. Emma iba a protestar, pero no tuvo tiempo pues el pelirrojo se la puso al hombro y se dirigió a la línea de salida.

Ferguson pasó un brazo alrededor de la cintura de Youki, protector, mientras veían a sus amigos correr por un campo lleno de obstáculos. Desde su posición daba la impresión de que William estaba hablando sin parar. Conociéndolo, debía haber ensayado el discurso unas dos docenas de veces delante del espejo. O tal vez hubiera decidido dejar que fuera su corazón quien

hablara. Eso era algo que solo ellos dos podían saber.

—¿Crees que funcionará? —preguntó Diana.

—No lo sé, pero si no funciona, al menos tendrá una buena anécdota que contar a sus nietos cuando sea mayor.

Youki le dio un golpe en el hombro con la mano.

—No te lo tomes a broma, esto es algo serio.

Los contendientes estaban a punto de llegar a la meta. William lo había hecho sinceramente bien, y Emma no se había soltado en todo el recorrido, que era uno de los grandes miedos de todos. Los amigos estaban expectantes en los metros finales, ya estaba la carrera a punto de terminar. Al final, cuando apenas quedaban unos metros para la línea de meta, otra pareja les adelantó y se hicieron con el primer puesto.

Todos se quedaron un poco desilusionados al verlos cruzar la meta en segunda posición. William la dejó en el suelo y todos contuvieron la respiración esperando el siguiente movimiento de Emma. Se acercó a William con la cara descompuesta de enfado, pero tuvo que ver algo que desde la distancia no era perceptible y en el último momento cambió de opinión y lo besó.

Él iba vestido como un auténtico highlander, con el pecho descubierto, el pelo pelirrojo algo largo y el kilt tradicional; aunque ahora iba cubierto de barro y heno por la carrera. A Emma eso pareció no importarle y se quedó acurrucada en su pecho mientras los demás llegaban hasta ellos.

Ferguson y William se fundieron en un abrazo, al tiempo que Diana no paraba de hablar con los dos como si los conociera de toda la vida. Algo que seguía desconcertando a Emma, que no era capaz de entender nada. Youki se le acercó y le dio un fuerte abrazo.

—Enhorabuena por tu segundo puesto. Y por haber entrado en razón y perdonar a Will.

—Youki, no entiendo nada. ¿Qué haces besando a Fer? Hay Juegos de las Highlands prácticamente en cada pueblo de más de cien habitantes en estas fechas. ¿Cómo sabía Will que íbamos a venir justo hoy?

Youki le hizo un escueto resumen y dejó que fuera William quien se lo explicara todo bien. Ella ya había cumplido su parte y dejó que tuvieran la conversación que llevaban tanto tiempo posponiendo.

Cuando los vio alejarse para charlar sin ojos curiosos a su alrededor, volvió al lado de Ferguson y sus amigas.

—¡Ay, Youki! ¡Qué tú también tienes un highlander! Qué contenta me siento —exclamó Laura—. Además, hacéis una pareja maravillosa, los dos ahí, con vuestras cámaras de fotos, y tan morenos y taciturnos...

—Laura, por favor —la cortó Diana.

—¿Qué he dicho? Pero si es verdad, sois perfectos. ¡Deberíais casaros en un castillo en Escocia!

Ferguson sintió como se le doblaban un poco las rodillas y tuvo que apoyarse en Youki para no irse al suelo. Esta salió al quite de las declaraciones de su amiga diciendo:

—Ya se verá, de momento, nos vamos a vivir juntos, que es un paso bastante grande para dos solitarios como nosotros.

Laura se abalanzó sobre Youki y Ferguson y los estrujó a los dos en un sentido abrazo.

—¡Qué bonito, por Dios, qué bonito! —repetía mientras Diana ponía los ojos en blanco ante tales muestras de cariño. Ella estaba infinitamente contenta por sus amigos, pero no se permitiría exponer así sus sentimientos, a la vista de todo el mundo.

De repente apareció William con Emma de nuevo al hombro y le dijo algo en gaélico a Ferguson, que le respondió con una carcajada y un silbido de aprobación. Los vieron marcharse entre carcajadas.

—¿A dónde van? —preguntó Laura, lo que le valió una carcajada como respuesta por parte de sus amigos.

—Bueno, conociendo a William, tienen para un rato, ¿os parece si nos vamos a cenar a algún sitio? —demandó Fer.

Todos estuvieron de acuerdo en buscar algún pub donde poder comer algo mientras esperaban a la parejita. Laura acribilló a preguntas a Ferguson, que él contestó de buen grado. Youki lo miraba con los ojos llenos de amor y Diana se tomaba su pinta satisfecha, al ver que todo había terminado felizmente. A lo mejor tenía razón Youki y sí que era un poco como el hada madrina de grupo, la que anteponía la felicidad de los demás a la suya propia.

## Epílogo

Los primeros copos de nieve sorprendieron a Ferguson en España. Miró al cielo cubierto de nubes grises y blancas preñadas de nieve que vaciaban su contenido a la tierra de forma constante. El paisaje estaba cubierto por una capa blanca que le daba un aspecto feérico y glamuroso.

A pesar de estar al aire libre, no se quejaba del frío. Le gustaba la sensación de la primera nevada, siempre le había parecido un momento mágico. El viento era cortante y se subió un poco más el cuello del cortavientos para protegerse. No le importaba estar fuera mientras nevaba, de hecho, se encontraba mucho mejor ahora, a pesar del frío y de las rudas condiciones de trabajo, que cuando veía la nieve caer desde la ventana de su despacho en su antiguo trabajo.

Llevaba algo más de seis meses en España y en ese tiempo había aprendido muchísimo sobre el país. Su castellano había mejorado en cuanto Youki le dijo que mientras estuviera en suelo español no pensaba volver a hablarle en inglés. Esa motivación, junto con ver *El ministerio del Tiempo* en versión original y algunos cursos por Internet, habían conseguido que su español fuera bastante decente.

En el pueblo lo seguían llamando lord, pero ya no le molestaba, Youki le había explicado que cuando esa gente te pone un mote, es porque ha decidido que puedes ser uno de ellos. Se sentía a gusto con los lugareños, y todos los viernes tenía partida de dominó en el bar del pueblo. A pesar de que se esforzaba a fondo, aún no había sido capaz de ganar ni una sola partida, y empezaba a sospechar que le estaban haciendo trampas de alguna manera.

La vida con Youki era todo lo que siempre había imaginado. Se complementaban a la perfección y ella era capaz de sacar lo mejor de él cada día. Había vuelto a Escocia un par de veces y había visto a Emma y a Will, que ahora vivían juntos en el piso que este tenía en Edimburgo mientras ella decidía cuál era el siguiente paso en su vida. Echaba de menos su vida allí, pero no la cambiaría por la que tenía ahora por nada del mundo.

El ruido de un motor lo sacó de su ensoñación. Conocía de sobra todos los sonidos del campo como para distinguir el coche de Youki incluso sin verlo. Unos instantes después apareció en la entrada del camino que daba a la explotación agrícola.

Esos meses con ella le habían enseñado que podía ser algo más que un taciturno solitario. Irse a vivir con Youki había sido el acto más temerario de su vida, y, como buen escocés, tenía un buen puñado de anécdotas temerarias en su haber. Pero era también la mejor decisión y de la que estaba seguro que nunca se arrepentiría.

Lo que él tenía de impulsivo, ella lo tenía de calmada. Parecían las dos mitades de un mismo objeto que, si bien eran cada una diferente, se complementaban a la perfección para crear un todo ideal. Y así se sentía cuando estaba junto a ella. Acostumbrarse a compartir su vida y su gata con alguien resultó más sencillo que acostumbrarse al sol español y al volumen de las conversaciones de sus vecinos.

Ella vestía una parka impermeable roja que resaltaba su pelo negro, que llevaba recogido en una trenza. Era bellísima, se dijo Ferguson mirándola con ojos soñadores.

Ella se bajó del coche y se dirigió hacia él con paso vivo. Lo besó y se separó rápidamente de él, pues se notaba que estaba nerviosa por algo.

—¿Qué pasa? —preguntó él cauteloso.

—Fer... Esto... ¡Jo! Es que no sé cómo decirlo...

—Youki, dilo sin más, porque me estás empezando a dar miedo.

Ella metió la mano en el bolsillo de su parka y sacó un objeto alargado blanco que le tendió a Ferguson. Él se quedó mirando el test de embarazo durante unos instantes sin comprender, hasta que vio las dos rayitas rojas dibujadas en la pantalla.

—Esto significa... Estás... Bueno, estamos...

Youki asintió en silencio y él se lanzó para cogerla entre sus brazos. La besó de nuevo y el calor de sus labios derretía la nieve que se iba acumulando a su alrededor. Sintió las lágrimas calientes de Youki cayendo por sus mejillas.

—¿No te parece demasiado pronto? —inquirió ella.

—¡Para nada! Ya sabes que creo que todo en la vida tiene su tiempo, y si tiene que ser ahora, es porque se trata del momento perfecto.

—Tú y tus cosas de druidas.

Él se encogió de hombros.

—Soy un hombre de la tierra, las plantas brotan del suelo cuando es el momento adecuado, ni antes ni después. Esto es lo mismo. Además, sé que vas a ser una madre increíble.

Ella se acurrucó contra su pecho, escuchando el rítmico latir de su corazón.

—Me has dado el mejor regalo del mundo, Youki. Solo espero una cosa, que este bebé tenga tus ojos.

FIN



## Agradecimientos

Una vez más estamos aquí, en mi parte favorita de todo el proceso de escritura. Cuando ya se ha puesto hasta el último punto y la última coma, y se puede saborear la calidez del trabajo bien hecho.

Esta novela es la continuación de *En los ojos del highlander*, un libro que escribí al volver de unas vacaciones por Escocia porque me quedé enamorada de sus paisajes, de su cultura y de sus guapos highlanders. Ahora, escribiendo de nuevo sobre aquella inhóspita tierra plagada de leyenda regadas con whisky, solo tengo ganas de reservar un vuelo para volver a visitar aquellos paisajes y volver a perderme entre sus gentes.

Gracias a Tamar, más que una amiga, una hermana que está para todo. A veces la vida nos pone a prueba, pero siempre sabremos sacar el mejor partido a todo si estamos juntas. Gracias a Sofía, amiga, lectora, confidente y una de las mejores personas que conozco. Sin vosotras dos no sé quién sería yo ahora.

Gracias a la *Tiger Team*: Johan, Joann y Alice, que son los mejores amigos que se puede desear. Amigos como vosotros no se encuentran todos los días y os aseguro que voy a hacer lo posible por conservarlos.

Gracias a Lola Gude y a todo el equipo de Selecta. Es un increíble honor poder trabajar con gente tan competente y tan apasionada por su trabajo. Tengo la mejor editora del planeta, cada día estoy más convencida.

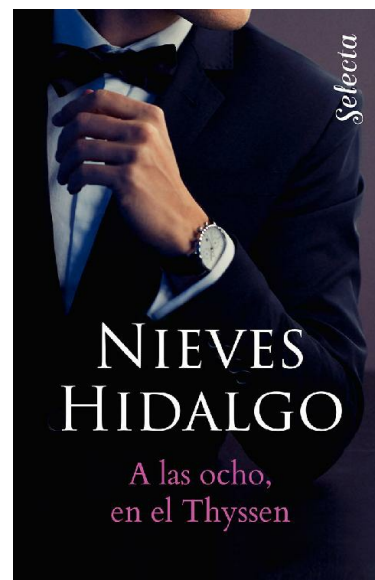
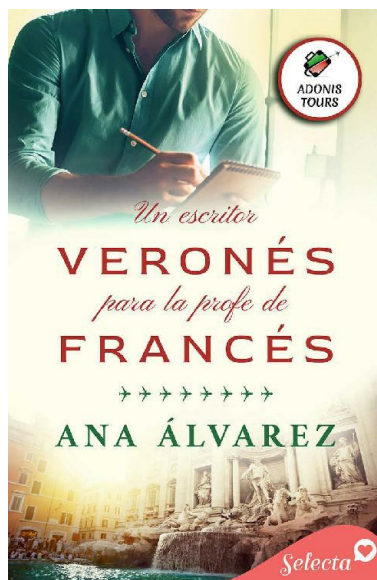
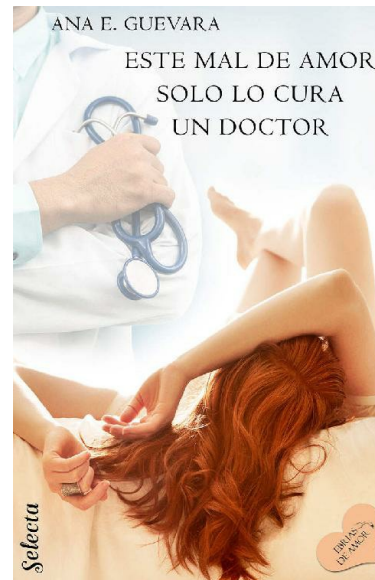
*Merci à toi, Bichette, d'être arrivé dans ma vie comme par hasard pour la bouleverser et la remplir de joie. Parfois il faut croire au destin, tu es «mon empêchement» préféré.*

Y por supuesto, gracias a ti, querido lector, que me has honrado una vez más con tu confianza, que es precisamente lo que me anima a seguir escribiendo.

Nos vemos en la siguiente novela.

Si te ha gustado  
*En los ojos del Youki*

puedes disfrutar de estas





**La esperada segunda entrega de la bilogía *Amores en las Highlands*.  
Un amor imposible, un choque de culturas y... una desatada pasión.  
«Nunca pude imaginarme que por hacerle un favor a mi mejor amigo  
me iba a embarcar en la aventura más emocionante de mi vida».**



**Ferguson es un rudo escocés de las Tierras Altas** que preferiría estar en el campo en vez de encerrado en el despacho en el que trabaja. Cuando William, su mejor amigo, le pide que vaya a España para llevar a cabo el plan más disparatado del mundo, al principio tiene sus reticencias, pero le debe ese favor a William desde mucho tiempo.

Por su trabajo como veterinaria en una granja, Youki pasa mucho tiempo en contacto con la naturaleza y los animales. Pero si hay un animal con el que no está dispuesta a lidiar es con ese escocés pesado que está decidido a hacer cualquier cosa para cumplir una promesa que le ha hecho a su amigo.

Sus primeros encuentros serán tensos y desastrosos, hasta que poco a poco se dan cuenta de que tienen mucho más en común de lo que pensaban.

Un viaje orquestado por dos amigos para salvar la relación de otros dos será el punto de inflexión definitivo para estar pareja que, **por mucho que ellos traten de ocultarlo, no puede quitarse los ojos de encima.**

**Ana E. Guevara** es el pseudónimo de una escritora nacida en Cartagena en los años 80. Su estilo está marcado por el humor, las referencias pop y la buena música que salpican siempre sus escritos. Siente una fascinación por el Mediterráneo, como todos los nacidos cerca de este mar anciano y sabio.

Ha publicado con Selección BdB *Las orillas del pasado* y *Secretos en la arena*, y con Selecta *En los ojos del highlander*, *La caja de palisandro* y *Segundas oportunidades*. Ha participado en la exitosa serie *Ebrias de Amor* con la novela *Tere, ponle sal a la vida* con un tequila y con *Este mal de amor solo lo cura un doctor* que narra las vivencias de uno de los secundarios de *Ebrias*. También ha participado en la saga familiar de Selecta *Contigo a cualquier hora* con la novela *Tú y yo, la pareja perfecta*.

Actualmente vive en Francia con sus hijos donde comparte su amor por la literatura con ellos, así como su afición al yoga, la fotografía y la escalada.



Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

Edición en formato digital: octubre de 2021

© 2021, Ana E. Guevara

© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Proveedor de imágenes: Shutterstock

Créditos: Cliff Hands

Diseñadora: Victoria Aihar

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18295-00-3

Composición digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks

Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros

Instagram: somosselecta

Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En [Penguinlibros.club](http://Penguinlibros.club) encontrarás las mejores  
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



[Penguinlibros.club](http://Penguinlibros.club)



Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

   [Penguinlibros](#)

## NOTAS

### Capítulo 3

[1] *Glaikit*: «idiota».

### Capítulo 6

[2] «Por supuesto».

### Capítulo 18

[3] *Video On Demand* – películas que se pueden comprar en determinadas plataformas.



# Índice

En los ojos de Youki

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Epílogo

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Ana E. Guevara

Créditos

Notas